



¿QUÉ HACER

**ANTE LOS PROBLEMAS
DE DIRECCIÓN EN
EL PARTIDO?**

Textos sobre la labor de dirección de los **comunistas**

PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ
patria roja

Edición: Comisión Nacional de Comunicaciones del Partido
Comunista del Perú – Patria Roja

Setiembre 2023

- 5** Presentación a esta edición
- 7** Perfeccionar la labor de los organismos de dirección del Partido y de las masas
- 39** Informe presentado por el Secretario General del Partido Comunista del Perú – Patria Roja al X Pleno del Comité Central del VI Congreso
- 41** La situación actual, perspectivas y tareas del Partido para colocarse a la altura de las exigencias del presente
- 137** Problemas de dirección y cuadros a la luz de las tareas del VII y VIII Congreso del Partido
- 171** Reordenar el trabajo de dirección



PRESENTACIÓN A ESTA EDICIÓN

La Comisión Nacional de Comunicaciones del Partido tiene a bien poner en circulación una nueva edición de esta selección de documentos para la comprensión de los problemas y retos que afrontamos los comunistas de cara a la construcción partidaria, y sobre todo sobre el cómo encarar la labor de dirección ante los retos que nos impone la lucha de clases en el seno del sistema capitalista, tanto a nivel nacional como internacional.

El primer texto se titula “Perfeccionar la labor de los organismos de dirección del partido y de las masas”, que es parte del balance del trabajo en el año 1996 realizado en el VII Pleno del Comité Central.

El segundo documento, y el principal de esta selección, corresponde al Informe presentado por el secretario general del Partido Comunista del Perú -Patria Roja de entonces, el camarada Alberto Moreno Rojas, al X pleno del Comité Central, desarrollado en el año 1998, correspondiente al VI Congreso partidario. Se trata de la constatación de serios problemas de dirección y la identificación con mucha claridad de 7 problemas que afrontaba la dirección y toda la estructura de Partido, que si eran bien identificados debían ser atendidos y superados.

El tercer documento se titula "Problemas de dirección y cuadros a la luz de las tareas del VII y VIII congreso del partido, difundido el 13 de marzo del año 2010". Finalmente, el cuarto es el documento del XII Pleno del Comité Central, de enero de 2015, que llama a "Reordenar el trabajo de dirección".

A pesar de que han transcurrido más de 27 años de la redacción y difusión de algunos de estos materiales, consideramos que es importante volver a revisar este importante documento preparado por nuestra dirección nacional. Esto debido a que muchas veces volvemos a las discusiones del pasado, si haber revisado los diagnósticos que ya se hicieron antes y las soluciones que ya se plantearon, pero que, debido al descuido, dejamos pasar y quedan muchas veces solo en letra muerta.

Es por ello que hemos decidido rescatar estos documentos indispensables de la construcción teórica y del pensamiento del Partido, que nos sirvan de guía para el estudio. Pero a la luz del tiempo transcurrido, consideramos que si somos consecuentes con el marxismo-leninismo y con método del materialismo dialéctico, debemos evaluar nuestra actuación, rectificar los errores y en práctica lo señalado para resolver los problemas planteados.

Por eso tenemos el agrado de compartirles este documento por vía digital, y esperamos que pronto también por vía del documento físico. Esperamos que este y otros documentos de nuestra organización nos sirvan para reafirmar nuestra voluntad de lucha y de compromiso por la transformación de nuestra patria y la construcción del socialismo.

Comisión nacional de comunicaciones

Agosto de 2023

PERFECCIONAR LA LABOR DE LOS ORGANISMOS DE DIRECCIÓN DEL PARTIDO Y DE LAS MASAS

“Una primera cuestión que salta a la vista es que no sabemos dirigir de manera científica, ordenada, planificada. Tampoco trabajar en equipo y usar bien los cuadros. Acostumbrados a la labor artesana nos movemos con pesadez, muchas veces para constatar lo ocurrido en lugar de anticiparse a los acontecimientos. No se alcanza a dominar aún el principio de la concentración; en su lugar se impone la espontaneidad, la presión de las circunstancias. “Lo más importante es concentrar la atención en la situación en su conjunto” Esto porque “la comprensión del conjunto facilita el manejo de la parte. Solamente la comprensión del conjunto garantiza la concentración, mientras quedarse en las partes conduce a la dispersión” (Mao Zedong). Los dirigentes estamos obligados a estudiar los principios, métodos y técnicas de dirección, dominarlos en el trabajo práctico buscando siempre el mayor resultado con el menor esfuerzo, y poner en acción las potencialidades disponibles. Sólo entonces el plan tendrá sentido, los cuadros serán valorados adecuadamente, las actividades evaluadas por sus resultados”.

*Balance del trabajo en 1996. VII Pleno del
Comité Central.*



PRESENTACIÓN

El documento que entregamos en esta oportunidad fue discutido por el Buró Político, aprobado como material que complementa la resolución del VI Pleno acerca de los “problemas de dirección en el Partido”. Aborda, sucintamente, los principios y métodos fundamentales de dirección, sin que ello signifique el agotamiento del tema. Cada uno de los puntos exige desarrollo y explicaciones detalladas que no es posible dada la brevedad y el carácter enunciativo del texto. Además, hay que entenderlo como una invitación al estudio de una materia no siempre bien entendida ni valorada, pese a su importancia política y revolucionaria.

Esta subestimación sistemática ha traído consecuencias negativas que recién se empieza a considerar como corresponde a su importancia.

Requerimos dar pasos seguros para rectificar errores ya detectados, teniendo en mente elevar y perfeccionar la labor de dirección en todas las instancias partidarias. Es inevitable que se presenten contradicciones entre lo correcto y erróneo, lo nuevo y lo viejo, lo avanzado y atrasado. Tales contradicciones hay que resolverlas mediante el estudio, la reflexión, y una sana lucha ideológica que tenga por objetivo explicar y resolver los

problemas, unir aún más al Partido, y encontrarnos en mejores condiciones para asegurar su reconstrucción sobre seguras bases marxistas-leninistas.

Quedan pendientes otros temas no menos importantes. Entre ellos los que tienen que ver con la conducción estratégica y táctica, sin cuya comprensión seguiremos moviéndonos en el marco de la coyuntura y lo inmediato, en lugar de dominar la relación dialéctica entre la parte y el todo. Asimismo, acerca de los estilos de trabajo, la política con los cuadros, la línea de masas, el centralismo democrático, cuyo conjunto permitirá contar con un sistema de dirección “moderno, eficiente, ágil y ordenado”.

Confiamos en que los camaradas, particularmente los cuadros, asuman esta tarea con responsabilidad. De lo que se haga dependerá mucho que la reconstrucción partidaria que decidió el VI Congreso tenga éxito.

ALBERTO MORENO

PERFECCIONAR LA LABOR DE LOS ORGANISMOS DE DIRECCIÓN DEL PARTIDO Y DE LAS MASAS

Se ha convocado la presente reunión ampliada del Buró Político con los secretarios y miembros del Comité Central en la Capital, con el propósito de profundizar la discusión sobre el perfeccionamiento de la labor de dirección, atendiendo en esta oportunidad el examen de los principios y métodos básicos cuyo conocimiento y manejo apropiados permitirá mejores condiciones para el cumplimiento de las decisiones congresales y las resoluciones del Comité Central.

El VI Congreso sentó las bases para el abordamiento integral y científico de este tema poco estudiado, no obstante su enorme importancia para la conducción política y revolucionaria. Fue la primera vez que se le prestó atención especial, a ese nivel, luego de constatar que aquí teníamos uno cuelllos de botella que impedía el avance del partido.

El partido necesita contar con un sistema de dirección y entender la conducción política como ciencia y como arte, sujeto a principios y métodos que deben ser conocidos y dominados, necesario para el éxito de la causa en la que estamos empeñados.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que nos encontramos en un terreno insuficientemente explorado,

por lo que nuestros conocimientos del mismo distan mucho de ser satisfactorios.

II

La rectificación a que nos referimos busca corregir los “cuatro males” que identificó el VI Pleno: el formalismo, el burocratismo, la dificultad para manejar correctamente la relación entre estrategia y táctica, el deficiente funcionamiento del centralismo democrático. Por perfeccionamiento del trabajo de dirección entendemos asimilar sus principios, métodos y técnicas, de tal manera que lleguemos a contar con un sistema de dirección que funcione adecuadamente.

Desde el punto de vista ideológico los errores y limitaciones señalados se explican porque no se asume como corresponde la concepción marxista-leninista de partir de la realidad, verificar la verdad en los hechos, unir teoría y práctica. Desde el ángulo teórico, porque se cede al espontaneísmo y al empirismo. Desde el ángulo político, por su reduccionismo a lo inmediato, a la coyuntura, sin encontrar la relación correcta entre la táctica y la estrategia, la parte y el todo. Finalmente, en lo orgánico, por su dislocamiento en relación con la política y la ideología.

Estas son las razones que explican la necesidad de contar con un sistema de dirección moderno, eficiente, ágil, ordenado.

III


De conformidad con las normas estatutarias el Comité Central es el máximo organismo de dirección entre congreso y congreso. Le corresponde conducir al Partido en todas las esferas de su actividad ideológica, teórica, política, cultural, organizativa y de masas. Tal

responsabilidad exige del colectivo como de cada uno de sus integrantes elevar, de manera constante, su capacidad de conducción, su calidad intelectual y capacidad práctica, con el fin de asegurar el correcto funcionamiento de los órganos de dirección, la clave de todo proceso de reordenamiento y rectificación.

Nada de lo dicho se improvisa, ni se llega a conocer y dominar el arte de la dirección sin esfuerzo y estudio. Sin ánimo de establecer comparaciones, que en este caso sería ridículo, es aleccionador el ejemplo de los grandes maestros del proletariado, en el peruano el de Mariátegui, cuya visión estratégica y la secuencia de su acción, luego de su retorno de Europa, no está debidamente estudiada. Además, el ejercicio de dirección no hay que entenderlo como un privilegio, premio o derecho adquirido, sino como una responsabilidad cargada de exigencias y obligaciones para quienes tienen el mandato de ejercerlo.

El que hasta el momento nos manejemos sin reglamentos, por ejemplo, no es normal. ¿Qué sentido tienen los estatutos y reglamentos más perfectos allí donde prevalece el formalismo o el burocratismo? Si nos proponemos institucionalizar la vida partidaria, afianzar un verdadero centralismo democrático, ejercer una dirección eficiente, de calidad, ordenada y científica, sí resulta indispensable.

En otra parte dijimos que el único principio inmutable, que funciona en todas las esferas de la actividad humana, es "que todo está en movimiento, sujeto a cambio". Este es un punto de vista dialéctico que rige también para el Partido, su programa, sus métodos de trabajo y dirección, su estructura organizativa, etc. Con ello no estamos dando libre curso al relativismo, a la creencia de que sólo interesa el momento, la parte, el convencionalismo, que sí constituiría un gravísimo error.



U.M.E.S
SUTEP SOLUCION
DE CLASES
2-13 STBRE
70 - NACIONAL



IV

En esta parte nos detendremos en los principios básicos que orientan la labor de dirección, cualquiera que sea la naturaleza de ésta. Principios que requieren ser estudiados y meditados, pues su influencia alcanza las diversas esferas del trabajo partidario.

Alguien ha expresado mordazmente que “el primer principio es basarse en principios”, queriendo significar con ello lo indispensable que es tenerlos y actuar en consecuencia. Los principios, en este caso referidos a la dirección, no surgen al azar; son más bien conceptos teóricos que expresan leyes objetivas que permiten alcanzar los fines que se buscan y hacer del ejercicio de la dirección una función racional, sistemática, eficiente de tal manera que se logren los mayores resultados con el menor esfuerzo.

El primero de ellos (nos referimos a los principios fundamentales) es la OBJETIVIDAD, entendiendo por tal la correlación que debe existir entre los factores objetivos (es decir la realidad concreta) y los subjetivos, conscientes. En otras palabras, entre los factores que existen externamente, independientes de la conciencia y la voluntad de éstos, y los que están relacionados con la conciencia, la voluntad, la motivación y la propia experiencia del dirigente o del colectivo de dirección revolucionarios. Si los revolucionarios aspiran a alcanzar el éxito en el trabajo, es indispensable que sus ideas, objetivos o propósitos coincidan con las leyes que rigen el mundo exterior objetivo; si no lo consiguen, fracasan. El conocimiento no debe separarse de la práctica, pues es ésta superior a la teoría. Tanto el subjetivismo (que subestima el factor objetivo) cómo el empirismo (que subestima el factor subjetivo, la teoría), expresan la falta de objetividad, lo que provoca los mayores errores y afecta seriamente la eficiencia y calidad de la dirección política. Dirigir bien significa, en este caso, saber trabajar

sobre la base de necesidades reales, objetivamente comprobables.

El segundo principio general puede ser definido como ENFOQUE EN SISTEMA O ENFOQUE GLOBAL. Para un cuerpo dirigente es obligatorio tener una visión de conjunto, integral, del proceso dirigido, captar en su totalidad el problema a resolver, organizar la dirección tomando decisiones integrales. No olvidar que los problemas a resolver se dan siempre como conjunto, pero como conjunto, a la vez, interrelacionado de varios aspectos, donde confluyen asuntos sociales, económicos, políticos, culturales, tecnológicos, organizativos, administrativos. El entendimiento cabal del conjunto y sus partes y conexiones –lo que dicho de paso nunca es sencillo ni fácil de alcanzar– permitirá evitar errores unilaterales, superficiales, coyunturales, economicistas, tecnicistas, organicistas, y cuantos ismos con estas características estén presentes.

El tercer principio es lo que se llama ENFOQUE CONCRETO. No olvidemos que las leyes generales solo “pueden utilizarse en el marco de las condiciones concretas”. Lenin expresó acertadamente esta idea cuando señala que el alma de la dialéctica es “el análisis concreto de la situación concreta”. Este principio nos previene del dogmatismo y la generalidad, que se caracteriza por la aplicación mecánica de la teoría o de experiencias externas, dejando de lado las condiciones concretas de tiempo y lugar.

El cuarto principio es entender la dirección como un PROCESO DINAMICO que transcurre a ritmos rápidos o lentos, donde con frecuencia surgen formas y matices nuevos de acuerdo con las circunstancias, por regla general cambiantes. Por ejemplo: ¿Se está en una situación de ofensiva, de flujo o reflujo, legal o ilegal, de acción directa o indirecta, de fuerzas estables o inestables, etc?, Explotar el tiempo, la oportunidad, las

ventajas que se presentan, los errores del adversario, son factores importantes que muchas veces no se toman en cuenta. El resultado es que se cometen errores, se actúa a destiempo, se sobredimensiona las fuerzas propias incurriendo en precipitación y aventurerismo o, viceversa, se subestima las propias y sobreestima al adversario, cayendo en error de pasividad o pesimismo. Este principio es particularmente valioso en la conducción estratégica y táctica. Si la dirección “no comprende las contradicciones dentro del proceso que dirige (antagónicas y no antagónicas) resultará imposible que lo dirija racionalmente”, pues no estará en condiciones de manejar los cambios cuantitativos o el paso de éstos a cualitativos, ni de moverse de una situación a otra, de un método a otro, de una forma organizada y de lucha a otra, si las condiciones cambian y la realidad obliga a ello.

El quinto principio se refiere a la CONCENTRACIÓN DE FUERZAS. Todo el arte de la dirección y de la política consiste en tener en cuenta y saber a tiempo dónde deben ser concentradas las fuerzas. No son aceptables muchas tareas simultáneamente y por igual. Siempre hay una principal y otras secundarias, independientemente de que puedan producirse cambios trocándose uno en otro. En la guerra, que es donde se desarrolla al máximo la capacidad de la conducción, los principios de la misma pueden condenarse en una sola palabra: “concentración”. Otro tanto se puede afirmar de la política o de cualquier actividad donde contienden fuerzas en pugna. La concentración permite, además, ampliar la potencia de las fuerzas que se dispone, aprovechar los vacíos y errores del adversario desde una posición de ventaja, ganar la iniciativa, obtener resultados favorables. Asumir muchas tareas por igual y simultáneamente dispersa las fuerzas disponibles, y sus resultados serán siempre magros. Quienes dirigen un partido u organización de masas están en la obligación de alcanzar victorias y éxitos, aunque sean pequeños. Esto

da confianza a quienes lo integran. No está demás recordar un antiguo adagio popular: quien mucho abarca poco aprieta.

El sexto principio consiste en la LINEA DE MASAS. El trabajo con las masas es y debe ser siempre el principio fundamental de trabajo del partido revolucionario. Mao Zedong sintetizó este principio como DE LAS MASAS A LAS MASAS. Sin masas que dirigir no es concebible una dirección revolucionaria. Dirección sin dirigidos resulta un contrasentido. Las masas, a su vez, si no cuentan con una dirección que las conduzca porque expresa sus intereses fundamentales y les señala el derrotero, carecerán de rumbo. En el Partido ocurre otro tanto: si su dirección no expresa la confianza de sus militantes y cuadros, si se ha divorciado de éstos o no está en condiciones de conducirlos, deja de ser dirección real, y se impondrá solamente por el peso de la inercia, la manipulación o el centralismo burocrático. No olvidar nunca: todo cuanto hacen los comunistas está al servicio de las masas. No se debe tolerar jamás que las masas estén al servicio del Partido. Esta es una política de principios permanentes.

Se conocen otros principios, pero los señalados son los básicos. Estudiándolos en profundidad y reflexionando sobre las experiencias acumuladas, estaremos en mejores condiciones de acelerar la reconstrucción del Partido. Debemos estar convencidos que sin contar con comités fuertes, experimentados y eficientes, así como con una columna de cuadros capaces de orientarse en el trabajo y hacerlo bien, no serán muchos los avances que logremos. Conocer y aplicar con soltura los principios y métodos de dirección es una parte importante de esta tarea.

V

En su sentido más general el método puede definirse como el modo de obrar o proceder, también cualquier

procedimiento encaminado a la adquisición de un conocimiento, la manera de alcanzar un objetivo dado. Se considera apropiado o correcto si aquel corresponde al objeto que se estudia o al propósito que se espera resolver.

La dialéctica materialista es el método del marxismo leninismo, aplicable en todas las esferas de la actividad humana, puesto que trata de las leyes más generales del desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento.

En la acción revolucionaria no nos topamos con un método sino muchos y diversos. Métodos específicos propias de las ciencias, de la guerra, de la producción, de la pedagogía, de la dirección, y dentro de ésta de la dirección revolucionaria, que es lo que nos interesa. Aún en este caso tenemos métodos generales que pueden ser aplicados en toda labor de dirección, y método más específico para cada situación específica: el partido, el frente único, los sindicatos, las organizaciones culturales, por ejemplo. No tomarlos en cuenta o confundirlos lleva siempre a cometer errores.

En esta oportunidad abordaremos un conjunto de métodos útiles para el ejercicio de una correcta dirección partidaria, cuyo conocimiento y aprovechamiento faciliten la rectificación de los “cuatro males” ya identificados por el VI Pleno del Comité Central. El propósito que nos motiva está referido al perfeccionamiento de la labor dirección en las diversas las instancias partidarias, y por extensión en las organizaciones de frente único y de masas.

Antes de ello es pertinente diferenciar los métodos de dirección de los estilos de trabajo, pues por lo general se tiende a confundirlos. Entendemos por estilos de trabajo las características distintivas de un partido revolucionario, lo específico y particular que hay en su labor práctica, que le confiere un modo propio de ser como de trabajo.

Existen estilos que deberían ser comunes a todo partido comunista, por ejemplo la unidad de teoría y práctica, o también la crítica y autocrítica, pues se supone que todos ellos parten de una base teórica y de objetivos comunes. Pero hay que contar también con estilos que son característicos de un Partido y un pueblo, forjados a través del tiempo y la lucha. El estilo “de las masas a las masas” por ejemplo, caracteriza al partido Comunista de China. El estilo del partido bolchevique dirigido por Lenin integró el ímpetu revolucionario ruso con el sentido práctico norteamericano.

Volviendo a los métodos, éstos no son estáticos ni definitivos ni uniformes en todas las condiciones y circunstancias. Sun Tzu lo expresa de manera plástica al referirse a la guerra: “como el agua inestable es condicionada por las alturas de su lecho y cambia de curso, así, en las batallas se decidirán los métodos combativos según las circunstancias que ofrezca el adversario... Todas las maneras de combatir cambian constantemente”. El arte de la dirección política no es ajeno a las sabias palabras del estratega chino.

Acerca de los problemas y métodos básicos de dirección que, por cierto no son todos ni son nuevos, consideramos los siguientes, de gran utilidad para todo dirigente comunista, a condición de asimilarlos bien y hacer esfuerzos para llevarlos a la práctica y enriquecerlos a través de la práctica:

1.- Partir de los hechos, de las condiciones reales, es un principio fundamental del Partido. Esmerarse en conocer el escenario en que se actúa (economía, política, cultura, tradiciones, organizaciones políticas y sociales, necesidades de las masas, configuración social, etc.) en su especificidad como en su generalidad o conjunto, es la primera exigencia para todo aquel que tenga una responsabilidad de dirección. En otras palabras: investigar partiendo de las condiciones concretas, no de

los deseos, al detalle, la situación nuestra, de los amigos o aliados y la del enemigo, indispensable para tomar una decisión acertada. Un juicio correcto será siempre resultado de una evaluación minuciosa de todas las informaciones disponibles. Tomar en serio la recomendación de Mao Zedong: "quien no investiga no tiene derecho a la palabra". No se puede dirigir a ciegas, confiado en la intuición o en la buena suerte. Los errores y fracasos que hemos experimentado tienen aquí su punto de partida. No lo olvidemos.

2.- Antes de tomar una decisión política u organizativa o de lucha se debe proceder a evaluar seriamente las condiciones, considerar todos los aspectos, prever las consecuencias probables de la decisión tomada y su repercusión en las otras esferas del trabajo.

Partiendo de estas consideraciones nos encontraremos en mejores condiciones para definir los objetivos y las tareas, la estrategia y la táctica a seguir, el plan de acción. En esta fase se debe poner en juego la democracia y la dirección colectiva. Pero una vez tomada la decisión llevarla a cabo con energía y sentido práctico, ganar la iniciativa, no detenerse en el camino o consumirse en discusiones estériles. Democracia antes de tomar la decisión; centralismo enérgico al momento de ejecutarla. La voluntad política se funda en la convicción de lo que se quiere hacer y en la determinación para llevarla a cabo. Los diletantes se entusiasman con la discusión, pero les desagrada el hacer, la práctica; los empíricos se sienten contentos con hacer, pero se resisten a estudiar, a investigar.

3.- La victoria se construye. No llega por azar ni es el resultado de la improvisación. El conocimiento detallado del terreno, la determinación acertada de los objetivos a ser alcanzados, la preparación seria, la disposición adecuada de las fuerzas que se dispone, permitirá contar con una dirección previsoras. Se sabe qué alcanzar y cómo

lograrlo. Una huelga, por ejemplo, no se puede declarar por entusiasmo, sino como resultado de una evaluación de todos los factores, en especial del estado de ánimo de los que se incorporarán a ella, de la simpatía popular que se haya ganado, del manejo probable de la empresa o el Estado. En ese sentido la dirección o conducción debe ser previsor, anticipándose a los acontecimientos en lugar de limitarse a constatar lo ocurrido. Preparación e inicio de la lucha, desarrollo de la misma, y finalmente el desenlace, deben ser considerados como partes de un mismo proceso interrelacionado, de una estrategia concreta, y no como segmentos sin relación. En oposición a los cultores del espontaneismo, debemos esmerarnos en conducir los procesos en lugar de ser arrastrados por ellos. En conclusión: se dirige o se es dirigido por los acontecimientos, por la espontaneidad del movimiento.

4.- Extraer del nudo de contradicciones presentes en cada situación o período, la contradicción principal, el “eslabón clave”, aferrarse a él y concentrar allí el esfuerzo básico, pues sus resultados favorecerán la solución del conjunto. Aún cuando hubiere necesidad de dispersar las fuerzas, si la situación lo aconseja, su objetivo debe ser crear condiciones para una nueva concentración de las mismas. En otras palabras: resolver los problemas por partes si no hay condiciones para definirlos de un solo golpe, que es lo que casi siempre ocurre. Un plato de comida no se consume de un solo bocado, sino por partes. Concentración de fuerzas no significa desconocer o descuidar los demás eslabones, sino establecer un orden de prioridades en consonancia con las condiciones objetivas. No olvidar el dicho popular: “quien mucho abarca poco aprieta”. Una característica de nuestro trabajo de dirección es que nos metemos en todo, sin establecer prioridades ni orden, y el resultado final es mucho esfuerzo para conseguir pocas nueces. Saber descubrir en cada momento el eslabón clave y

aferrarse a él, es la mejor manera de acumular fuerzas y avanzar hacia los objetivos trazados.

5.- Definir en cada situación quién es el enemigo principal y quienes los secundarios, y estar en condiciones de determinar sus cambios mutuos; quiénes son las fuerzas intermedias a neutralizar o atraer, y quiénes constituyen los aliados y amigos, y, dentro de éstos los más seguros y confiables, a fin de establecer las políticas a seguir. Ello implica, conocer a fondo la situación del enemigo, de las fuerzas intermedias y las nuestras, descubrir el movimiento estratégico y táctico del adversario, establecer el propio con objetividad y claridad en cada período o momento de la lucha, y saber mover las fuerzas que se disponen a fin de tener éxitos y avanzar, con pasos seguros, de menos a más.

6.- Forjar en los dirigentes y cuadros la mentalidad estratégica que les permita orientarse aún en medio de la tormenta o la confusión. La cultura peruana está fuertemente marcada por la visión cortoplacista, parcelada, espontaneista. Los comunistas no hemos logrado desprendernos de esa mentalidad que marca negativamente nuestro trabajo, con resultados siempre pobres. Sin contar con una estrategia clara, fundada, tampoco contaremos con tácticas acertadas, y siempre nos moveremos al ritmo de los acontecimientos sin adelantarnos a él ni preverlos. El resultado será la improvisación, el dar vueltas sobre la misma estaca, el desaprovechamiento de las oportunidades; en suma, una manera de dirigir espontaneista, rutinaria, incluso formalista.

7.- Determinar las tácticas apropiadas para el momento o el período, las consignas de propaganda y agitación, las normas organizativas y de lucha sin perder de vista los objetivos estratégicos que siempre deben estar presentes no importa la dimensión y las particularidades de las tareas que nos proponemos. Es

importante hallar el punto de equilibrio entre las tareas de largo y corto plazo y evitar “convertirse en prisioneros de las operaciones”. Liderar es hacer y hacerlo bien, trabajar con objetivos que no se agotan en la coyuntura, que no se pierden en los vericuetos del tareísmo, que siempre tienen un referente de largo plazo. La táctica es arte precisamente por su movilidad y flexibilidad, porque exige respuestas prontas y oportunas, que contradicen muchas veces nuestra lentitud en la respuesta política.

8.- Prestar atención a la ejecución de las decisiones, sean éstas políticas o de otro orden, y verificar en la práctica sus resultados. En otros términos: saber organizar el trabajo y poner en movimiento las fuerzas del partido, cuyo eje es el sistema de comités. Si estos no funcionan o funcionan mal, hasta llegar a las células,



simpatizantes y amigos, ninguna directiva se llevará a la práctica con éxito. Aquí adquiere importancia especial la política de cuadros y su uso racional; el abordamiento de los medios sin los cuales no es mucho lo que se logrará; y definir los métodos que mejor se ajusten a la naturaleza de las tareas y a las circunstancias del trabajo a realizar. Aunque se efectúen reuniones frecuentes, los acuerdos que se tomen resultarán palabras vacías si no hay quien se responsabilice de su cumplimiento. Una de las debilidades fundamentales del Partido, en especial de sus organismos de dirección, reside precisamente en esta cuestión: no saber llevar a la práctica las decisiones tomadas, cueste lo que cueste, y luego la verificación de sus resultados a fin de introducir los cambios que fuesen necesarios y saber cuánto se avanza o pierde.

9.- Al mismo tiempo que se fortalece la dirección colectiva (que nada tiene que ver con el centralismo burocrático) **conceder atención a la responsabilidad individual.** Los revolucionarios desarrollan sus capacidades resolviendo problemas, estudiando en íntima conexión con el trabajo práctico, desplegando su iniciativa y creatividad. La responsabilidad colectiva no debe encubrir la responsabilidad individual, ni ésta servir de “chivo expiatorio” de las eficiencias de aquella. La disciplina se asegura más que por medios coercitivos, por el cabal cumplimiento de las tareas. Es imperativo juzgar a los cuadros y militantes por lo que hacen antes que por lo que hablan, por los resultados antes que por las promesas.

10.- Asegurar la estabilidad de los organismos dirigentes. Donde no hay estabilidad y unidad se introduce el conflicto y la anarquía. Cuando esto ocurre la dirección se limita, por lo general, a administrar su crisis, desatendiendo su rol organizador y conductor de la lucha política revolucionaria. Un organismo del partido que no dirige, que no conduce, que no participa activamente de

la lucha de clases, deja de serlo en los hechos aunque formalmente tenga el respaldo de su elección congresal. Asegurar la estabilidad y la unidad de los cuerpos dirigentes no significa renunciar a la sana lucha ideológica. Todo lo contrario. Sólo en esas condiciones puede asegurarse la crítica y la autocrítica comunista que busca esclarecer el panorama, ubicar los errores y corregirlos, resolver los problemas. La crítica por la crítica misma carece de sentido y no ayuda al trabajo. Por el contrario introduce el subjetivismo y la desconfianza, promueve el desorden, paraliza la labor de los organismos dirigentes. La experiencia que tenemos es reiteradamente aleccionadora al respecto. La ausencia de ella, el acatamiento ciego, la falta de espíritu crítico franco y honesto, a su vez enmohece un organismo vivo como deben ser el Partido y sus cuerpos dirigentes.

11.- Planificar el trabajo. Sin planificación no habrá orden, ni uso racional de las fuerzas, ni priorización de las tareas; consiguientemente no será posible proceder al balance de lo actuado a fin de determinar los logros obtenidos o los retrocesos. La política, al igual que cualquier otra actividad, necesita presentar logros, saber cuánto se avanza, mostrar los fallos y virtudes. Sin contar con planes realistas no es posible el balance y el control de las tareas, tampoco extraer las lecciones que permite la experiencia hecha, con el consiguiente perfeccionamiento del trabajo, la corrección oportuna de los errores. Sin planificación tampoco tendrá orden la división del trabajo. El plan articula lo disperso, potencia las fuerzas disponibles al señalar metas obligatorias para todos. ¿Por qué la planificación está casi siempre ausente en la labor de los organismos de dirección? Entre otras razones por que no existe visión estratégica, porque se marcha al ritmo del movimiento espontáneo, porque no se hace acción política franca, y porque pesa más la labor anárquica, emotiva, de visión corta.

12.- Contar con un buen sistema de información. Hoy es común escuchar que la información es poder. Esto es particularmente cierto en un mundo “globalizado” donde la información es fundamental para cualquier actividad. El Partido no puede estar al margen de esta realidad si quiere cumplir bien su rol como fuerza de vanguardia. Contar con un centro de información altamente eficiente y actualizado, conectado a sus principales redes de trabajo, es una necesidad impostergable. No se puede entender una dirección eficiente y altamente articulada sin dar este paso, válido no sólo para el organismo central del Partido, sino también para cada una de sus estructuras intermedias. Además, se requiere contar con un sistema de informes de arriba abajo y viceversa, debidamente organizado para asegurar veracidad, rapidez y seguridad en la toma de decisiones. En este campo se debe pasar de la etapa de la carreta a la de la informática. No estamos frente a un tema nuevo, sino muy antiguo: hace 2400 años, Sun Tzu lo señaló con bastante claridad: “...la razón por la cual un príncipe ilustrado y un sabio general conquistan al enemigo... es el conocimiento previo”. Esto es información.

13.- “Colocar los problemas sobre la mesa... No se debe hablar a espaldas de la gente” (Mao Zedong). Si surgen problemas hay que abordarlos con franqueza, honestidad y en su momento, discutirlos en los organismos que correspondan y no fuera de ellos, y resolver con criterio político y partidista. Los problemas políticos se tratan políticamente evitando a toda costa confundirlos con los asuntos personales. No hay peor cosa que erosione la unidad del partido y entre camaradas que el chismorreio, los comentarios sueltos, la búsqueda de la “última” información o dato, “husmear la vida ajena”. Tal conducta degrada al comunista y corroe al Partido. La democracia interna no significa que todo lo que hace el Partido o sus militantes deba ventilarse en público. Guardar los secretos del Partido es una

obligación de todo buen comunista. ¿No es verdad acaso que el estado guarda sus secretos y los servicios de inteligencia también? Con mayor razón los comunistas. Quien no entiende esto le hace un caro favor al adversario.

14.- Cerrarle el paso al sectarismo. Saber unirse con la mayoría, trabajar con los camaradas cuyas opiniones sobre tales o cuales cuestiones difieren de las nuestras, o hayan hecho críticas o tengan particularidades personales no consonantes con la propia. El sectario piensa que él siempre tiene la razón, desconfía de la capacidad de otros, le desagrada la democracia mientras se siente cómodo “entre su grupo”, siente que las organizaciones del Partido o de las masas le pertenecen y está obligado a cualquier maniobra para conservarlo. Entiende el partido a la manera de una secta, en lugar de un destacamento de vanguardia que está en el deber de unir a millones de hombres y mujeres para hacer posible la revolución. El sectario desconfía de todo aquello que no maneja directamente, sobre todo de aquellos que pueden ser mejores que él. Prefiere la mediocridad, le entusiasma los aplausos, y, sin embargo, nunca ve más allá de sus narices. Denle un partido bien organizado y lo destruirá.

15.- “Combinar lo general con lo particular” (Mao). No quedarse en el “llamamiento general”, sino continuarlo con una enérgica campaña para explicar sus contenidos, sus políticas y métodos, y ayudar a los camaradas a aplicarlos tomando en cuenta las condiciones concretas de su trabajo. Ayudarlos, orientarlos, persuadirlos, en lugar de imponerles protegiéndose en el centralismo democrático. No olvidemos que la democracia es la base del centralismo y no a la inversa. La unidad de pensamiento no se logra con la sola publicación de los documentos o directrices; es obligatorio explicar sus contenidos a fin de que los cuadros y militantes los

entiendan y asuman con entusiasmo y sepan cómo trabajar bien. Lo contrario de este método es el burocratismo, la política de mando y ordeno, o bien la unilateralidad que malogra el cumplimiento de las decisiones tomadas.

16.- Propiciar la división del trabajo y la especialización dentro de una dirección única. Saber desconcentrar responsabilidades y ubicar a los cuadros donde mejor pueden desarrollar sus cualidades. A la vez que tienen una visión de conjunto, los dirigentes deben especializarse y dominar el área bajo su responsabilidad, conocerlo a fondo y resolver los problemas que se presenten. No se consigue este objetivo si se desconfía de los camaradas, si no se motiva su iniciativa en el trabajo, si no se les da confianza en sus capacidades y potencialidades. La dirección debe ser audaz y, al mismo tiempo, madura en la promoción de los cuadros, a cuya formación y cualificación debe dedicar esfuerzo especial. También en la implantación del trabajo en equipo. Todo ello obliga superar las tradiciones artesanas e individualistas de dirección, la concentración excesiva de funciones.

17.- Un aspecto importante de la labor de dirección es la política para con los cuadros. Ello implica su apropiada valoración como columna vertebral del partido, su adecuada selección y colocación, su cualificación constante a través de su autocapacitación orientada y de la formación que les proporcione el Partido en escuelas organizadas para el caso. Se ha dicho que los cuadros son como la niña de los ojos del Partido y hay que cuidarlos buscando su perfeccionamiento constante como combatientes de vanguardia. Saber promoverlos con audacia, colocarlos en el lugar apropiado, aprovechar sus potencialidades y cualidades particulares, considerar con objetividad sus lados fuertes y débiles y ayudarlos a superar éstos, es parte importante

de la labor de dirección. Este sigue siendo uno de los grandes problemas no resueltos y que, por eso mismo, exige una mayor dedicación de parte del Comité Central.

18.- Comprobación del trabajo de manera personal y constante: a) de los cuadros; b) de los dirigentes; c) de las directivas y los planes. Además, comprobar en medio de la lucha la tesis y principios teóricos, la estrategia, táctica y planes, la capacidad y progreso de los dirigentes y dirigidos, la solidez del compromiso revolucionario. Aprender a juzgar a los camaradas (dirigentes, cuadros, militantes) por sus hechos y por el resultado de las tareas encomendadas.

19.- Asegurar el funcionamiento correcto del centralismo democrático. Es sabido que el centralismo democrático es el principio fundamental de organización. Sin poner en pleno juego la democracia interna no se estará en condiciones de recoger la opinión de los camaradas y las masas, resumir sus experiencias, ni evaluar como corresponde la propia labor de la dirección. Si el método es la persuasión y educación para la movilización de los cuadros, militantes y las masas, la democracia interna es indispensable. Los métodos autoritarios, de mando y ordeno, de origen feudal, resultan, en este caso, incompatibles y degradantes. De otro lado, si no existe centralismo, se abrirá paso el liberalismo y el democratismo, se perderá la disciplina y el partido se convertiría en un club de diletantes, sin capacidad de lucha y sentido práctico. El tratamiento del tema es complicado y exige pericia para abordarlo como corresponde. Sobre todo estudiarlo y resolverlo en el trabajo cotidiano.

20.- No se alcanzará los objetivos perseguidos (con mayor razón en un partido revolucionario) si los comunistas no están persuadidos de lo que se quiere hacer, por qué se lucha y qué se propone lograr, no importa las dificultades que ello implique. Tener una

misión, un objetivo, una fe, un compromiso de vida. “Ninguna gran obra humana es posible sin la mancomunidad llevada hasta el sacrificio de los hombres que la integran”, reclamaba Mariátegui, asignándole a los factores volitivos, a la subjetividad, un papel de fundamental importancia. Luchan los que están convencidos de los que quieren, no los que dudan o carecen de rumbo. No es suficiente la razón, el entendimiento lógico; se necesita también certidumbre, entusiasmo, pasión. Para ello es indispensable fortalecer el sentido de compromiso del dirigente, de los cuadros y militantes con el ideal socialista, con la clase obrera y con las masas, con el Partido como expresión consciente y organizada del proletariado. Sin un fuerte espíritu partidista no se logrará aquello, tampoco se desarrollará la emulación camaraderil, la solidaridad y fraternidad comunistas. Aquí entra a jugar un rol preponderante la labor ideológica y los estilos de trabajo.

21.- Intervención directa y solución directa de los problemas por los dirigentes. Sin experimentar en el terreno las directivas y resoluciones de los organismos dirigentes, no se estará en condiciones de organizar bien el trabajo y controlar su cumplimiento. Los dirigentes deben tomar contacto con los dirigidos, experimentar con ellos sus directivas, educarlos pacientemente y orientarlos. Los partidarios del método burocrático de dirección, por el contrario, desatienden el contacto directo con los dirigidos, prefieren el papeleo, la labor en las alturas, la imposición autoritaria. Por la experiencia vivida, dolorosa y destructiva, ya sabemos a donde conduce el estilo burocrático cuando se adueña de los organismos de dirección del Partido. Basta para ello verse en el espejo de la exURSS.

22.- Tomar directamente la dirección política e ideológica, lo que implica que los dirigentes realicen esfuerzos sostenidos para elevar el nivel ideológico de los

cuadros; intensifiquen su temple, capacidad y perspicacia política; afiancen su solvencia teórica a fin de que estén en condiciones de orientarse en el trabajo y discriminar lo correcto de lo erróneo. Esta tarea no puede dejarse librada a la iniciativa de la gente ni a la improvisación. Correspondiendo la responsabilidad concreta a la Comisión respectiva del Comité Central, de esta labor no debe escapar ningún cuadro dirigente, independientemente de su jerarquía partidaria. Asumirlo implica, además, la obligación de los cuadros centrales a cualificarse permanentemente para no quedar rezagados. El trabajo ideológico y político debe ser siempre la piedra angular de la construcción del Partido.

23.- Asumir lo organizativo con firmeza. Se sabe que una vez trazada la línea, estrategia y la táctica, será el trabajo organizado lo que permitirá que se lleve a la práctica. Los dirigentes deben tener la capacidad, por las razones indicadas, de llevar lo organizativo a la altura de la dirección política. Si no se resuelve la relación entre lo político y lo organizativo, si éste no corresponde a las exigencias que plantea aquella, la política no se llevará a cabo. La política determina las particularidades organizativas, y, a su vez, ésta tiene sus propios principios y métodos. Lo organizativo por sí mismo no tiene sentido. La política sin lo organizativo no pasa de ser una buena intención. Se olvida con frecuencia la relación dialéctica entre uno y otro. El resultado es que muchas veces lo organizativo no tiene conexión con la política revolucionaria y las tareas consiguientes, o aquellas no se cumplen porque no cuentan con los medios organizativos apropiados. Pero organizar no significa únicamente que los comités y las células funcionen bien, con regularidad y eficiencia, significa también crecer, incorporar audazmente nuevos contingentes, echar raíces hondas en el seno de las masas trabajadoras y populares, ampliar siempre el radio de influencia del Partido y acumular incesantemente sus fuerzas. Crecimiento y

cualificación son dos conceptos que se complementan. Un Partido que no crece, sobre todo cuando las condiciones para ello son favorables, es como el agua estancada que se descompone. Y si no se cualifica, su crecimiento carecerá de solidez como los árboles de raíz superficial.

24.- Educar a las masas y, simultáneamente, aprender de ellas.

Este es uno de los métodos fundamentales en el trabajo de dirección. Con frecuencia se subestima a las masas y se piensa que deben limitarse al rol pasivo de escuchar y actuar. Los comunistas deben ser maestros y, al mismo tiempo, alumnos. Enseñar y aprender, hablar y escuchar, son aspectos que se complementan. Recuerdo un cuadro muy ilustrativo al respecto. En él se ve a Lenin sentado en una mesa circular, escuchando atentamente a dos campesinos pobres, que le informan la situación en el campo ruso. El nombre del cuadro es ilustrativo: "Lenin aconsejándose de los campesinos". Lenin, el jefe, el insigne teórico marxista, el conductor de la revolución, se aconseja de campesinos casi con seguridad analfabetos, pero quienes sienten y sufren la tragedia que viven los campesinos y que pueden explicarlo mejor que nadie. Lenin es el alumno que escucha con modestia y devoción. ¡Qué hermoso ejemplo para los comunistas! Educar y ser educados, ser maestros y alumnos: tal un excelente método de trabajo comunista.

25.- Tener siempre un sentido histórico en el juzgamiento de los problemas y de las personas. Sin conocer el ayer no se podrá entender el presente.

No olvidar la frase de Lenin. "Al analizar los errores de ayer, aprendemos a evitar los errores hoy y mañana". Los hechos y las personas hay que juzgarlos en su conjunto, en sus lados buenos y malos, en lo que fue o hizo ayer, lo que es o hace hoy, en el contexto concreto.

26.- Al plantearse una tarea se debe tomar en cuenta todos los factores del caso. Sobre todo contar con bases y con medios que aseguren su realización. Evitar la improvisación, el regirse sólo por los impulsos del momento. Ello implica conocer al adversario y conocerse así mismo, anticiparse a sus movimientos, saber luchar con razón, ventaja, sin sobrepasarse.

VI

De lo expresado hasta aquí se infiere que no es poco lo que nos queda por hacer. El eslabón principal para dar el viraje que requerimos es el Comité Central, sus organismos y sus integrantes. De ellos depende que se asuma a fondo esta tarea, en el entendido de que requerimos procesar una verdadera renovación en la labor de dirección y conducción partidaria, que no es otra cosa que actualizarse, autoperfeccionarse, afirmándose precisamente por ello en sus fundamentos marxistas-leninistas.

Nada más ajeno al marxismo que el conservadurismo. Nada más extraño al materialismo que el subjetivismo y el voluntarismo. Nada más impropio de la dialéctica que el inmovilismo. Y, sin embargo, si examinamos con ojo crítico el ejercicio de la dirección en el Partido será fácil constatar que queda mucho de todo aquello.

La constatación de este dato es de fundamental importancia. Como reza un dicho popular, entender un problema es ya resolverlo en un cincuenta por ciento. La parte restante tiene que ver con el cómo producir los cambios que se necesitan hacer, sin perder por ello el rumbo ideológico y político revolucionarios. Esto tiene que ver con la actitud y la voluntad de hacer las cosas. Aquí la actitud se refiere a la responsabilidad que nos corresponde como dirigentes del Partido para rectificar y perfeccionar la labor de dirección, para renovar lo viejo y

encontrar respuestas nuevas y mejores. La voluntad tiene que ver con la decisión política de hacer, de actuar, de llevar a la práctica aquello de lo que estamos convencidos. Lo que supone estudiar el tema en serio, examinar la experiencia hecha con criterio crítico y realista, tener la disposición de perfeccionar el trabajo de dirección sin hacerle concesiones al conservadurismo, al subjetivismo o al espontaneismo.

Si el Comité Central y los cuadros vertebrales del Partido no se “compran el pleito”, nada se habrá logrado. Esta es la primera conclusión.

La segunda: concentrar los esfuerzos para vencer el formalismo y el burocratismo. Si estas dos desviaciones no son derrotadas, casi con seguridad todo seguirá igual. Entonces encontrará justificación la conocida frase de la novela “Gatopardo”: cambiar algo para que nada cambie.

Conviene recordar una conclusión categórica del VI Congreso: “Una de las causas fundamentales de la crisis del Partido está referida a la crisis de dirección”. Se trata, precisamente, de encontrar salida a esta crisis para facilitar la reconstrucción del Partido, herramienta fundamental para asegurar mejores condiciones para la organización y conducción del movimiento democrático-revolucionario y socialista en nuestra patria.

En los últimos meses se vienen logrando avances importantes. Necesitamos acelerarlos, pues son una condición para asegurar que el Partido ingrese en mejores condiciones en el nuevo escenario de la lucha de clases que se abre favorable para la causa revolucionaria. Nos entusiasma el despertar de las masas en respuesta al neoliberalismo y la dictadura fujimorista, la puesta en marcha del Movimiento Popular de Izquierda y la Juventud Popular, la lucha por la dirección del movimiento sindical y popular, la presencia de espacios

que hay necesidad de llenar a favor del movimiento popular y revolucionario.

Si no entendemos bien esta situación podría ocurrir, una vez más, que el movimiento espontáneo “dirige” mientras el Partido se contenta con ir a remolque “dando fe” de lo ocurrido. ¡No lo permitamos!

Marzo, 1997





Proletarios de todos los

PARTIDO COMUNISTA

PATRIA RO

VOS LUCHA COM

192

3A

**INFORME PRESENTADO
POR EL SECRETARIO
GENERAL DEL PARTIDO
COMUNISTA DEL PERÚ
– PATRIA ROJA AL
X PLENO DEL COMITÉ
CENTRAL DEL VI
CONGRESO**

ALBERTO MORENO ROJAS

SUTEP

COMITE DE AUTOSOSTENIMIENTO DE MAESTROS DESPEDIDOS OFRECEN

CAFE : 25.
PAN CON HUEVO : 35.
" " PALTA : 20.
" " QUESO : 30.
" " GALLINA : 50.
TALLARIN : 60.

CALIENTITO DE PISCO : 30.
CALDO DE GALLINA : 70.

SUTEP Y PUEBLO UNIDOS VENCEREMOS.



Noviembre de 1998

LA SITUACION ACTUAL, PERSPECTIVAS Y TAREAS DEL PARTIDO PARA COLOCARSE A LA ALTURA DE LAS EXIGENCIAS DEL PRESENTE

PRESENTACIÓN¹

Quienes estamos comprometidos con el destino del Partido fundado por Mariátegui sabemos de las enormes dificultades que se debieron sortear para mantener su vigencia y continuar la lucha, en cuyo vértice está el socialismo como alternativa radical al capitalismo. Luchas internas y divisiones, desviaciones de distinto orden, éxitos y también derrotas, satisfacciones y, al lado, amarguras, avances luego retrocesos, permanencia tenaz de los que jamás abandonaron sus banderas junto a claudicaciones o retiradas en medio de alborotosseudoradicales, son parte de esta historia.

Pero un partido revolucionario no se contenta constatando que, a pesar de todo, existe. Durar es, desde luego, fundamental, pero insuficiente. Durar y avanzar, avanzar de modo tal que los objetivos estén siempre más próximos: ese es el problema.

¹ Presentación original del texto del año 1998.

Para nadie es desconocido que venimos de atravesar uno de los períodos más difíciles, quizás solo comparable con el que le tocó vivir al Amauta, cuando debió iniciar la construcción del Partido. La burguesía y sus agentes a sueldo anunciaron el fin del socialismo y la terminación del movimiento comunista. Muchos, cuya radicalidad de antaño parecía invulnerable militan hoy en la otra orilla, incluyendo las filas del fujimorismo o el andradismo, en nombre de un supuesto "realismo" que les permite dar rienda suelta al oportunismo político. Pero la columna no se cayó ni el ideal que nos viene desde Marx perdió su color.

Aquí estamos. No sólo existimos; somos una fuerza con vigencia real y futuro brillante si sabemos colocarnos a la altura de las circunstancias.

Una vez más el capitalismo, cuya arrogancia no tiene fronteras, pone sobre el tapete sus limitaciones históricas y sus falencias. Se ha hecho polvo, barrido por la realidad, sus anuncios sobre el "fin de la historia", sus teorías acerca de la omnipotencia del mercado capitalista, su triunfalismo basado en la creencia falsa e infundada de la "liquidación" del socialismo. Es suficiente ver lo que pasa en el mundo para darse cuenta cómo, en su afán desmedido de ganancia, destruye inmensas fuerzas productivas, condena a la ruina regiones enteras del planeta, lleva a crisis gigantescas, amenaza la misma sobrevivencia humana contaminando sin pausa el medio ambiente. Rusia, la otrora superpotencia, luego del retorno al capitalismo yace humillada en la miseria y su gente en la pobreza. Estos son los frutos perversos del neoliberalismo.

El socialismo es, pues, no solo indispensable, sino también inevitable. Y es más actual el dilema planteado a principios de siglo por Rosa Luxemburgo: socialismo o barbarie, que es a donde se encamina la humanidad de permitir la permanencia de este sistema irracional, injusto, inhumano.

Es momento de volver a repensar el papel del Partido del proletariado peruano y la misión de los comunistas que militamos en sus filas. No sólo porque salimos de un período de derrota y de reflujo de masas, o porque se abren condiciones favorables para remontar estas condiciones adversas, sino, sobre todo, porque tenemos retos inmensos que no podremos enfrentar con éxito si previamente no saldamos cuentas con los factores negativos de la herencia pasada y procedemos a un balance serio y honesto de nuestra situación actual con la mirada puesta en el siglo XXI. Necesitamos para ello un fuerte sentido autocrítico, disposición de rectificar errores, superar limitaciones, tener la audacia de plantearnos respuestas nuevas a problemas nuevos.

Ese es el sentido profundo del informe al X Pleno.

Necesitamos ubicar al Partido en un nuevo escenario. En otras palabras: voltear la tortilla. Las 7 tareas planteadas apuntan a ese objetivo. Son partes de un todo único y de un proceso interrelacionado. En el centro está la idea de reconstruir el Partido sobre base mejores a las transitadas, recuperando la condición comunista distorsionada por la presencia prolongada del espontaneísmo y el empirismo.

Necesitamos, sin falta, generar un movimiento nacional de estudio, de examen crítico de lo actuado, de unidad ideo-política y rectificación. En esta tarea ningún militante debe contentarse con ser espectador. Con mayor razón los cuadros del Partido. Los métodos: proceder a estudiarlo a fondo y en serio, contrastar los planteamientos allí señalados con la realidad concreta del Partido y la izquierda peruana, desarrollar una lucha ideológica sana basada en la crítica y autocrítica marxistas con el propósito de superar los problemas y potenciar aún más las capacidades de dirección política del Partido, fortaleciendo, de paso, el sentido práctico y creador de sus integrantes.

El principio básico de los comunistas peruanos es PARTIR DE LA REALIDAD, que toma como dato básico los hechos en lugar de los deseos subjetivos. El subjetivismo en el pensamiento o su expresión concreta en el comportamiento de los camaradas, nada tiene que ver con el marxismo. Por desgracia, su influencia es considerable y muchas las víctimas que la sufren, lo que daña seriamente la unidad del Partido y su capacidad de acción política.

Cuando los comunistas abordan los problemas tienen un único propósito: examinarlos con la mayor seriedad, objetividad y profundidad del caso, a fin de encontrarles solución asegurando un mejor trabajo futuro. Todo lo que hacemos está al servicio del pueblo y de la causa revolucionaria que abrazamos voluntariamente. No hay, pues, razón para encubrir deficiencias ni ocultar errores.

Con este documento se inicia un amplio movimiento ideo-político que converge en el VII Congreso. También la preparación del Partido para colocarse a la altura de los nuevos retos políticos de cara al siglo que toca las puertas. Confiamos en que los dirigentes, cuadros y militantes se esmerarán en evitar que se convierta en nuevo "papel amarillo". Si esto ocurriera, entonces estaríamos demostrando que más pueden el espontaneismo y el empirismo que el marxismo-leninismo. Situación que es inaceptable.

La mejor preparación para el VII Congreso es que lleguemos más unidos en la ideología y la política, más organizados y capacitados, más fuertemente enraizados en las masas, con nuestras banderas socialistas al tope.

El Buró Político del Comité Central

I.- INTRODUCCIÓN

El conocimiento cercano del funcionamiento del Partido y de sus estructuras internas, del papel que asumen sus cuadros dirigentes nacionales e intermedios, de la forma como se abordan las diferentes tareas y se percibe la realidad del país y las exigencias que ella implica para nuestra organización, entre otros factores, indican que existe un conjunto de temas no entendidos adecuadamente o soslayados, mientras sobre el Partido se va imponiendo una dinámica espontánea y coyunturalista que llevará a cometer serios errores políticos y acarreará consecuencias graves en lo ideológico, político y organizativo si no se los analiza y resuelve correctamente.

La Conferencia Educacional, por ejemplo, más allá de sus elementos positivos, que son muchos, mostró también problemas de fondo no abordados con la profundidad del caso. ¿Cuál es el punto focal o la contradicción ideológica y política fundamental que debemos abordar y resolver en este período? ¿En qué cuestión o cuestiones necesitamos concentrar esfuerzos, profundizar su comprensión, rectificar y avanzar? Estas son preguntas que merecen respuestas claras y precisas, no evasiones o salidas por la tangente.

Ocurre otro tanto con la capacitación de los cuadros mediante cursillos o escuelas que se organizan

en diversas instancias del Partido. Las iniciativas son buenas y también necesarias y oportunas. Todo esfuerzo que se haga para la capacitación de los cuadros y dirigentes debe contar con el apoyo y reconocimiento entusiastas. Su defecto es que no siempre tienen blancos precisos a alcanzar (qué tipo de cuadros, con qué características y para qué objetivos necesitamos formarlos), ni una secuencia que sea parte de un plan que permita la formación sistemática e integral de los mismos

o de los militantes. En lugar de un plan bien meditado y articulado lo que tenemos es improvisación donde los resultados no corresponden a los esfuerzos que se hacen.

Si se observa la prensa central encontramos las mismas debilidades. Lo prueba la tendencia a la dispersión en los materiales y en los temas tratados. El objetivo básico de "Patria Roja" está dirigido a unificar el pensamiento y la acción de los militantes en torno a la línea, programa, políticas, orientaciones estratégicas y tácticas que deciden los congresos del Partido y el Comité Central. No lo hemos logrado aún. Situación que facilita la dispersión ideológica, la falta de unidad política y de cohesión orgánica que todavía pesan en el Partido.

Un caso más clamoroso se presenta en el trabajo en los sindicatos, organizaciones de masas, también en las esferas de la lucha electoral, donde la dinámica dominante sigue siendo el movimientismo que envuelve la actividad de importantes contingentes del partido, del que no escapan incluso cuadros de dirección con experiencia no pequeña. El resultado es que el accionar económico y reivindicativo se sobrepone a la acción política y a la labor partidista; la teoría deja de tener sentido mientras se idealiza la "práctica" menuda y cotidiana; la coyuntura absorbe las energías a costa de la pérdida del rumbo estratégico; el reduccionismo de la lucha por reformas o reivindicaciones parciales hace perder sentido al proyecto socialista y revolucionario que es la razón de ser del Partido.

Si examinamos la estructura partidaria la situación no es mejor. Encontramos desorden, uso deficiente de los recursos humanos, económicos y de tiempo disponibles, tareas sin prioridades o sin la debida conexión entre ellas, sumado a una estructura orgánica que aún no funciona como debe ser. Los comités del Partido muchas veces son formales e impotentes para asumir a cabalidad su papel de conducción política. No tiene por qué sorprender que

en esas condiciones la actividad de la célula sea muchas veces anómala, insuficiente la labor ideológica y teórica o débil la atención para engrosar el partido con nuevos militantes

Es común admitir el criterio de que, definida la política, el problema se traslada a los cuadros quienes deben batallar para llevarla a la práctica. Los cuadros, los métodos, los medios y el control de las tareas son partes integrantes de un sistema único de dirección. En nuestro caso, por lo general, se los descuida cuando debieran ser entendidos y asumidos como problemas fundamentales de la dirección política y de la conducción revolucionaria.

Lo expresado no quiere decir que todo anda mal. Existen muchos aspectos del trabajo partidario que permiten mirar confiados el futuro. Contamos con un contingente de camaradas con experiencia y también jóvenes, muy valioso y firme. Ya no se puede caer más hondo en estos años de reflujo y de ofensiva general del capital y la dictadura. Somos un Partido que cuenta con una base relativamente consistente, estructura nacional y grandes posibilidades de desarrollo y de presencia entre los trabajadores asalariados y los que lo hacen por cuenta propia, los campesinos, la juventud, la mujer, la intelectualidad. **El problema, para nosotros, es saber qué hacemos y cómo nos preparamos para abordar las tareas de cara a una situación de cambios rápidos y complejos, a un nuevo flujo de masas en desarrollo, de salida de un período de defensiva para pasar a otro de ofensiva y de disputa de la hegemonía en la lucha política y popular.** Conformarnos con lo alcanzado es ya un error; no ver el futuro y ajustar las fuerzas para aprovechar las condiciones favorables que se presentan, sería un error aún mayor. Sobre esto, sin embargo, no se reflexiona lo suficiente, lo que impide colocarnos en mejor ubicación para extraer las consecuencias políticas, ideológicas, organizativas y de masas del caso.

Los comunistas, por grandes que sean sus victorias en la lucha, nunca se sienten totalmente satisfechos con los logros obtenidos. Saben que su meta es dejar atrás el sistema capitalista para abrir ancho cauce al socialismo y al comunismo, cuya realización exigirá el esfuerzo de generaciones enteras. Comparten toda la fuerza y la invitación a la lucha permanente de la máxima mariateguiana: **"El hombre llega para partir de nuevo"**. La vida, para los comunistas, es lucha, aprendizaje sin término, creación constante, aproximación en espiral a un ideal que nunca estará terminado. Sus éxitos de hoy son apenas colinas en medio de montañas que en el horizonte invitan a escalarlas.

El Partido revolucionario que se deja ganar por la rutina, la inercia o el conformismo, que se burocratiza y pierde contacto con la realidad viva del pueblo y su tiempo, habrá perdido su fuerza impulsora y creativa. Debemos estar dispuestos a ganar siempre nuevas alturas en la lucha por el Poder y el socialismo, a capacitarnos y auto perfeccionarnos constantemente convencidos de que los conocimientos y experiencias adquiridos serán siempre limitados e insuficientes, a desarrollar sin cesar nuestras fuerzas echando raíces profundas entre las masas con el proletariado en primer lugar, a mirar adelante de cara a las nuevas realidades y atreverse a resolver los nuevos problemas que plantea la lucha en cada fase o etapa del desarrollo histórico.

En estos años dimos algunos pasos importantes, pero aun así no son suficientes; no lo serán nunca mientras exista el Partido y mientras haya necesidad de la lucha por un mundo mejor y justo para los seres humanos. No existe razón para eludir la autocrítica a la hora de evaluar la labor realizada, pues siempre será necesaria al momento de considerar las nuevas tareas y los nuevos retos que nos plantea la lucha. Partiendo de esta actitud, entregamos el presente informe al Comité Central.

II.- SE AGOTA EL MODELO, ¿QUÉ HACER?

El agotamiento del neoliberalismo es un hecho a escala mundial y nacional. La euforia de sus promotores cede el paso al pesimismo. En sus entrañas se agudizan los factores de crisis poniendo en evidencia, más allá de los datos macroeconómicos triunfalistas, el agravamiento de la situación de pobreza, desocupación, polarización social, deterioro de la capacidad adquisitiva de los trabajadores, inseparable todo ello de tensiones sociales que irán en crecimiento. Debemos prever mayores contradicciones en el seno de la misma burguesía, sobre todo con el sector industrial que lleva la peor parte, y entre aquella y las diversas capas de la población explotada, oprimida o excluida, inseparables de la resistencia al entreguismo del régimen y al saqueo del país y sus recursos por parte del capital transnacional y el imperialismo.

No debemos perder de vista que la expansión del capital en la presente década, en particular del financiero y especulativo, está dando paso a un nuevo ciclo de crisis, de la cual el Sudeste asiático, Rusia, Japón o Brasil son ejemplos concretos. Esta tendencia amenaza extenderse a Europa y Estados Unidos, y América Latina se encontrará inevitablemente en el centro del torbellino. Sus efectos se sienten con fuerza creciente mientras el modelo se muestra incapaz de impedirlo.

Independientemente de las declaraciones alentadoras de los voceros de la dictadura, la crisis madura con mayor rapidez de lo que quisieran reconocer. La recesión es un hecho y tiene causas más profundas que los efectos de El Niño. La economía peruana sigue siendo frágil e inestable, facilitada por su inserción neocolonial en el sistema del imperialismo y por la ausencia de un proyecto nacional de desarrollo. Sus consecuencias sociales no se dejan

esperar, pues amplía todavía más el foso que separa a unos pocos que se benefician y la inmensa mayoría que es colocada al margen sino triturada. En estas condiciones es fácil prever el crecimiento del descontento, el desborde social, la inestabilidad política.

Los soportes en que se apoya la dictadura son cada vez más débiles y más restringido su campo de maniobra. Este fin de siglo y el próximo lustro no serán años parecidos a los que se vivió después de 1990, de hegemonía neoliberal, de expectativa de una población que salía del trauma de la inflación desbocada durante el gobierno aprista y de la violencia de la década precedente, de reflujo y derrota del movimiento popular y la izquierda. **Todo indica, por el contrario, que ingresamos en una nueva fase de reordenamiento y de recomposición de fuerzas, de tensión y confrontación.** Perdidas las ilusiones en el neoliberalismo la gente busca otros derroteros y otros paradigmas, también otros liderazgos. El ciclo de los "independientes", que la dictadura estimuló y el modelo neoliberal facilitó, se agotará pronto. Qué saldrá después de ello es otro tema. Por lo que a nosotros concierne, estamos obligados a recuperar los espacios perdidos en el ámbito político e ideológico y en el movimiento social, a reconstruir rápidamente nuestras fuerzas y plasmar una alternativa que convoque a las mayorías y la oriente, en su rumbo final, al socialismo.

Está concluyendo el desplazamiento de las masas hacia la derecha. Este es un fenómeno mundial y también nacional. El péndulo, en la misma medida que colapsan el neoliberalismo y su ofensiva ideológica conservadora, se empieza a mover hacia la izquierda. Que se quede atrapado a medio camino es una posibilidad que la misma burguesía internacional viene trabajando. Es la llamada "Tercera Vía" que proponen Tony Blair y Clinton, buscando unir las ideologías y los programas neoliberales

y socialdemócratas de derecha. En el fondo es más de lo mismo, pero necesitan cambiar de máscara para que el capitalismo de los monopolios sea nuevamente potable.

Los comunistas peruanos debemos seguir concentrando el golpe contra el neoliberalismo y sus consecuencias económicas, sociales y políticas, dar respuesta firme a sus fundamentos ideológicos reaccionarios pugnando en todo momento para hacer avanzar a las masas en su consciencia, organización y capacidad de lucha democrática y antiimperialista, en su comprensión y adhesión a los ideales del socialismo. Es indispensable incorporarlas a la lucha franca por una real democratización del país, por el desarrollo independiente, por la descentralización y la integración nacional, por el progreso y la justicia social, por la unidad e integración latinoamericana, por la solidaridad con los pueblos agredidos por el imperialismo y el hegemonismo, inseparables de la batalla por un gobierno de clara orientación democrática y patriótica. Es posible avanzar a una amplia unidad sobre estas bases. Esta es la táctica justa que corresponde a la correlación de fuerzas y de clases que tenemos en el país y que, al mismo tiempo, puede permitirnos ampliar el radio de influencia y de acción, aprovechar las posibilidades favorables que se presentan, aislar a la derecha cerrándole el paso a sus sectores continuistas, entreguistas y autoritarios.

La dictadura culminará su período actual en una situación distinta de la que tenía en 1995. Entonces su credibilidad y sus capacidades de maniobra y engaño eran todavía considerables. De entonces al presente las expectativas en el régimen se deterioran de continuo. De reelegirse en el año 2,000 (posibilidad no descartable si se tiene en cuenta que recurrirá al fraude y al uso indiscriminado del aparato estatal y sus recursos, sin tener al frente las fuerzas de resistencia que lo impidan) esta tendencia se acentuará en medio de crisis

económicas y políticas cuya profundidad apenas se vislumbra. Entonces se harán manifiestas contradicciones que por el momento están ocultas a los ojos de la gente, pero que bajo determinadas condiciones pasarán a primer plano, colocándonos de hecho en un nuevo panorama social y político. El Partido está obligado a prevenir estas condiciones y a prepararse para ellas.

Un Fujimori "reelecto", contra lo que imaginan sus incondicionales seguidores, aún contando con el respaldo del imperio norteamericano, el FMI, las Fuerzas Armadas, las transnacionales y el capital intermediario y primario exportador, expresará un gobierno frágil, aislado en el plano nacional e internacional, con menores capacidades para manejar y controlar la crisis que está en marcha, apaciguar el descontento del pueblo o neutralizar las contradicciones en el interior del bloque de la burguesía. En este contexto no debería sorprendernos que recurra a métodos represivos más abiertos y generalizados. Pero esto no será signo de fuerza sino de debilidad y agotamiento más acelerado. Precisamente por eso tiene relevancia excepcional el apoyarse en las masas, su organización, el despertar de su conciencia y el desarrollo de sus luchas multifacéticas, donde adquirirá un peso creciente la democracia directa.

No es bueno cerrarse a una salida diferente. Por ejemplo, que la dictadura sea derrotada o que desista de reelegirse, convencida de que su ciclo concluyó o que dejó de contar con el respaldo de sus patrocinadores. Posibilidad remota pero no imposible. Que esto ocurra no dependerá tanto de lo que pueda hacer Fujimori cuanto de lo que puede y debe hacer la oposición, sobre todo la **oposición democrática y popular**. Frente a esta posibilidad que obligaría a cambios importantes en la correlación de fuerzas, no se debería descartar las maniobras de la derecha para abrir paso al continuismo sin Fujimori, opción por la cual trabajan con renovado

vigor quienes se dan cuenta que el régimen se debilita y que no están dispuestos a tolerar que en este vacío se les escape el control de las manos. No se necesita de sabiduría para darse cuenta que esas fichas se vienen moviendo desde fuera, dispuestas a asegurar una salida negociada contando con el servilismo de la burguesía nativa. Las proclamadas candidaturas "exitosas" de Andrade o Castañeda Lossio son parte del tinglado.

Todo lo que se haga para aislar y derrotar a la dictadura y al ajuste neoliberal merece nuestra participación activa y nuestro apoyo. Por eso respaldamos en su momento el referéndum, que lamentablemente terminó en derrota porque su conducción legalista desmovilizó a las masas. Por eso mismo propusimos un frente amplio que permitiera, en las elecciones municipales, concertar fuerzas que alternara con éxito frente al fujimorismo vergonzante que es Vamos Vecino y al neoliberalismo enmascarado del candidato de Somos Perú. No fue posible. La estrechez de miras y la torpeza impidieron siquiera que se dieran pasos iniciales. Una oposición fragmentada, vacilante, sin disposición de confrontación seria, es el mejor obsequio que se le puede ofrecer a la dictadura. Ese camino es el de la derrota y nunca convencerá a las masas.

La lucha de clases es compleja, también el movimiento de las fuerzas políticas y sociales. En las elecciones de 1990 Vargas Llosa parecía el seguro ganador, pero el resultado final fue otro. No haberlo previsto a tiempo llevó a muchos al error del "voto perdido" si se dejaba de hacerlo por Fujimori, que entonces se presentaba como opuesto a aquel. Más tarde se volvió a incurrir en el mismo error sólo que esta vez de otra manera: en la creencia de que Fujimori mantendría su plataforma electoral, divergente del modelo neoliberal de Vargas Llosa, se perdió de vista la tendencia internacional, la evolución en las ideas de la burguesía, las debilidades intrínsecas de un candidato sin

partido, su pragmatismo oportunista, el escenario de violencia que sacudía el país. El resultado fue, una vez más, la sorpresa del viraje fujimorista, o más exactamente la falta de previsión de esa posibilidad secundaria que más luego se convirtió en el factor determinante desde antes inclusive de instalarse en Palacio de Gobierno.

Si la oposición liberal y reformista negocia o se lava las manos, eso sólo indica su constante proclividad a la capitulación. Siempre fue así; no tiene por qué ser diferente ahora.

No obstante, en este escenario complicado y cambiante las condiciones de la lucha comienzan a presentarse favorables para el desarrollo de las fuerzas progresistas y revolucionarias. **La tendencia es hacia un nuevo flujo de masas y a una nueva y complicada recomposición de la correlación política.** El aprovechamiento de tales posibilidades, sin embargo, estará marcado por serias dificultades, entre ellas la resistencia de las fuerzas reaccionarias a ceder espacios y otorgar ventajas, y, seguramente, por contraofensivas de la dictadura y la derecha neoliberal para dislocar la oposición, neutralizar los sectores intermedios y vacilantes o bien atraerlos y comprometerlos mediante presiones y dádivas, mientras se busca aislar, dividir o reprimir al movimiento popular y revolucionario para impedir su recuperación y reconstrucción. Estará marcada, además, por una intensa pugna por la dirección de las masas, por el control de espacios de influencia política, ideológica y organizativa en el propio espacio de la oposición. No olvidemos, finalmente, que la oposición es un archipiélago donde los factores de unidad más de las veces son limitados y transitorios, y la lucha por la hegemonía política o por afirmarse en los espacios vacíos será intensa, en muchos casos inclusive enconada.

Una cosa son los márgenes de unidad o por lo menos de coordinación alcanzables en la oposición antidictatorial;

otra muy distinta sería si ese blanco dejara de existir con Fujimori como cabeza política del neoliberalismo. Por eso es bueno entender que las posibilidades de unidad - necesaria y obligatoria siempre - no son homogéneas ni estables ni seguras, que exige a la par de amplitud de miras y flexibilidad, capacidad para moverse con iniciativa e independencia. Mucho dependerá, sobre todo en el caso nuestro, de la potencia que logren el movimiento popular, el propio Partido y la izquierda. La experiencia de estos meses últimos es bastante aleccionadora al respecto. La unidad amplia que se necesita - factible si existiera voluntad política junto al desprendimiento, el realismo y la amplitud de miras en los partidos políticos - no ha sido posible siquiera para las elecciones municipales. Esto da la medida de las dificultades que están presentes, que a la larga son ventajas que se le entrega al régimen. Una oposición sin voluntad de acción concertada y sin firmeza en sus determinaciones sólo abrirá camino a nuevas derrotas. Esta es la experiencia del referéndum, y bien puede repetirse nuevamente.

Hemos declarado muchas veces la disposición del Partido a la unidad amplia. Hoy ratificamos esta voluntad de unidad para derrotar a la dictadura y al neoliberalismo. Pero aquí debemos estar muy claros en dos cuestiones adicionales. La primera, la unidad que buscamos tiene como orientación una salida democrática, patriótica, descentralista, de progreso con justicia social, y un gobierno de amplia unidad popular y democrática. La segunda, independientemente de las características que adquiera, no debe impedir sino más bien facilitar el desarrollo incesante de nuestras fuerzas y el crecimiento de la influencia del Partido, del MNI, de la JP, y en general de las fuerzas populares y democráticas.

La fuerza de Fujimori descansa cada día menos en los consensos y en el respaldo voluntario de la opinión

pública, y más en el chantaje sobre los sectores más pobres de la población y en las debilidades, ausencia de alternativas y dispersión de las fuerzas opositoras. Razón suficiente para convencernos de la necesidad que tenemos de acelerar los pasos que permitan desarrollarnos y construirnos como una verdadera fuerza política de vanguardia capaz de canalizar, organizar y elevar los contenidos del descontento popular. Las masas salen de la pasividad; necesitamos pavimentar las amplias avenidas de la confrontación apoyándonos en ellas. Esta es la regla de oro que ningún comunista debe olvidar. Debemos hacer todos los esfuerzos para despertar su entusiasmo, orientar su descontento, organizar su combatividad, forjar sus dirigentes, y convertir al Partido y a la izquierda en su verdadera fuerza de vanguardia. En ese enlace dialéctico entre vanguardia y masas ocupan un lugar especial el Partido, la izquierda, siempre que estén en capacidad de interrelacionar el movimiento espontáneo y el movimiento político, la organización económica y la organización política revolucionaria. El "movimientismo", que a muchos entusiasma, no tiene futuro si no está orientado por la política revolucionaria; la política revolucionaria, sin las masas en lucha y sin el despliegue de su iniciativa, tampoco. Esta es la dialéctica de las cosas que todavía no entendemos bien ni manejamos como corresponde.

Nuestra tarea consiste precisamente, tomando en cuenta este dato objetivo, en hacer que este desplazamiento espontáneo, este despertar de las masas a la lucha, que se constata a diario, se encuentre con las ideas, la política y la organización que representamos como impulsores del cambio social y el socialismo; y, en lo más inmediato, se canalice hacia la alternativa táctica que proponemos al país.

La lucha patriótica y descentralista que libra el pueblo loretano, las movilizaciones juveniles del 4 y 11 de junio, el

paro de los maestros y trabajadores de construcción civil, la movilización nacional del 30 de noviembre, las acciones de los pueblos de Loreto, Cerro de Pasco y Huánuco, son claros indicadores de que estamos ingresando en un nuevo período. Está rota la estrategia de fragmentación y miedo que impuso la dictadura sacando provecho de la violencia senderista, del desconcierto a que condujo el gobierno de Alan García, de la derrota que sufrió Izquierda Unida como producto de sus propios errores. Se encuentra quebrantado el tejido de alianzas sobre el cual se levantó la dictadura. El entreguismo desvergonzado, uno de cuyos capítulos más repudiables es la reciente cesión territorial y de soberanía al Ecuador, en nombre de una paz que no es tal, confirma a muchos la entraña vendepatria del régimen. Esta ola de descontento y de indignación que recorre el país necesita ser articulada, orientada y organizada. Todo lo que hagamos debe tener por objetivo darle dirección política, única forma de evitar que se pierda o que sea nuevamente reabsorbida por la derecha como ya ocurrió en el pasado.

Lo peculiar de la situación es la convergencia de varios factores que están en la preocupación de la gente y que explica su incursión en la lucha desde diversos ángulos. Está la crisis económica por muchos todavía no entendida y que, sin embargo, será el vértice de la confrontación social próxima; la lucha democrática para dar término a la dictadura y derrotar sus planes reeleccionistas; la lucha contra el modelo neoliberal y sus consecuencias funestas para el país; la lucha contra el centralismo asfixiante y por el desarrollo del interior; la lucha por pan, trabajo y justicia social; la lucha en defensa la salud y la educación para los peruanos y contra la privatización de las mismas, entre otras.

En este contexto adquiere significación especial la contienda en defensa de la patria, la soberanía y por la

independencia, de la que forma parte el combate contra los recientes acuerdos de Río de Janeiro que violan el Protocolo de 1942 y cede territorio y soberanía peruanos al Ecuador a cambio de una supuesta paz que se basa en concesiones sin reciprocidad ecuatoriana. Se entrega 34 kilómetros cuadrados entre los hitos Cusumasa-Bambuisa y el Yaupi Santiago; se otorga en propiedad perpetua Tiwinza como trofeo de guerra, humillando la dignidad nacional; se concede dos enclaves, de 150 hectáreas cada uno, libre de toda obligación tributaria y con agentes premunidos de atribuciones excepcionales; se identifica al Ecuador como país ribereño del Amazonas al concedérsele navegación libre, gratuita, continua y perpetua en los ríos septentrionales del mismo a naves de cabotaje y de guerra; se concede acceso al Marañón a través de las carreteras estratégicas Loja-Jaén-Sarameriza y Méndez-Yaupi-Borja; se permite un Parque Ecológico que, por desmilitarizado, impide al Perú ejercer soberanía plena en el mismo. Tal los contenidos del Acuerdo Global y Definitivo suscrito en Río de Janeiro por los gobiernos de Perú y Ecuador, que constituyen para el Perú una verdadera traición nacional. Se ha concedido mucho a cambio de nada, y se ha mellando la integridad territorial, la soberanía y la dignidad nacionales. Ninguna paz indigna es duradera ni resuelve las contradicciones acumuladas por la historia. Por eso votamos en contra y entendemos que la lucha no está terminada.

El topo que trabaja a nuestro favor son las condiciones objetivas internas y externas ya indicadas. Condiciones objetivas favorables que debemos saber explotar con inteligencia, iniciativa y firmeza. Las oportunidades favorables que raramente se presentan, se aprovechan o se pierden. No hay término medio. Lo que tenemos delante de nosotros, para quien sepa ver, es una oportunidad que no debemos dejar pasar. El fracaso del modelo neoliberal y del régimen dictatorial llevará, inevitablemente, a convulsiones sociales y a reacomodo

de fuerzas. En ese escenario complejo, lleno de tensiones y desgarramientos, debemos aprender a nadar como pez en el agua, acumular fuerzas y desarrollar el espacio de la revolución, reconstruyendo el Partido, la izquierda peruana, el tejido sindical y social casi destruidos. Los períodos de vacío son transitorios. Si no lo ocupa, lo harán otros. Si quedamos al margen no será fácil recuperar las posiciones perdidas o no aprovechadas. Esto, desde luego, es mucho más que la llamada "transición a la democracia" que vienen preconizando quienes separan, incorrectamente, la lucha contra la dictadura fujimorista de la lucha contra el modelo neoliberal, perdiendo de vista que a este modelo le es inherente un régimen autoritario, entreguista y centralista.

La victoria se construye. No esperemos que la revolución llegue de regalo porque eso no ocurrirá nunca.

III.- PARTIR DE LA REALIDAD Y MANTENERSE FIRMES EN LA LÍNEA BÁSICA

Hemos dicho reiteradamente que dirigir implica conocer en detalle la realidad concreta, sus contradicciones y nexos internos y externos, las condiciones concretas que plantea la lucha, la correlación de fuerzas existente en un momento dado y, sobre todo, las tendencias en desarrollo a fin de actuar previsoriamente, manejar racionalmente las fuerzas disponibles y asegurar el éxito buscado. Esta es una conclusión que nos deja la experiencia de tantos años de lucha.

Está claro que el punto de inicio es la concepción marxista-leninista de partir de la realidad, verificar la verdad en los hechos, abordar los diversos fenómenos y problemas en su movimiento y sujeción a cambios, vale

decir dialécticamente. Ninguna política que asuman los comunistas peruanos debe separarse de ella ni de la línea básica del Partido.

El pensamiento guía y la línea básica del Partido puede resumirse, a su vez, de la forma siguiente: **"Asumiendo el marxismo-leninismo como guía teórica para la acción y partiendo de la realidad del país y del mundo, manteniendo siempre el espíritu abierto a lo nuevo y en desarrollo, el Partido lucha con tenacidad por el socialismo como su objetivo estratégico fundamental, se propone arribar a él a través de etapas y fases secuentes trabajando por la unidad más amplia del pueblo, usando los medios de lucha que se ajusten a las condiciones concretas y a la necesidad de conquistar el poder, asegurando mediante la lucha, la dirección correcta y oportuna, la acción en el seno de las masas, su papel dirigente"** (Balance del trabajo del C.C. en 1996).

Al no captar bien estas dos cuestiones se tiende a confundir las cosas sin reparar dónde está la raíz y el tronco principal, y dónde las ramas de los problemas. Estudiarlas y conocerlas es, pues, una primera condición. Actuar en consonancia con ellos, la segunda. Para asegurar el rumbo en el trabajo, no importa cuál sea éste ni cuánta su complejidad, **lo más importante es contar con la orientación ideológica correcta y con la línea básica clarificada.** No olvidemos el consejo de Lenin: "análisis concreto de cada situación concreta", que es el alma misma de la dialéctica materialista.

IV.- LA VICTORIA SE CONSTRUYE

La victoria se construye. Este concepto militar puede aplicarse perfectamente en el trabajo político siempre que se insista en asumir la conducción con perspicacia estratégica. Salvo situaciones excepcionales el éxito

siempre será el resultado de la labor previsora, inteligente, paciente, meditada y organizada de los actores en lucha.

Lo que nos proponemos alcanzar en los 5 ó 10 años próximos, o más, puede ser previsto en sus líneas generales y organizado desde ahora. Las batallas políticas se ganan si se aprovechan las condiciones favorables, el tiempo y las oportunidades que se presentan. Sacar ventajas de los errores o limitaciones del adversario, creando o motivando las circunstancias que lo permitan, y hacer uso inteligente de las fuerzas y recursos disponibles, es parte importante del arte de la dirección. Para ello es necesario conocer en detalle al adversario principal y secundario, así como sus planes y movimientos, a los aliados probables y próximos, prever sus giros de la misma manera que la evolución de los acontecimientos políticos. Y, desde luego, conocer nuestro potencial y posibilidades reales, nuestros flancos fuertes y débiles, los factores de bloqueo internos que dificultan o pueden dificultar cumplir unificadamente los propósitos trazados. Contar, además, con la capacidad de conducción estratégica y táctica para asegurar el éxito. Nada de sorprendente hay en esto, excepto nuestro desconocimiento o falta de hábito y capacidad para manejar las cosas con un mínimo de base científica, planificación y previsión.

Raras veces el éxito o la victoria llegan por azar. Quienes se abandonan a la buena suerte condenan la lucha a la incertidumbre y abren las puertas a la derrota. La improvisación nunca ha traído buenos resultados ni la ignorancia ha sido la madre del éxito. Esto es aún más cierto en la conducción política, que compromete el destino de millones de personas. Las victorias futuras se construyen desde hoy mismo, con firmeza, atando cada cabo, coordinando acciones, moviendo con inteligencia cada ficha táctica, organizando nuestras fuerzas con iniciativa de cara a las masas y sus luchas; en suma,

construyendo la fuerza política que la revolución necesita, y una conducción idónea, responsable, eficiente, que posea la cualidad de la firmeza en los principios y en el rumbo estratégico junto a la flexibilidad en la táctica y a la creatividad en la acción.

Esto es alcanzable si la conducción política toma en serio sus responsabilidades, si se da cuenta que el arte de la dirección no brota espontáneamente, sino que es fruto del estudio serio, la reflexión y la constante sistematización de las experiencias. Esto implica, por fuerza, desarrollar una mente estratégica, es decir percibir la situación en su conjunto y no limitarse a las partes o quedarse atrapado en la coyuntura, como nos ocurre con frecuencia. Está claro que no habrá conducción certera sin un conocimiento y dominio de la relación dialéctica entre la estrategia y la táctica, lo que implica estudiarlos a la luz de la teoría, pero sobre todo de la experiencia.

La estabilidad económica, política y social que prometió el régimen se encuentra en seria contradicción con la realidad. El desarrollo ofrecido con el ajuste estructural neoliberal, brilla por su ausencia. La crisis económica, ahora innegable, es un claro indicador del agotamiento del modelo, cuyas columnas vertebrales son puestas en cuestión por la crisis asiática, rusa y ahora brasileña. Las puertas del siglo XXI se abrirán cargadas de oscuros nubarrones, de agudas tensiones sociales, de una inevitable recomposición de las fuerzas de clase y políticas a escala internacional y nacional. El reflujo de estos años cede y está dando paso a un nuevo período de flujo de masas y expansión de la lucha popular y revolucionaria, dependiendo en sus alcances y resultados de los actores políticos y sociales. En tales condiciones es previsible que los próximos 7 años signifiquen una firme recuperación de la izquierda peruana, del movimiento popular ahora fragmentado, y un salto importante de calidad y cantidad en la reconstrucción partidaria como

en su inserción en la clase obrera y en las masas populares en general.

No es ilusoria la idea de trabajar pensando en su conversión en un partido revolucionario de masas, grande por su número, su influencia y su solidez ideológica y programática, su capacidad de combate revolucionario, estructurado a escala nacional y compenetrado con importantes sectores de las masas trabajadoras, la mujer, la juventud y la intelectualidad progresista. Debemos convencernos de la necesidad de dejar atrás la costumbre de la marginalidad, de ser partido de extramuros.

El problema, entendámoslo de una vez, estará en nosotros, en el factor consciente y revolucionario más que en los factores objetivos. La realidad invita al optimismo y a la confianza en las posibilidades y reservas con que cuentan el Partido, la izquierda democrática, patriótica y socialista. Si no se avanza como es deseable, sus causas no se encontrarán en las condiciones objetivas sino en nuestras propias limitaciones o errores, en nuestra falta de perspicacia y audacia. Así de simple.

V.- LA ORGANIZACIÓN COMO FUERZA MATERIAL PARA LLEVAR ACABO LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA

Sabemos que la organización partidaria es la fuerza material que permite alcanzar sus objetivos políticos. La política sin organización es como una persona sin piernas ni brazos: piensa, decide, pero carece de los medios para llevarlos a la práctica. Esto en primer lugar. En segundo lugar, la organización debe ajustarse a los objetivos que define la política (programa, estrategia, tácticas, alianzas, hegemonía, relación con la clase obrera y las masas,

etc.). En tercer lugar, tiene principios permanentes, además de normas y métodos que hay que conocerlos y observarlos rigurosamente, que obedecen a exigencias y a condiciones concretas que debe observarse con rigor. Además, la organización y sus métodos específicos no son iguales en situaciones diferentes, por ejemplo, en una de clandestinidad y otra de legalidad, de flujo o reflujo de masas, de expansión del Partido o de derrota y achicamiento.

Pongamos el caso del centralismo democrático, principio fundamental de organización. Está presente en cualesquiera de las situaciones en que se organice el Partido. Sin embargo, sus formas concretas varían de acuerdo con las circunstancias de la lucha de clases. En la ilegalidad y la clandestinidad se restringe la democracia y adquiere más peso el centralismo, no porque sea lo deseable sino porque no existe otra forma de mantener al Partido protegido y en capacidad de continuar la lucha revolucionaria. En condiciones de legalidad y de trabajo abierto la situación cambia y hay necesidad de hacer jugar un papel protagónico a la democracia interna. Pero en ambos casos permanece el principio del centralismo democrático independientemente de la necesidad de resguardar su seguridad.

El Partido pasó estos años la prueba más difícil con la instauración de la dictadura fujimorista y la imposición del modelo neoliberal, en medio del reflujo de masas y de la ofensiva del capital a escala planetaria. La derrota sufrida, producto de esta ofensiva como de errores propios, no fue pequeña. Tampoco los cambios en la correlación de fuerzas producidos en la sociedad peruana, incluyendo el ámbito ideológico. Los años noventa marcan un nuevo período: el de la hegemonía neoliberal, por un lado, y de los retrocesos de las fuerzas revolucionarias y progresista junto a la pérdida de

importantes conquistas populares, por el otro. Pero hoy la situación empieza a cambiar, con dificultad y lentamente, es verdad, pero es la tendencia que se abre paso. De nosotros dependerá que estas condiciones favorables sean debidamente estimuladas y aprovechadas, sabiendo como sabemos que encontraremos una tenaz resistencia de parte de las fuerzas de la reacción para quienes representaremos siempre un peligro al que se buscará eliminar o neutralizar, indiferentemente de los métodos a que se recurra para ello.

No podríamos decir, sin falta a la verdad, que no se han logrado avances en estos años sumamente duros. Los éxitos, sin ser espectaculares, son importantes. Haber conservado la vigencia del Partido en estas condiciones no es algo que se pueda desdeñar. Los esfuerzos realizados por muchos dirigentes nacionales e intermedios, cuadros y militantes, que han estado en la primera línea de trabajo a pesar de las enormes dificultades que se ha tenido que sobrepasar, merecen el reconocimiento y el aprecio. Sin sus esfuerzos, constancia y firmeza comunistas no estaríamos donde nos encontramos. Esta es la reserva que contamos para preparar el nuevo salto que las condiciones objetivas y las necesidades de la lucha nos obligan.

No obstante, sería un grave error incurrir en complacencia o autosatisfacción. Hemos logrado avances, pero no los suficientes para ponernos a tono con las necesidades del momento, y menos aún con las tareas de mañana que serán mayores, más complejas y exigentes. Este es el tema que nos preocupa hoy, obligándonos a buscar respuestas y salidas apropiadas y audaces. A situaciones que se vislumbran nuevas seamos también capaces de encontrarles respuestas precisas y no quedarnos en explicaciones genéricas, en deseos de buena voluntad, o en críticas abstractas. La verdad, solía decir Lenin, es siempre concreta. Y la verdad concreta, visible, exigente,

que tenemos ante nosotros, es que necesitamos adecuarnos con rapidez, con iniciativa, en orden, a una realidad cambiante para la cual el Partido no está suficientemente preparado, y cuya estructura, métodos y voluntad de acción de sus miembros distan mucho de ser los más apropiados.

Todo esto en un contexto donde las condiciones objetivas y también subjetivas comienzan a modificarse aceleradamente y los factores favorables para la recuperación, expansión y consolidación del Partido son cada vez mejores. La salida del refluo se acelera y, con ella, se hará más tensa la lucha de clases en todos sus aspectos. Las masas (trabajadores, jóvenes, mujeres, pequeños propietarios, intelectuales, profesionales, etc.) rompen paso a paso con la pasividad, se incorporan a la lucha, buscan orientación, aguardan la dirección que con mano firme y certera las conduzca. En esta situación particular no es casualidad que la lucha por la hegemonía ideológica y política se acentúe inevitablemente y se torne más aguda, no sólo en respuesta a la ofensiva neoliberal y a la dictadura, sino también al interior mismo de la oposición, incluso en el seno de los sectores de orientación democrática y popular.

Este, desde luego, será un proceso difícil y de desarrollo desigual, donde los factores espontáneos tienen su lugar, pero, igualmente, sus límites. Es aquí donde adquiere un significado relevante el factor consciente, de dirección, o para ser más exacto el papel del partido de vanguardia que está en la obligación de intervenir más enérgicamente a fin de orientar y buscar un desenlace favorable para el pueblo y para la causa revolucionaria.

VI.- UNA CONTRADICCIÓN FUNDAMENTAL QUE ENFRENTA EL PARTIDO EN EL PERÍODO

Incurriríamos en ingenuidad si creyésemos que lo que empieza a descomponerse es solamente el régimen dictatorial. El problema es más de fondo. El modelo se agota y la crisis estructural, neutralizada pero no resuelta, vuelve a mostrar las narices. Este es el panorama que necesitamos entender para prepararnos y actuar sagazmente a fin de estar en condiciones de responder a los retos que plantea y aprovechar las oportunidades favorables que se presentan.

La unidad y lucha de contrarios es la ley fundamental de la dialéctica. La unidad, el equilibrio, son siempre transitorios; la lucha, permanente. El Partido no es ajeno a esta ley. No existe en el aire, ni es estático. Actúa en una realidad concreta siempre cambiante donde la lucha de clases, en sus diversas formas, es el motor que impulsa el desarrollo de la sociedad, del cual el Partido es un agente consciente para operar su transformación.

Se puede afirmar con fundamento que una contradicción fundamental que enfrentará el Partido a lo largo del período, por las consideraciones ya señaladas, es aquella que se da entre el Partido, todavía débil en su estructura organizativa en reconstrucción, con insuficiente solidez teórica e ideológica, limitado contingente de cuadros con capacidad para la conducción política revolucionaria, sistema de comités aún no consolidado, con vínculo de masas importante pero no suficiente, que sale con dificultad de la derrota política de los noventa y del reflujo, por un lado; y, por el otro, las crecientes exigencias y potencialidades de trabajo que se nos presenta favorablemente para el despegue del Partido y la expansión del movimiento democrático revolucionario y socialista. Además, en una circunstancia donde el eje

político fundamental es la lucha para derrotar a la dictadura, cerrarle el paso al neoliberalismo y abrir para el país un Nuevo Curso de democratización, independencia y soberanía, desarrollo con justicia social, descentralismo, integración económica y estabilidad.

Observando el panorama desde este contexto se entenderá mejor los límites de la oposición liberal y centrista y de su propuesta llamada "Tercera Vía"; también la complejidad y la intensidad que adquirirá la lucha por la dirección del proceso, por la hegemonía política e ideológica, en primer lugar contra la dictadura y el modelo que representa; en segundo lugar, al interior de las corrientes de la oposición que van desde quienes muestran desacuerdos con la dictadura pero coinciden con el modelo, hasta quienes asumimos una posición de enfrentamiento decidido contra ambos desde la perspectiva del socialismo.

Estamos hablando de un Partido Comunista que debe enfrentar enemigos poderosos al mismo tiempo que resuelve enormes dificultades y supera verdaderas murallas. Por eso mismo, de un partido que no se conforma con ser la oposición radical al sistema o a un determinado régimen político, sino que se propone, sobre todo, ser alternativa y una propuesta viable a los ojos del pueblo peruano. **Ser alternativa, prepararse y luchar para alcanzarla en cada circunstancia y espacio de acción: he allí el problema.**

Nada de lo que hasta aquí se ha expresado se logrará sin una solvente asimilación del marxismo-leninismo como guía para conocer la realidad peruana y transformarla, y sin capacidad de creación y realización desde la opción revolucionaria y socialista que postulamos. Sin esta visión de nuestras responsabilidades y de los retos que asumimos, lo que nos aguarda será la rutina, la sobrevivencia política, o contentarnos con la dirección de determinados gremios o el acceso a espacios

parlamentarios o municipales, perdiendo de vista que éstos son medios nunca el objetivo o el fin que da sentido a la lucha que libramos contra el capital y el imperialismo.

Es aquí donde aparece con fuerza la importancia estratégica y el rol del Partido Comunista y su papel de vanguardia, la unidad de la izquierda, el desarrollo de un potente movimiento popular democrático y revolucionario que debemos impulsar y construir sin falta.

Cuando se afirma que el Partido es la forma superior de organización de una clase, se está en lo cierto. Lo que pasa, por lo menos en lo que a nosotros concierne, es que se tiende a olvidar esta verdad de Perogrullo, y el resultado inevitable será la subestimación de su construcción y de su rol dirigente. No deberíamos olvidar que para los comunistas el centro de su condición militante es el Partido, también de su labor política, ideológica, cultural, de masas y organizativa. Somos revolucionarios en el pensamiento y la acción, donde teoría y práctica se entrelazan y retroalimentan. Sin teoría no hay práctica revolucionaria; sin ésta, a su vez, la teoría deja de tener sentido. Es desde el Partido donde los comunistas pueden jugar su rol de vanguardia, su papel dirigente; nunca fuera de él.

Sería inalcanzable la batalla por la hegemonía ideológica, política y cultural, por el cambio radical que significa el socialismo, sin la presencia dirigente del Partido de la clase obrera. El frente único que se construya o las formas de lucha que se asuman, de acuerdo con las circunstancias concretas, necesita contar con una fuerza conductora que tenga sólidos basamentos teóricos y objetivos precisos. Lo mismo se puede decir del movimiento sindical y popular. Sólo el Partido revolucionario nutrido por una teoría de vanguardia, profundamente enraizado en la realidad del país y dueño de una experiencia acumulada en medio de la lucha de clases, con visión de conjunto y de largo plazo, con la

cohesión y disciplina en sus filas, fuerte en su influencia y en su organización, profundamente enraizado entre los trabajadores y el pueblo, estará en condiciones de asegurar la articulación de todos los factores potencialmente favorables en la lucha por la democracia, la liberación nacional y el socialismo.

Por eso se puede decir que el Partido del proletariado debe aspirar a conquistar el derecho a ser la fuerza núcleo y dirigente, la fuerza conductora del proceso revolucionario que encarna los valores supremos del pueblo trabajador peruano y la nación. Ese es el partido que los comunistas tienen el deber de construir. No entenderlo llevará a hacerle serias concesiones a la ideología y a la política burguesas o al aventurerismo pequeño burgués.

VII.- SIETE GRANDES PROBLEMAS QUE ESPERAN SOLUCION

Partiendo de las consideraciones señaladas, siete son los temas fundamentales que nos proponemos abordar en esta oportunidad. Si bien diferentes unos de otros, se hallan interrelacionados y son partes de un mismo problema general que exige respuestas integrales, prontas, y también soluciones prácticas. Por lo demás, su focalización no significa que descuidemos o dejemos de tomar en cuenta otros aspectos de contenido ideológico, teórico, político u organizativo.

Lo que queremos significar es que, tomando en cuenta las condiciones concretas de la lucha de clases, así como las posibilidades que se presentan para el desarrollo partidario, requerimos producir ajustes de urgencia y en profundidad que permitan desbloquear las vías obstruidas que dificultan una sana circulación de la

sangre, a fin de ubicarnos bien en ese nuevo panorama, evitando, de paso, ser sorprendidos por los acontecimientos.

Estos factores de bloqueo, son los siguientes:

- 1) Espontaneismo y empirismo en el terreno ideológico;**
- 2) Abstencionismo y sectarismo en lo político;**
- 3) Debilidad en el ejercicio del centralismo democrático, el sistema de comités y el uso racional de los cuadros, en lo organizativo;**
- 4) La relación deficiente del Partido con las masas, sus organizaciones y luchas;**
- 5) El insuficiente esfuerzo dirigido a la reconstrucción y la unidad de la izquierda y la organización política de la juventud;**
- 6) Falta de una firme política de autosostenimiento económico y eficiente actividad financiera;**
- 7) Finalmente, los pocos avances logrados en la tarea de rectificar y perfeccionar la conducción política y la dirección de los organismos partidarios.**

Estos temas no agotan los problemas de urgente solución que padece el Partido, pero sí representan aspectos decisivos para empezar a resolverlos de conjunto, **siempre que se los asuma de manera articulada y ordenada, teniendo como su eje el trabajo ideológico y político.**

A.- POR QUÉ ES IMPORTANTE SUPERAR EL ESPONTANEISMO Y EL EMPIRISMO

Muchos camaradas no se dan cuenta que el Partido fundado por Mariátegui difiere de los partidos de la

burguesía y de la pequeña burguesía, entre otros aspectos fundamentales, en el hecho de que tiene un carácter concreto de clase y una misión histórica que cumplir: conquistar el poder del Estado para los trabajadores y el pueblo, realizar el socialismo como sistema económico-social opuesto y superador del capitalismo, dar término a la explotación del hombre por el hombre, desarrollar las fuerzas productivas sociales incesantemente y poner las relaciones de producción en consonancia con ellas. Finalmente, crear las condiciones materiales y espirituales que llevarán a la sociedad comunista. El fin supremo de los comunistas es servir al pueblo. De allí su divisa: todo en bien del hombre, todo al servicio del hombre.

Tal tarea histórica que se propone el proletariado y que es imposible entenderla y resolverla desde la espontaneidad del movimiento, pues éste **"sólo puede elaborar una conciencia sindical, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros"** (Lenin, **¿Qué Hacer?**). Desde luego que los sindicatos u otras formas de organización popular parecidas están en condiciones de llevar a cabo cierta agitación y lucha política, pero éstas no escapan de los marcos de la política burguesa o pequeña burguesa, de la lucha por reformas; sin embargo, no son aún política revolucionaria, comunista. El socialismo no se propone reformar el capitalismo; su propósito es sustituirlo a través de la lucha de clases. Para tal efecto necesita desplegar una lucha sistemática e interrelacionada en varios frentes: ideológico, teórico, político, económico, cultural, entendiendo este movimiento como un proceso histórico prolongado y complejo. Por eso Marx vio el sindicato como una "palanca" que nos permite mover a los trabajadores no comunistas, muy distinto de su organización política en partido de clase.

Para ello es indispensable contar con una teoría científicamente fundamentada que los guíe, el marxismo-leninismo; una clase revolucionaria que dirija, la clase obrera; un destacamento político de vanguardia que ejerza la conducción, el Partido Comunista; una estrategia y táctica que permita llevarla a cabo tomando en cuenta las condiciones concretas de cada país y revolución. Todo esto en medio de una lucha de clases compleja, integral y antagónica entre el proletariado y la burguesía, la nación y el imperialismo. De aquí fluye la importancia de la lucha teórica, sin la cual ningún trabajo práctico, por heroico que sea, tendrá garantizado un rumbo correcto y un objetivo preciso. Conviene recordar la célebre sentencia de Lenin: **"sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario"**. Lo que el Partido necesita es más teoría, más comprensión y asimilación del marxismo, más conocimiento de nuestra realidad y sistematización teórica de la experiencia hecha, más capacidad de investigación, análisis y reflexión a fin de guiar en condiciones certeras el trabajo práctico, lo que es muy diferente del dogmatismo o el empirismo.

No está demás insistir en la importancia de la lucha teórica, tanto más si nos damos cuenta que el empirismo sigue siendo uno de los males más comunes y peligrosos que arrastramos, cuya convivencia y mutua cooperación con el espontaneísmo están en la base de los problemas que bloquean el desarrollo sano y vigoroso del Partido. No desconocemos la diferencia que existe entre el sentido práctico, la capacidad de acción, que caracteriza a los comunistas, ajeno por completo a lo Lenin solía calificar como "sarna de la fraseología revolucionaria, y el empirismo. Los empíricos subestiman la teoría o desconocen su importancia mientras se refugian en el practicismo estrecho y ciego.

Más de una persona se preguntará: ¿pero ésta no es una verdad conocida y repetida? El problema, en todo caso,

no es si es una verdad conocida o no, sino si pensamos así y si actuamos en consonancia con el marxismo leninismo, el socialismo y el partidismo en todas las esferas de la acción de los comunistas. Esta es la esencia del problema. Quien no medite suficientemente al respecto ni haga un esfuerzo serio de evaluación crítica del accionar partidario y de su propio trabajo, podría preguntarse: ¿por qué asignar tanta importancia a un fenómeno como el espontaneismo que nadie ha sostenido ni defiende en el Partido, o realizado esfuerzos siquiera para darle algún sustento teórico o político? ¿Qué valor tiene hoy día volver a tópicos del pasado, que pudieron tener significado en la etapa inicial del movimiento comunista pero no ahora donde los temas de interés son otros?

A simple vista parecería que no les falta razón, pero examinando las cosas con detenimiento la situación se presenta de otra manera. Es que en nuestro caso el espontaneismo, más que una corriente de pensamiento teórico ha sido siempre un hecho producido "espontáneamente", una concesión ideológica otorgada gratuitamente a la burguesía hasta el punto de convertirse en un hábito, una costumbre, una manera de entender la política revolucionaria. Y no solamente en los sindicatos, también en el movimiento campesino, barrial, juvenil, en la participación en los órganos del Estado como el Parlamento, los municipios, la propia actividad interna del Partido. Solamente así se puede explicar por qué muchos comunistas sienten más apego a las organizaciones gremiales, a los cargos públicos, a las exigencias de la coyuntura, que al Partido y su lucha verdaderamente revolucionaria. Y porqué el espíritu de Partido es débil, insuficiente - por decir lo menos - la atención que se le presta a la teoría y la política, penosa su construcción orgánica. La fragilidad de los comités y la inoperancia de las células tiene aquí su punto de partida ideológico y cognoscitivo.





Los ronderos cajamarquinos han llegado a Lima a desmontar las falsedades que la derecha ha levantado contra ellos.



Donde prevalece la influencia del espontaneismo, el Partido, su construcción, es un asunto prescindible, la teoría un espejo decorativo, la política una cuestión secundaria. Lo que importa es el momento, la lucha diaria, el parloteo vacuo, el movimiento. ¿Acaso no es éste el vivo retrato de muchos camaradas, incluyendo cierto número con décadas de militancia en el Partido? En un ambiente así no tiene por qué sorprendernos que se abra paso, independientemente de los deseos de la gente, el espíritu de aldea, el culto por la coyuntura o la política de "vivir al día", el pragmatismo utilitario, el aprovechamiento inescrupuloso de los cargos públicos o sociales con fines personales, el sentirse dueño de los pequeños cotos de poder adquiridos, el arribismo y el oportunismo político, el autonomismo para zafarse del control partidario y de la responsabilidad política adquirida, inclusive el apartidismo encubierto. En suma: el liberalismo ideológico, el subjetivismo que lo confunde todo, la rutina como estilo de trabajo, la práctica donde la teoría sobra y el marxismo-leninismo se reduce a frases de clisé.

Hagamos cuenta: ¿cuánto de esto tenemos metido en nuestras filas? Mucho más de lo que imaginamos. No es arbitrario reconocer que la tarea más importante para derrotar el espontaneismo y el empirismo en el Partido, en la actualidad, es la lucha ideológica y teórica contra la influencia del liberalismo burgués en nuestras filas. Este no es para nosotros un concepto nuevo. Ya lo planteamos en otro momento sin alcanzar los resultados esperados. La razón de ello es que entendimos el liberalismo burgués como fenómeno político en lugar de poner en evidencia su trasfondo ideológico y teórico, razón por la que no alcanzamos a identificar su esencia espontaneísta y empírica, menos a superarlo.

Sin fortalecer el espíritu partidista y la conciencia comunista en nuestras filas, el valor de la teoría marxista-leninista (que es precisamente lo que empaña el

espontaneismo y su hermano gemelo el empirismo), no estaremos en condiciones de llevar adelante las tareas revolucionarias, pues sin ideología comunista, sin teoría científica y política revolucionaria que guíe la acción práctica del Partido no habrá revolución, socialismo ni comunismo. Sin este requisito no estaremos en condiciones de responder, en toda la línea, a la ofensiva ideológica, política y cultural del imperialismo ni de construir un poderoso partido de la clase obrera con capacidad para disputar la hegemonía, conducir a las masas a la lucha revolucionaria, llevar a cabo la revolución, cumplir las tareas democráticas y nacionales y avanzar ininterrumpidamente al socialismo.

El espontaneismo, sin embargo, tiene larga data en el Partido y raíces muy profundas y extendidas. El culto por el movimiento, la ilusión de que la sola lucha de masas es suficiente para asegurarle contenido revolucionario, la pasión por el huelguismo, el entusiasmo por la frase revolucionaria, pero también el fervor por la violencia revolucionaria, asumidos como generadores de la consciencia revolucionaria y el socialismo, ha llevado a confundir las cosas y a distorsionar los roles. La razón está en su enfoque unilateral y en la confusión entre consciencia socialista y los métodos de lucha. El que la clase obrera y el pueblo luchen no significa necesariamente que ella sea, de por sí, parte del combate por el socialismo. El movimiento espontáneo, en cualesquiera de sus formas, es todavía lucha económica, reivindicativa, por reformas, ubicada en el marco de la política burguesa y de la conciencia liberal burguesa. Para avanzar se necesita ir más allá, romper esa frontera, independizarse. Y esto es posible únicamente desde la ciencia, desde la comprensión de las leyes que rigen el proceso social, desde el socialismo científico. **"Nuestro programa - escribió Lenin - está totalmente basado en la concepción científica y, además, precisamente materialista del mundo"** (Socialismo y religión).

El socialismo no surge espontáneamente en el seno de la clase obrera sino de la ciencia, es decir del conocimiento de las leyes que rigen el sistema capitalista. El socialismo pasó de utopía a ciencia debido a la aparición del materialismo histórico y el descubrimiento de la plusvalía, ley fundamental del capitalismo. Quedó entonces clarificado que el paso del capitalismo al socialismo no se hará por vía espontánea, es decir mediante una evolución natural, como ha predicado muchas veces el revisionismo. Es indispensable el concurso de una clase social que lleve en sí las condiciones que aseguren ese cambio y la fuerza política nutrida con la teoría científica capaz de garantizarla conduciendo en esa tarea a los trabajadores y al pueblo en general. Pero dirigir no significa, en este caso, sustituir el papel histórico de los trabajadores, o creer que están condenados a un rol pasivo. Son ellos mismos quienes conquistarán su emancipación del yugo del capital, siempre que estén **"unidos por la asociación y guiados por el saber"** (Carlos Marx, El Manifiesto Comunista). La asociación a la que se refiere Marx es el partido político, y el saber, la teoría científica. Por eso Lenin explicó que la conciencia viene de "afuera" de la clase obrera y Marx consideró a los intelectuales que se "desolidarizan" de su clase como parte necesaria de la forja de la conciencia socialista. La clase capaz de cumplir esa misión histórica es el proletariado, y la fuerza política que asume su dirección, el Partido Comunista guiado por el marxismo-leninismo. En esto consiste precisamente la tarea de los comunistas.

Esto es así porque el partido político de la clase obrera, en palabras de Lenin, **"es la unión del movimiento obrero con el socialismo"**. En otras palabras, del movimiento espontáneo con el movimiento consciente, cuya tarea **"no es servir pasivamente al movimiento obrero en cada una de sus fases, sino representar los intereses de todo el movimiento en su conjunto, señalar a este movimiento su objetivo final, sus tareas políticas, y**

salvaguardar su independencia ideológica y política"

(Tareas urgentes de nuestro movimiento). Esta idea cardinal es lo que se pierde de vista con frecuencia y el resultado no será otro que el rebajamiento del papel de la vanguardia, su mediatización, inclusive subordinación a la espontaneidad del movimiento.

En el caso peruano es conocida la influencia que, a principios de siglo, ejerció el anarquismo en el seno de los trabajadores, de modo especial en Lima. El anarquismo, como es sabido, es una corriente político-social cuyo principio fundamental es la negación del Estado, de cualquier poder político o autoridad en general. De allí que una de sus características haya sido su rechazo a la teoría marxista y a la lucha política en las condiciones de la democracia burguesa. En sus inicios la Universidad Popular Gonzáles Prada estuvo fuertemente influenciada por estas ideas, contra las cuales hubo de irrumpir Mariátegui a pesar de la hostilidad de que fue objeto. También en nuestro caso el anarquismo postuló el apartidismo, desembocando en una acción que se plasmó en la búsqueda de reivindicaciones económicas y sociales al mismo tiempo que arremetía contra las doctrinas socialistas y su instrumento político, el partido revolucionario del proletariado.

Mariátegui, luego de su retorno de Europa, a la vez que se propone fundar el partido de la clase obrera y construir el movimiento socialista, desarrolla una lucha teórica y de principios para vencer la influencia del anarquismo, orientar a la vanguardia y a la intelectualidad progresista, y ganar al proletariado a su causa. Sus objetivos se logran sellando la derrota de las ideas pequeñoburguesas, requisito obligado para fundar el Partido atrayendo a lo más avanzado de la vanguardia obrera. Pero no se debe olvidar el componente pequeño burgués de la sociedad peruana, base social del individualismo y del atraso teórico de que se nutren el espontaneismo y conservan

las condiciones que hacen posible el resurgimiento de concepciones anarquistas, individualistas, inclusive oportunistas, independientemente de que adquieran otras tonalidades o formas.

Después de la desaparición física del Amauta en 1930, el Partido se desliza a una postura de sindicalismo revolucionario. Esta es otra de las variedades que adquiere el espontaneísmo en el Partido. En este caso el "izquierdismo" vino de la mano con la consigna de "clase contra clase" que acuerda el VI Congreso de la Internacional Comunista. Si esta táctica era políticamente errónea, pues su resultado fue el aislamiento del Partido, su traslación al movimiento sindical llevó a que éste suplantara el papel político y revolucionario que le concernía a la vanguardia. El papel fundamental de los sindicatos es la lucha económica, y del partido la lucha política. Esta frontera, desde luego, no es absoluta ni quiere decir que los sindicatos no deben intervenir en política. Pueden hacerlo, y en los hechos lo hacen con frecuencia, pero como asunto complementario. El partidismo de los sindicatos llevará inevitablemente a su sectarización y a la anulación de los fines para el cual existe en el sistema capitalista. Cuando el Partido renuncia o debilita su papel de vanguardia y sus dirigentes y militantes aflojan su espíritu partidista, independientemente de sus declaraciones verbales, lo que se abre paso es el culto a la espontaneidad del movimiento, el reduccionismo economicista. El sindicalismo revolucionario es una variedad izquierdista del espontaneísmo, no más.

La otra variedad, la más perniciosa y extendida en nuestro caso, se abre paso a partir de 1937 cuando el Partido, yendo más allá de la táctica del frente único que aprueba el VII Congreso de la Internacional Comunista, da un volteretazo de 180 grados y se desplaza al terreno de la conciliación de clases y el seguidismo a la política

burguesa. La capitulación ideológica y política del Partido lleva a que éste se convierta en un virtual apéndice de la burguesía. El Partido ya no dirige la lucha de clases del proletariado; es dirigido. No debe sorprender que en estas condiciones el trabajo con la clase obrera y con el pueblo trabajador en general se reduzca a los marcos estrechos del economicismo y el reformismo. Es decir, el movimiento lo es todo, el objetivo nada. Llegado aquí la política se subordina a la economía, la ideología del proletariado al liberalismo burgués, el Partido al movimiento sindical y reivindicativo en general. Esta inversión de roles ha permanecido en el Partido, en distinto grado, hasta el punto de parecer normal convivir con tal enfermedad.

El espontaneismo puede adquirir muchas tonalidades, y, en ciertos casos incluso presentarse como muy revolucionario por los métodos que se ponen en acción. Quien examine el accionar de Sendero Luminoso, por ejemplo, no se extrañará de encontrar una fuerte carga espontaneista en su concepción, independientemente del doctrinarismo con que recubre su práctica aventurera. Lenin enfoca agudamente esta cuestión: **"Los economistas y los terroristas...tienen una raíz común, a saber: el culto a la espontaneidad...Los economistas y los terroristas rinden culto a dos polos opuestos de la corriente espontánea: los primeros, a la espontaneidad del "movimiento puramente obrero"; los segundos, a la espontaneidad de la apasionada indignación de los intelectuales, que no saben o no pueden vincular el trabajo revolucionario con el movimiento obrero para formar un todo" (¿Qué Hacer?).**

En el otro extremo la situación no es diferente en su esencia, pues vemos cómo más de un partido que se reclama revolucionario existe más por su presencia sindical que por su vigencia política, ideológica cultural. En este caso no son la política ni la ideología revolucionarias las que predominan, sino el

economicismo, que en el fondo no es otra cosa que política burguesa en el seno del partido revolucionario.

Quienes participan del movimiento comunista tienen ante sí la enorme responsabilidad de empujarse por encima de la lucha económica y la organización económica de los trabajadores. El instrumento para llevar a cabo este objetivo es el partido revolucionario del proletariado, y su guía teórica, científicamente fundada, el marxismo-leninismo. Sólo así podremos entender por qué la práctica revolucionaria de todo miembro del Partido es la práctica del comunismo, y cada acción de la revolución debe ser entendida como parte del movimiento comunista y de la lucha por el socialismo. Esto implica mantener siempre la ideología del proletariado, el espíritu de combate propio de los comunistas, la moral y actitud de trabajo revolucionarias, convencidos de que el único interés que nos anima es la emancipación de los trabajadores, y en general del pueblo peruano, del yugo de la explotación capitalista y de la opresión imperialista.

En tal sentido sigue siendo válida la conclusión a que arribó Lenin todavía a principios de siglo: ***"Todo lo que sea prosternarse ante la espontaneidad del movimiento obrero, todo lo que sea rebajar el papel del "elemento consciente", el papel de la socialdemocracia (su paralelo actual son los partidos comunistas) equivale - con absoluta independencia de la voluntad de quien lo hace- a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros"*** (¿Qué Hacer?). Si es verdad que la revolución socialista surge como una necesidad histórica de las propias tendencias inherentes al desarrollo del capitalismo, es igualmente verdad que no es un resultado automático de las contradicciones de ese sistema. Por el contrario, es una empresa consciente, deliberada y organizada. Este papel sólo puede asumirlo el partido del proletariado.

La necesidad de clarificar las ideas a este respecto es mayor en el presente, entre otras razones, porque

asistimos a la ofensiva general del capitalismo contra el socialismo y la revolución, y uno de sus resortes fundamentales es el ideológico: demostrar la supuesta caducidad del socialismo y el marxismo leninismo, despojándoles su base científica, crítica y revolucionaria; negar el papel revolucionario de la clase obrera; condenar, por arcaicos en un mundo globalizado y "post moderno", la lucha de clases, el partido del proletariado, la nación; universalizar el "pensamiento único" liberal; incentivar la despolitización y el apartidismo en las masas induciéndolas a soportar como inevitable y por siempre el sistema capitalista e imperialista. No estaremos en condiciones de contrarrestar esta campaña y pasar a la ofensiva sin contar con sólidas bases ideológicas, teóricas y programáticas. Contra ellas enfila precisamente la permanencia del espontaneismo, el empirismo y el economicismo. Por eso es obligatorio combatir las posiciones claudicantes, y sus connotaciones políticas, de los impugnadores de los supuestos "errores" del marxismo "autoritario".

No existimos como Partido Comunista y como militantes comunistas para limitarnos a acceder a determinadas esferas de gobierno, o conducir la lucha económica de los trabajadores, o perdernos en los vericuetos de la politiquería criolla. Toda lucha parcial, por reformas o conquista de reivindicaciones económicas y sociales, no nos son ajenas. Estaremos allí, en primera línea, uniendo en cada fase de la lucha todas las fuerzas posibles para alcanzar los objetivos y las tareas planteadas. Pero no nos quedamos en ellas ni reducimos nuestra misión histórica a ese papel. Para ello existen otras formas de organización social y de lucha (económicas, profesionales, étnicas, campesinas, barriales, culturales, científicas, benéficas, gremiales, deportivas, de frente único, etc.). Su necesidad e importancia son obvias, pero ninguna de ellas sustituye el papel del Partido revolucionario. Nos corresponde

promoverlas, organizarlas, trabajar para conducir las acertadamente respetando sus particularidades, pero ello no debe implicar el descuido ni la dejación de la labor partidista.

Luego de lo expresado es conveniente una aclaración para evitar equívocos u olvidos: el movimiento espontáneo de las masas y el movimiento socialista, no son excluyentes. En el primero está ya el embrión de lo consciente. El problema es: quien dirige a quien.

B.- SUPERAR EL ABSTENCIONISMO Y EL SECTARISMO POLÍTICO

Los comunistas entienden que la política es la expresión concentrada de la economía, su generalización. La política incluye los objetivos programáticos y las tareas que se plantean las clases, los partidos, las agrupaciones, el Estado, y se refiere también a sus métodos y sus medios de lucha. Fuera de la acción política de clase, socialista, es inentendible el Partido Comunista. Esta es su misión histórica, independientemente de que, en cada fase de la lucha revolucionaria, de acuerdo con la correlación de fuerzas internacional y nacional y sus determinaciones estratégicas y tácticas, deba asumir diferentes políticas, procedimientos, métodos de lucha y formas de organización, relaciones de alianzas y plataformas de acción. Esta relación dialéctica de táctica y estrategia, de las tareas de hoy y su concatenación con las tareas de mañana, fue definida con mucha claridad por Marx en el Manifiesto Comunista al expresar que **"los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento"**.

La acción política independiente y revolucionaria está en su misma esencia. "La política- se dice en los Estatutos-

dirige todas sus actividades". Esto que se acepta teóricamente, no es, sin embargo, asumido con la firmeza del caso en el terreno práctico. Esta no asunción de la acción política como quehacer constante de sus organismos, cuadros y militantes, equivale a abstenerse de la política revolucionaria del Partido, a soslayar la política para dar espacio a cualquier otra actividad, a no entender que esta "cualquier otra actividad", directa o indirectamente debe estar vinculada a las tareas políticas y orientada por la política revolucionaria del Partido.

Esto se debe a que no se entiende correctamente que la política es la actividad de las clases sociales, de sus partidos y agrupaciones construidas para ese fin, cuya razón es la lucha por la dirección del Estado y la sociedad, relacionada con sus intereses y objetivos de clase. La política burguesa servirá siempre los intereses de la burguesía, no importa si se cubre con el manto de una "política para todos" y una democracia "igual para todos". Solamente el proletariado está en condiciones de representar, consecuentemente, los intereses de los trabajadores y el pueblo, y en general los de la humanidad, pues su objetivo no consiste en eternizar la explotación del hombre por el hombre ni defender privilegios especiales, sino darles término. En este sentido la lucha política es la forma más elevada de la lucha de clases, y el partido la forma superior de organización de una clase social.

"Todos los movimientos (políticos) han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial" escribió Marx en el Manifiesto Comunista. Más tarde, en el "Manifiesto Inaugural de la

Asociación Internacional de los Trabajadores", completó esta idea al señalar que ***"la conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el deber de la clase obrera"***

Estas ideas conservan toda su vigencia y no han perdido actualidad. Desde luego que las condiciones en que fueron formuladas no son las que tenemos hoy, pero a pesar del tiempo transcurrido la esencia del problema sigue irresuelta, inclusive agravada en gran parte del mundo. La lucha contra el yugo de la explotación capitalista y el dominio del imperialismo en nuestras sociedades semicolonizadas, por la democracia, la independencia, la justicia social, el progreso económico y cultural, no está de ninguna manera agotada. Continúan presentes a la espera de su solución definitiva. Por eso la necesidad histórica del socialismo. Esta es la brújula permanente de nuestras luchas, no importan las circunstancias en que nos encontremos, las tareas concretas que debemos asumir, los escenarios en los cuales estamos obligados a trabajar y combatir. Por eso el Partido Comunista es indispensable para llevar a cabo estos objetivos.

El Partido Comunista es una unidad voluntaria de personas que aceptan una ideología, un programa y un sistema organizativo únicos. Nadie es forzado a incorporarse en sus filas. En sus relaciones internas se rige por el centralismo democrático y por una disciplina consciente. Democracia y centralismo, disciplina y libertad, individuo y colectivismo, son contrarios que se complementan e interrelacionan. Pero la razón de ser del partido es la lucha por el socialismo y el comunismo. Esto es lo que le da sentido y define su naturaleza de clase. Que en el prolongado proceso que conduce a su materialización deba pasar por etapas y fases, correspondiendo a cada una de éstas contenidos y tareas concretas acorde con la correlación de clase y de fuerzas en cada período específico, no modifica la esencia de su compromiso militante. El pleno

entendimiento de su programa general, de su estrategia de conjunto y su táctica debería ser, siempre, el punto de partida de su acción política y de la orientación de su trabajo concreto.

Cuando esto se debilita o falla es inevitable que prevalezcan en la preocupación de los cuadros y militantes otros compromisos. Y sean éstos, por el contrario, los que subordinen su acción política. Aquel que tiene como tarea concreta el sindicato, o la organización campesina, barrial o juvenil, por ejemplo, pero coloca esta labor en el centro de su atención, terminará por subordinar a éstos la política del partido y su construcción. Entonces el economicismo prevalecerá sobre la política revolucionaria, la organización del sindicato sobre la construcción del partido, las urgencias de la coyuntura excluirán la labor ideológica. Por desgracia éste es un fenómeno generalizado, y en este hecho puede encontrarse la explicación de la debilidad del Partido en tales gremios, su precaria influencia política en ellos. La lucha económica (por el salario o reivindicaciones parecidas) no es antagónica de la lucha política, ni la organización económica (sindical o similares) con la organización política (partidos, frente único, etc.). Ambas son necesarias, pero al mismo tiempo ocupan espacios diferentes. La lucha política e ideológica, y la organización política, son la forma más elevada de lucha y de organización de las clases. Lo es también en el caso de los trabajadores, pues sólo éstas pueden permitirle convertirse en clase para sí, empujarse para **"hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial"**, plantearse **"la conquista del poder político"** y estar en capacidad de elevarse a la condición de **"clase dominante"** de la sociedad (Marx, Manifiesto Comunista).

La lucha de clases es compleja y diversos los escenarios donde deben actuar los comunistas. Por ejemplo, en el

sindicato, en el barrio, en los clubs provincianos, en el frente político, en las organizaciones juveniles, en los municipios, etc. Cada una de ellas tiene sus particularidades y sus fines específicos, pero también sus límites. ¿Cómo evitar subsumirse en ellos? Esto depende de discernir el centro de su accionar, y eso no es otra cosa que la acción política y labor partidista. Para los comunistas la política, y la táctica como momento de ésta, lo decide todo e influye en todo. No hay nada que hagamos que no tenga un definido contenido político de clase. Sirve a la clase obrera, al pueblo, a la nación, o bien a la burguesía, a la permanencia de lo establecido. No hay posibilidad de evasión. Ya Mariátegui dejó claramente establecido que el dilema histórico no es otro que capitalismo o socialismo.

¿Por qué, entonces, el abstencionismo político? La explicación es que no se entiende la política del Partido, su programa, su estrategia y táctica, su teoría revolucionaria ni la responsabilidad que llevan sobre sus espaldas los comunistas. Ello es así porque, a su vez, la militancia es, muchas veces, más orgánica que ideológica y política; más emocional que consciente. En tales situaciones, el peso ideológico del espontaneismo, y también del empirismo, se deja sentir con fuerza. El resultado final será, donde esto ocurre, la renuncia a la política abierta y franca, que muchas veces se escuda detrás de posturas clandestinistas o también masistas. El culto por la clandestinidad o el entusiasmo por las masas, por su organización y lucha cotidiana, teniendo parte de justificación, en el fondo sirve para rehuir la lucha política, teórica e ideológica, la organización política partidista. En otras palabras: los organismos, los cuadros y los militantes que caen en este error se hundirán en la rutina, perderán la iniciativa a la espera de que el movimiento espontáneo haga lo que ellos o no pueden o no quieren hacer. Con tal comportamiento ninguna revolución será

posible ni el partido podrá ser construido como una verdadera vanguardia política.

Desde luego que dejan sentir su presencia otros factores de bloqueo no siempre bien entendidos. Entre ellos, por ejemplo, la insuficiente unidad político-programática alcanzada, la presencia de criterios sectarios que impiden una relación fluida con las masas y con fuerzas afines o próximas; la incomprensión de la lucha democrática o su subestimación; la falta de diferenciación entre la lucha política y económica y su relación dialéctica, la organización económica y política; la falta de firmeza a la hora de poner en juego la orientación táctica; la sobrecarga de responsabilidades en que algunos camaradas suelen incurrir; la estrechez empirista o practicista; también el temor a ser tildados de electoreros y legalistas como secuelas del izquierdismo no clarificado del todo. Nadie lucha con firmeza si no está convencido de sus objetivos y su táctica. No es mucho lo que se puede avanzar en medio de la dispersión, la confusión y el desorden.

La experiencia muestra la imposibilidad de construir un fuerte partido comunista desde fuera de la acción política de clase. Pasa lo mismo con el frente único. El menosprecio de la lucha legal contribuye a esta dificultad. Debemos darnos cuenta que la lucha clandestina no es algo que desean los comunistas, sino más bien una condición a la que nos empuja el enemigo de clase precisamente para obligarnos a aislarnos de las masas a cambio de proteger la seguridad del Partido. El clandestinismo es tan pernicioso como el liberalismo ideológico y organizativo, y nada tienen que ver con los objetivos revolucionarios del Partido. Son más bien desviaciones que impiden darles cumplimiento.

Necesitamos ser audaces en la acción política en sus diversas manifestaciones. Existen condiciones muy buenas para construir el Partido, el Movimiento Nueva Izquierda, la Juventud Popular, sin perjuicio de articular

una fuerte oposición popular democrática, patriótica y descentralista. La clave está en desarrollar nuestras fuerzas, ampliar la unidad de acción antidictatorial y antineoliberal, pugnar con firmeza para llenar el vacío político existente afianzando el proyecto que representamos. Donde quiera que se viene trabajado con esta amplitud de miras los resultados iniciales son alentadores. Tales los casos de Abancay, Piura, Chumbivilcas, La Convención, Juliaca, etc. No debemos temerle a abrirnos espacio afirmando nuestra vigencia como la opción de izquierda y socialista a la par que disputamos la dirección política de las masas y construimos con iniciativa el Partido, el MNI, la JP.

Allí donde el sectarismo conserva influencia en el Partido no tendremos garantías seguras para ampliar nuestra esfera de influencia. Esto está claro. Si JP se expande se debe a su apertura y amplitud. Desde luego que trae riesgos, pero no existe lucha que no la tenga. El problema está en saber defender la independencia, ganar la iniciativa y desarrollarse incesantemente. La llave maestra para el desarrollo del Partido reside en la expansión de su influencia política, ideológica, programática y cultural, en su creciente implantación en las masas, trabajadoras en primer lugar, por consiguiente, en el crecimiento vigoroso del MNI, la JP y otras formas de frente único, tales los casos de los comités cívicos, frentes de defensa, sindicatos, rondas campesinas, etc.

Un fuerte partido comunista creará las mejores condiciones para el desarrollo del MNI o la JP, para asegurar su dirección estable y segura, para incorporar nuevos contingentes a sus filas. A su vez, el desarrollo de éstos, como del movimiento sindical y popular en sus diversas expresiones, facilitarán el desarrollo del Partido si se está en capacidad de aprovechar las oportunidades que se presentan. Está claro que el MNI, que se propone

unir a los hombres y mujeres consecuentemente democráticos, patrióticos y socialistas, por ejemplo, debe ser construido en cada empresa, barrio, comunidad campesina, universidad, colegio, asociación de pobladores. En otras palabras, en cada unidad espacial o empresarial donde se encuentran las masas.

No hay razón, pues, para hacerle concesiones al apoliticismo o tolerar el abstencionismo político. Todo lo contrario: necesitamos desarrollar una lucha a fondo contra ambas concepciones reaccionarias y decadentes y entrar con fuerza en la disputa por la dirección política e ideológica de las masas desde posiciones democráticas, patrióticas y socialistas. La crisis económica que está en marcha, el desencanto de las masas respecto del régimen, la indignación que bulle, son indicativos claros de que las condiciones son favorables para los revolucionarios peruanos.

De todas las tareas la más importante será siempre la construcción de las fuerzas políticas de la revolución. Inseparable, desde luego, de la construcción de las organizaciones naturales de los trabajadores y el pueblo. Esto se llama caminar sobre las dos piernas hacia el objetivo único: la revolución y el socialismo.

C.- CENTRALISMO DEMOCRATICO, SISTEMA DE COMITES Y USO RACIONAL DE LOS CUADROS.

En correspondencia con las cuestiones ya expuestas, el Partido está obligado a encarar estas tres cuestiones de manera unificada y al mismo tiempo creativa. Lo que nos proponemos es reconstruir el Partido que viene desde Mariátegui, no crear un nuevo Partido. Hagamos de él un partido grande, unificado, disciplinado, consciente e influyente, con fuerte presencia ideológica, política, cultural y moral en la clase obrera y en el pueblo; un partido marxista leninista creador, abierto a lo nuevo, que

se perfecciona constantemente; un partido de principios firmes y de tácticas flexibles que sabe construir una alternativa integral al capitalismo, que no se contenta con ser la "oposición extrema".

Somos el Partido de la revolución y el socialismo, no un partido político que se agota en reformas. Un partido con una firme base teórica marxista leninista que continúa la obra de su fundador el Amauta José Carlos Mariátegui, entroncando con lo mejor de nuestra historia como pueblo y como país sin abandonar por ello su firme posición internacionalista. Patriotismo e internacionalismo no se excluyen, se complementan en un esfuerzo único por emancipar el trabajo del yugo del capital y del dominio imperialista.

Un Partido que, además, a lo largo de su historia compleja, cargada de éxitos y derrotas, de avances y retrocesos, de creación y estancamientos, conoce bien lo nocivo que son el dogmatismo, la dependencia externa y el seguidismo de otras experiencias; el espontaneismo y el empirismo estrechos y mezquinos, que nublan el horizonte y empobrecen la práctica revolucionaria; la conciliación de clases y el reformismo a cambio de los principios y los objetivos estratégicos, cuyas consecuencias nefastas se han pagado caro; el sectarismo interno y externo que ha impedido trascender el coto en que nos arrinconó la burguesía y aceptamos torpemente, facilitando divisiones internas que pudieron evitarse, destruyendo legiones enteras de cuadros valiosos, distanciándonos de las masas y la intelectualidad, incomunicando las generaciones mayores de las nuevas que dificultaron la continuidad revolucionaria junto a la incorporación de fuerzas de refresco. Esto es parte de la trayectoria del Partido con posterioridad a la desaparición física del Amauta en 1930, cuyas consecuencias han sido nefastas. Es indispensable, para los comunistas peruanos, cerrar este capítulo y

encontrar las vías correctas que garanticen su reconstrucción y renovación marxista-leninista.

Sin unidad de pensamiento y acción no estaremos en condiciones de conseguir tales objetivos. Esto es precisamente lo que nos hace falta. De aquí fluye la importancia de poner orden en casa basado en el centralismo democrático, principio fundamental de organización.

El centralismo y la democracia es una unidad de contrarios, pero una unidad de contrarios que se complementan mutuamente. Aquel no puede existir sin ésta. La democracia sola será ineficaz a la hora de actuar. A su vez, sólo centralismo conducirá a la burocracia y al autoritarismo, al método de mando y ordeno, por lo tanto, a la liquidación de la iniciativa histórica de las masas y los militantes. Sin democracia interna plenamente asumida **"no puede haber un centralismo correcto, porque la divergencia de opiniones, la falta de una comprensión unificada, hace imposible establecer el centralismo"** (Mao Zedong). La democracia es la base del centralismo y es **"la cualidad de reunir (de las masas) ideas justas", "unificar los puntos de vista de una dirección conjunta y coherente",** reconociendo **"el derecho del militante a participar en la toma de decisiones colectivas** (programa, estatuto, línea política, problemas políticos, ideológicos, organizativos y tácticos) **y en la ejecución de las mismas...a la elección en todos los niveles, a la fiscalización y revocación de cargos y dirigentes mediante consultas"** (Estatutos del VI Congreso).

Para el desarrollo de la democracia interna y en las relaciones del partido con las masas es de fundamental importancia desplegar la crítica y la autocrítica, el método fundamental con que cuenta el Partido para resolver las contradicciones en el seno del pueblo y en sus relaciones internas, asegurar su unidad y promover su desarrollo. No existe otro método mejor. Pero para que la

crítica y la autocrítica florezcan es indispensable que haya democracia en el Partido, que funcionen sus instituciones y organismos, que no se confunda su contenido político con criterios subjetivos, juicios arbitrarios o motivaciones personales. **"La tarea principal de la crítica es indicar los errores políticos y de organización"** y resolver, **"mediante la lucha ideológica activa"** las contradicciones que se presentan en el seno del Partido (Mao Zedong).

Sin centralismo la democracia no funciona. La unidad de teoría y práctica es fundamental en el marxismo-leninismo. Sin llevar a la práctica las decisiones acordadas, aún, siendo correctas, no sirven de mucho. Por lo demás, **"Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento"** (Marx, Tesis sobre Feuerbach). El centralismo al concentrar las ideas correctas está en condiciones de permitir la unificación de las ideas, de las políticas, del plan, la conducción y la acción. Donde el centralismo es débil se abren paso el democratismo, el formalismo, la anarquía y el desorden, y se deteriora la disciplina. A su vez, **"sin democracia, sin un conocimiento de lo que está sucediendo en las entidades inferiores...sin un suficiente caudal de opiniones recogidas en los diversos frentes de trabajo, sin intercomunicación entre las instancias superiores y las inferiores, las decisiones...que tomen los organismos de decisión...difícilmente pueden estar libres de subjetivismo y, en consecuencia...no pueden conducir a una genuina centralización"** (Mao Zedong).

La construcción orgánica del Partido no tendrá solidez si falla el centralismo democrático, si no se aplican la democracia y el centralismo con firmeza. No es un tema nuevo para nosotros, pero sí uno no resuelto. El Partido más que un todo organizado y articulado sigue siendo en cierto modo una suerte de archipiélago en las diversas

instancias de su estructura. La disciplina es todavía deficiente y no faltan librepensadores que todo lo ponen en cuestión, aunque no tengan que rendir cuenta de nada. El control de las tareas no está asegurado. Para poner orden en el conjunto, hay que empezar ordenando los cuerpos directivos.

En segundo lugar, la llave maestra para poner en buen funcionamiento la maquinaria que es - o debe ser - el Partido pasa por contar con un sistema de comités bien articulado y ordenado, con comités que asuman de veras su función de dirección política y conducción ideológica. La estructura del Partido se basa en el sistema de comités y su funcionamiento se caracteriza por ser una suma de organizaciones antes que de individuos. Cuando este sistema no funciona o funciona mal, todo el Partido se desequilibra y desordena tornando imposible una labor eficiente de dirección. Poner en funcionamiento los comités del Partido es una tarea urgente y de primer orden.

Alcanzarlo supone: a) que existan comités realmente constituidos en lugar de organismos formales que sólo se activan en la proximidad de un evento o cuando se desplaza un dirigente nacional; b) que tenga un funcionamiento colectivo de dirección, es decir que funcione el activo de los que lo integran; c) que sea una dirección política real, es decir que ejerza capacidad de conducción del Partido y de las masas; d) que entienda su función más allá del formalismo de las reuniones esporádicas (ejercer un cargo de dirección debe significar asumirlo con responsabilidad); e) tener una clara comprensión de las políticas del Partido y de sus organismos dirigentes superiores junto a la capacidad para aplicarlas a la luz de sus circunstancias concretas; f) poner en funcionamiento su estructura de mando inferior siguiendo el principio de 1 a 10, 10 a 100; g) capacidad para generar sus cuadros, cualificarlos y organizar con racionalidad, eficiencia, oportunidad y eficacia sus

fuerzas para la lucha política y la conducción de las masas; h) resolver con iniciativa y creatividad los diversos problemas que le plantea la lucha política y el cumplimiento de sus tareas, desde la asimilación y educación de nuevos contingentes hasta los medios materiales e infraestructura; i) que tenga solvencia teórica, programática y organizativa.

Los comités son necesarios porque existen para dirigir, bajo la orientación única del Comité Central, la lucha de clases del proletariado en su circunscripción; para educar, orientar y conducir a las masas a la batalla consecuente por la democracia, la independencia, el descentralismo, el progreso y la justicia social, finalmente, por el socialismo; para organizarlas en la defensa de sus derechos conquistados o por conquistar, despertar su consciencia y la autoconfianza en sus fuerzas; para construir el Partido, desarrollar sus fuerzas, ampliar su influencia, potenciar sus cuadros, impulsar el frente único disputando su dirección, defender su independencia, fortalecer su unidad, cohesionar su acción, resolver con iniciativa su autosostenimiento. Si el Comité Central es el estado mayor general, los comités lo son en sus respectivas circunscripciones, y las células en la base. La estructura celular nunca encontrará el funcionamiento adecuado si no existen comités locales y cuadros con capacidad para garantizarlo.

Necesitamos resolver, en camino al VII Congreso del Partido, el funcionamiento del sistema de comités. Sobre todo, en aquellas circunscripciones donde los comités funcionan mal o no están funcionando. En este aspecto, debemos reconocerlo, somos demasiado complacientes y negligentes. En parte porque no se logra todavía entender que éste es el núcleo, vinculado al centralismo democrático, de los problemas orgánicos que tiene el Partido. Sin avanzar en su solución tampoco estará garantizada una labor eficiente del Comité Central ni una

dirección cohesionada para la acción política. Durante mucho tiempo se insistió en la solución de la organización celular y también de la necesaria asimilación y formación ideo-política de los nuevos militantes. Lo que no estuvo claro es que tal tarea era inviable sin la acción y orientación eficiente y capaz de los comités locales. Si éstos fallan todo lo demás fallará. ¿Quién organiza, dirige y orienta a las células? Los comités locales. ¿Quién asegura que éstos funcionen como verdaderos organismos de dirección política? La instancia superior y los cuadros que lo integran.

El formalismo que criticó el VI Congreso tiene un ejemplo patético en algunos comités que tenemos. Más que comités con capacidad y condiciones de dirección política, de elaboración de ideas y orientaciones acertadas, de organización eficiente del trabajo y de articulación de la integralidad de la labor que corresponde a un estado mayor político, éstos han devenido, muchas veces, en organismos que ni siquiera administran su rutina. Faltos de cohesión, cargados de subjetivismo, empequeñecidos en su horizonte, inexpertos en la conducción y dirección moderna, eficiente y proyectiva, con escasa labor de investigación que permita un conocimiento serio de la realidad en la que trabaja, y con integrantes con débil formación teórica y consistencia ideológica y programática, no se puede esperar mucho. En estas condiciones no es casual que se confunda dirección y conducción política con reuniones ocasionales, muchas veces formalistas. Aún, así, con reuniones improvisadas, restringidas a situaciones coyunturales, donde está ausente el control de las tareas, el balance de las decisiones tomadas, el resumen de las experiencias, la evaluación de las políticas y métodos aplicados, el estudio de los temas en debate, para no insistir ya en el estudio de los materiales de los organismos centrales del Partido o del marxismo-leninismo.

No se puede esperar mucho de tales comités. En cierto modo estamos cosechando lo que hemos sembrado: improvisación, escasa atención a la formación ideológica, teórica y política de los cuadros, débil control de los comités junto a la desatención de una labor de dirección verdaderamente científica, democrática, de masas y eficiente. El resultado es que se ha confundido democratismo con democracia, burocratismo con centralismo, impidiendo encontrar solución a los problemas existentes. Necesitamos entrar, definitivamente, en una etapa superior en la conformación de los comités y en la conducción y dirección política revolucionaria. Lo que tenemos es el agotamiento de un modo de entenderlos y asumirlos, y, de persistir, será imposible avanzar en la reconstrucción del Partido. De aquí se deduce la enorme responsabilidad que tiene el Comité Central para enderezar este entuerto y por qué necesita concentrar en esta tarea un esfuerzo considerable.

En tercer lugar, partiendo de esta constatación no encontramos en mejores condiciones para entender el papel de los cuadros políticos en el Partido. Dirigir, en el fondo, significa dirigir a los cuadros. Para conseguirlo una primera condición es contar con ellos en cantidad y en calidad. Si los comités, comenzando por el Comité Central, no prestan atención a este problema, no existirán garantías para el ejercicio de una buena conducción y dirección ni una buena relación con los organismos inferiores y las bases. Es correcto el punto de vista que considera que definida la política y la táctica el problema se traslada a los cuadros, pues éstos son quienes se encargarán de ejecutarlas poniendo en movimiento a todo el Partido, su periferia y sus esferas de influencia.

Así como un ejército no es únicamente su comando y los soldados a sus órdenes, sino también sus oficiales organizados a diversos niveles, el Partido tampoco es su

Comité Central y sus bases, sino además un conjunto organismos intermedios y cuadros que garantizan el nexo entre las bases y la dirección. Los oficiales del Ejército son sometidos a una constante preparación teórica y también práctica, intelectual, moral, para cumplir con eficiencia y capacidad concreta sus funciones de mando. Los mandos no se improvisan ni se sacan de la manga; son el producto de un largo proceso de preparación y maduración. Pues bien, el partido comunista es también un ejército político cuya tarea es dirigir la lucha de clases del proletariado para conquistar el socialismo y realizarlo con éxito. Una tal responsabilidad no es pequeña: exige contar con una conducción y una dirección calificada, informada y experta, conocedora de la realidad del país, sustentada en un conocimiento sólido de la teoría marxista - leninista, con capacidad para dar respuesta a los problemas que plantea la lucha. Los cuadros se forman, se preparan, se capacitan a través del estudio ordenado, la labor teórica y práctica a lo largo del tiempo, la reflexión de la experiencia propia y ajena. Tenía razón Stalin cuando reconocía en los cuadros el tesoro más preciado del Partido, recomendando cuidarlos como la niña de los ojos. Siguiendo un camino contrario nuestra historia partidaria no es ajena a la liquidación de numerosos cuadros formados con mucho esfuerzo, a luchas internas que se antagonizaron a pesar de que pudieron evitarse, cuyos resultados están a la vista: la pérdida de generaciones enteras en nombre de principios mal entendidos y de verdades que no tenían respaldo en la realidad. Las secuelas de esta tradición subsisten hasta ahora. Una de las causas de la debilidad de los comités o de su funcionamiento es este sectarismo, destructivo y pernicioso como cualquier sectarismo.

¿Qué entendemos por un cuadro político?, ¿Cómo formarlo, promoverlo y aprovechar sus capacidades para el Partido y la revolución? Este es un tema a cuya solución deben consagrar esfuerzos considerables el Comité

Central y la Comisión del Control y disciplina, en una labor articulada. Necesitamos darnos cuenta que éste es uno de los problemas más importantes a resolver, pues poco avanzaremos si no contamos con un contingente de cuadros capaces de llevar a la práctica las decisiones colectivamente asumidas por los congresos del Partido y el Comité Central.

Un cuadro político es aquel militante del Partido que cuenta, mínimamente, con cierta experiencia de trabajo revolucionario, así como conocimientos básicos del marxismo, el programa, la estrategia y táctica del Partido, de sus estatutos, que le permitan trabajar con iniciativa y eficiencia donde quiera que esté destacado. Lo ideal sería que fuese un cuadro profesional de la revolución, dedicado a tiempo completo a esta tarea. Pero esto no siempre es posible por limitaciones económicas. Teniendo como núcleo estos cuadros profesionales el Partido debe estar en capacidad de promover centenares de cuadros y líderes, de cualificarlos constantemente, sobre todo aquellos que provienen de la clase obrera, el campesinado, de la intelectualidad, el magisterio y la juventud.

Para ello se requiere confiar en los camaradas, conocer y aprovechar sus cualidades, saber promoverlos con audacia prescindiendo de cualquier forma de grupismo o sectarismo, distribuirlos acertadamente siguiendo el principio de concentración de fuerzas, prestar atención a su formación ideológica y teórica y a su experiencia práctica, velando por su integridad frente a los ataques del adversario.

El Partido necesita contar con cuadros fieles a él y su causa, a la clase obrera y al pueblo, probados en la lucha; cuadros que se vinculan a las masas, que se han ganado la confianza y el respeto de éstas por su trabajo, honestidad y consecuencia; capaces de orientarse por sí mismos y de atreverse a asumir responsabilidades con

decisión y disciplina allí donde estén destacados; que posean voluntad de lucha y disciplina; que concedan atención regular al estudio, a su autoformación y autocapacitación como personas cultas, responsables y maduras, y que posean el carácter y la voluntad para llevar las decisiones del Partido a la práctica. En suma, cuadros con una clara posición de clase y firme espíritu crítico y autocrítico, que no toleren en su trabajo el dogmatismo ni al espontaneismo, que no se dejen ganar por el practicismo ni cedan al subjetivismo o al liberalismo ideológico, siempre abiertos a lo nuevo y dispuestos a cerrarle las puertas al sectarismo, la rutina, el inmovilismo.

Está claro que la mejor escuela para los cuadros es la lucha misma, vencer las dificultades atreviéndose a enfrentarlas, aprendiendo a asimilar las experiencias positivas y eliminar las negativas, fortaleciendo su actitud crítica y también autocrítica. Si bien la educación de los comunistas requiere de las escuelas organizadas por el Partido para la formación de sus cuadros, la verdadera capacitación depende del esfuerzo personal, de la autoeducación y autoformación. Las escuelas ayudan, permiten ampliar el horizonte, facilitan encontrar métodos apropiados, enriquecen la información. Pero los cuadros se forman y se desarrollan más en contacto con la realidad, con el estudio sistemático y metódico en medio del trabajo práctico revolucionario. El ejemplo del Amauta es ejemplar para los comunistas peruanos. Conocer sus estilos y métodos de trabajo, su actitud ante la clase obrera y el pueblo, la amplitud de su horizonte cultural, su grandeza de miras y su visión universal, su fidelidad a la causa que abrazó y la solidez de sus convicciones, su honestidad y transparencia a toda prueba, todo ello inseparable de la forma cómo entendió y asimiló, creativamente, el marxismo, y trabajó para aproximar la realización del socialismo, es una lección de comunismo vivo y un ejemplo a continuar y desarrollar.

AMAUTA

patría roja

LA IZQUIERDA
UNIDA
SOLUCION
A HUELGA
SUTEP

TRINCHERA
ROJA

LA IZQUIERDA
UNIDA
SOLUCION
A HUELGA
SUTEP



CLASE
OBRERA

LA IZQUIERDA
UNIDA
SOLUCION
A HUELGA
SUTEP

EL PROLETARIO

LA IZQUIERDA
UNIDA
SOLUCION
A HUELGA
SUTEP

FOCEP

LA IZQUIERDA
UNIDA
SOLUCION
A HUELGA
SUTEP

LA OLE

LA IZQUIERDA
UNIDA
SOLUCION
A HUELGA
SUTEP

FOCEP

SEMANARIO
POLITICO DE
IZQUIERDA

LA IZQUIERDA
UNIDA
SOLUCION
A HUELGA
SUTEP

Kunan

LA IZQUIERDA
UNIDA

zurda



D.- RELACIÓN DEL PARTIDO CON LAS MASAS, SU ORGANIZACIÓN Y SUS LUCHAS

Para el marxismo el pueblo es la fuerza motriz que impulsa la historia. Forja la historia produciendo bienes materiales, crea con su trabajo los grandes valores de la cultura material y espiritual, desarrolla las fuerzas productivas de la sociedad, es el soporte en el que se levantan las grandes gestas de la humanidad. Con ello no pierde de vista el papel de la personalidad, su influencia en la marcha de los acontecimientos. El gran hombre o líder o conductor es tal porque es un iniciador que ve más lejos que los demás, o porque su voluntad es más fuerte. Pero no hace la historia, aunque sí influye - y algunas veces poderosamente - sobre ella.

La revolución y el socialismo responden a condiciones objetivas del desarrollo social, por eso el socialismo es ciencia. No hay en él nada de utopía ni de voluntarismo. A diferencia de los sistemas económicos y sociales precedentes que maduraron y se desarrollaron espontáneamente en el seno de la anterior, el socialismo sólo puede ser producto de revoluciones sociales. Su diferencia fundamental estriba en que debe derrocar el sistema de explotación y opresión capitalista a fin de construir un nuevo sistema social y económico en un proceso complejo como prolongado, si nos atenemos a la experiencia posterior a la Gran Revolución de Octubre.

Para alcanzar tal propósito son indispensables una fuerza que, armada de una teoría científica como es el marxismo-leninismo, de una fuerte organización y experiencia, esté capacitada para dirigirla, junto a un pueblo dispuesto a realizarlo. El objetivo final de tal revolución es la emancipación de los trabajadores de la explotación y opresión capitalistas, el desarrollo incesante de las fuerzas productivas, la satisfacción plena de las necesidades materiales y espirituales del pueblo trabajador. El Partido, como abanderado consciente del proletariado y fuerza de

vanguardia, no es un fin en sí mismo, sino un medio, un instrumento para alcanzar tal objetivo. **Esto explica el por qué el Partido sirve a la clase obrera y al pueblo. Jamás debemos permitir servirse de ellos.**

En los considerandos de los Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores, escrito por Carlos Marx en Octubre de 1871, quedó estampada la idea de **"que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera"** y que **"la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios y monopolios de clase, sino por el establecimiento de derechos y deberes iguales y por la abolición de todo dominio de clase"**. Estos puntos de vista, extendidos al conjunto del pueblo trabajador, mantienen total vigencia. Nadie emancipará al pueblo si el mismo no lucha para conseguirlo. El Partido, que agrupa a los elementos más conscientes y decididos de la clase obrera y el pueblo, asume un papel de vanguardia, de estado mayor, de fuerza dirigente. Pero no hay dirigente sin dirigidos, estado mayor sin ejército, con la particularidad de que este dirigido no es una masa pasiva, sino activa, creadora, la fuerza motriz de su propio proceso emancipador. Esta es la relación dialéctica entre el partido, la clase, las masas y los líderes, que se olvida muchas veces y que está en la base de errores que han resultado fatales para la revolución y el socialismo. **Esta peculiaridad consiste en que la vanguardia, el estado mayor, sirve a sus dirigidos, y asume que la emancipación de éstos significa también la emancipación de sus integrantes que son parte de la clase, del pueblo, de donde proviene la fuerza y razón de ser del Partido Comunista.**

No es, pues, concebible una revolución sin las masas, o peor aún contra ellas. Así como éstas no pueden acceder espontáneamente al socialismo, el Partido tampoco estará en capacidad de resolver los problemas de la revolución sin alzar a los trabajadores, a las masas,

respetando su voluntariedad, hasta la conciencia de esta necesidad y sin organizarlas para tal objetivo. **Esta es otra de las relaciones fundamentales cuya trabazón dialéctica no siempre se entiende, y si ello ocurre no se toma en cuenta: la relación entre el factor consciente, teórico, político y organizado que es el Partido, y el movimiento espontáneo, multiforme, en ebullición, que son las masas.** Queda claro que la lucha por la hegemonía ideológica, política, cultural y moral, es decir por la dirección de las masas, es la gran tarea que asume el Partido en confrontación con las clases dominantes quienes, para conservar sus intereses de clase y sus privilegios, no sólo tratarán de preservar los resortes de la economía y el poder, sino también, buscarán siempre el control de la población subordinándola a su ideología, valores morales, política, cultura. Esto es, la lucha de clases en sus múltiples formas.

La lucha por la dirección de las masas y por su incorporación a la acción revolucionaria es la tarea permanente que toma en sus manos el Partido. Otra cosa es si en los hechos sabe resolverlo bien. No es suficiente, pues, el trabajo con las masas y su movilización para la consecución de tales o cuales reivindicaciones. Esto es lo que venimos haciendo desde siempre. No es malo este punto de partida, pues es imposible alzarlas a la lucha y despertar su conciencia sin tomar en cuenta sus necesidades reales y concretas. No entenderlo nos llevará al doctrinarismo estéril y a la palabrería vacua. Pero tan nocivo como aquel sería quedarnos en ellas. **Corresponde al Partido saber despertar y elevar la conciencia política de las masas, promover el despliegue de su iniciativa y organización política, dotarla de las herramientas ideológicas, programáticas, culturales y morales que le permitan alzarse a la lucha por el cambio revolucionario.** En esta batalla el Partido irá construyéndose como fuerza de

vanguardia con capacidad de ser alternativa frente a los diversos retos que plantea la lucha de clases, incorporará nuevos contingentes a sus filas, elevará las calidades de sus dirigentes y cuadros, ampliará el radio de su influencia y abrirá espacios de unidad más amplios a fin de alcanzar sus objetivos en cada fase de la lucha. Perfeccionará, además, sus instrumentos materiales e intelectuales en el combate por el poder, no importa cuanto tiempo necesite para ello ni cuanto le lleve construir la futura sociedad socialista.

Sólo entonces se encontrará en condiciones ventajosas para resolver una tercera relación: aquella que se da entre la lucha por reformas y la lucha revolucionaria, la táctica y la estrategia, las reivindicaciones parciales y las generales, las tareas de hoy y aquellas que pertenecen al futuro.

El principio rector de su trabajo será siempre la línea de masas. Es decir, **"de las masas, a las masas"**. Dicho en expresión nuestra: con el pueblo, desde el pueblo, para el pueblo, donde lo más importante y definitorio es la última parte: para el pueblo. No estamos frente a un método de trabajo, solamente, sino ideológico y de principio, que implica una concepción y una actitud sólo entendible como estilo propio de los comunistas. Como método su importancia estriba en que partimos de la situación de las masas y de sus condiciones concretas a la par que tomamos en cuenta sus condiciones reales y sus opiniones. Pero esto es insuficiente. **Necesitamos también estar profundamente unidos a ellas, trabajar en su seno y respetarlas, dirigir las y no imponerles nuestros puntos de vista. Esto no funcionará si no existe, de nuestra parte, una correcta actitud ideológica y política revolucionaria. Además, ninguna política del Partido tendrá sentido si no es asumida por las masas y es llevada por ellas a la práctica.**

Pero las masas están también dentro del Partido o de

cualquier organización que dirige. Si no logramos la unidad en nuestras filas y aseguramos una acción concertada, está claro que tampoco estaremos en condiciones de unir a las masas de fuera del Partido.

Nos encontramos en un momento excepcional para producir estas rectificaciones de fondo en el Partido. Salimos de una crisis y un reflujo profundos y una nueva generación de revolucionarios se incorpora a la lucha. En segundo lugar, tenemos planteada la reconstrucción del Partido, de la izquierda y también del movimiento sindical. Todo esto obliga a mejorar los estilos, métodos y formas de trabajo, al mismo tiempo que desechamos lo que la experiencia ha desahuciado. Por ejemplo el burocratismo en sus diversas formas, la imposición de las verdades del Partido a las masas en lugar de la persuasión y la voluntariedad, la política de mando y ordeno, la hegemonía burocrática antes que política e ideológica, la partidarización en el manejo de los sindicatos, el sectarismo que impide ampliar las fuerzas y obstruye el surgimiento de nuevos cuadros y dirigentes, los cargos a perpetuidad, el reduccionismo economicista, el debilitamiento del papel dirigente del Partido y su reemplazo por el sindicalismo revolucionario, etc.

Es imperativo que avancemos a un nuevo sindicalismo de clase que deje atrás la herencia burocrática, sectaria, con escasa tradición democrática, que marcó el sindicalismo precedente. Debemos persistir en una relación correcta entre el Partido y los sindicatos, la dirección y las bases, la política y la economía. La unidad de los trabajadores no es tema de discurso, sino condición indispensable para la defensa exitosa de sus derechos y un principio que debemos defender y observar siempre. Ocurre otro tanto con la democracia sindical basada en el principio de la autodecisión de los trabajadores. La clave del trabajo del Partido no estará en el control orgánico de las masas ni en la preservación de burocracias inamovibles, sino en el

trabajo ideológico, político y cultural serio que practiquemos, en el respeto y reconocimiento que logremos de parte de los trabajadores y las masas, en la elevación constante de su consciencia política, cultural y moral, en la cualificación y movilidad de los cuadros y dirigentes nuevos según el criterio mariateguiano de que **"Los mejores prevalecen cuando saben ser verdaderamente los mejores"**. La condición previa del nuevo orden que postulamos, en palabras del Amauta, conduce a **"la capacitación espiritual e intelectual del proletariado para la realización del socialismo"**. Esta es la visión con que debemos trabajar los comunistas en el seno de las masas.

El trabajo de los comunistas entre las masas, cualquiera sea, debe ser inseparable del esfuerzo dirigido a la construcción del partido en el seno de ellas. Para los comunistas es esencial siempre el Partido y su papel de vanguardia. Desde él deben saber proyectarse a todas las esferas de la actividad que realicen como revolucionarios y como luchadores sociales. Si es inaceptable que tengamos militantes divorciados de las masas, lo es también la situación de comunistas que subestiman al Partido o prefieran actuar desde fuera del Partido. Aún en las condiciones más difíciles de clandestinidad e ilegalidad el Partido y sus militantes no deben perder contacto con las masas. Cambiarán los métodos, se buscarán nuevas formas de lucha y organización, pero lo que no debe cambiar es la necesidad permanente de estar vinculado a las masas, sus problemas y sus luchas. Tampoco es entendible que tengamos militantes que no le presten atención a la tarea obligatoria de ganar nuevos afiliados, a la educación paciente y sostenida de los militantes, a la ampliación de su esfera de influencia política e ideológica, a la difusión de sus ideas y programa. Donde quiera que estén los comunistas le prestan atención al trabajo político con las masas.

El Partido necesita resolver, permanentemente, dos cosas: 1) crecer siempre, organizarse donde están las masas (empresas, comunidades, barrios, colegios, universidades, instituciones profesionales y culturales, en fin, donde haya una agrupación humana donde trabajar y luchar); 2) cualificarse, es decir capacitarse, perfeccionarse, elevarse intelectual, política, ideológica, moral, teóricamente. No es tolerable un sindicato, asociación u organización de masas donde está presente el Partido si, al mismo tiempo, los militantes ubicados en ese sector no hacen esfuerzos firmes para ganar nuevos afiliados, organizarlos y lograr que ejerzan su papel educador, organizador y movilizador, en suma, dirigente. El Partido es una suma de organizaciones, no de individuos. Los militantes ejercen su filiación y su responsabilidad política a través de las células, no a título individual como ocurre en los partidos burgueses y pequeños burgueses. Crecer y cualificarse, cualificarse y crecer, tal la dialéctica del desarrollo partidario. Salvando excepciones, no es así como trabajamos. Es aquí donde se percibe mejor lo nefasto que es el liberalismo ideológico y organizativo en nuestras filas, y lo pernicioso que es el "masismo" que encandila a no pocos camaradas.

E.- UNIDAD DE LA IZQUIERDA, ORGANIZACIÓN POLÍTICA DE LA JUVENTUD, UNIDAD DEL PUEBLO PERUANO

La experiencia histórica muestra con pruebas irrefutables la verdad de que la unidad en el frente único es una condición para garantizar el éxito de las luchas populares y hacer avanzar la causa revolucionaria. También para ampliar la esfera de influencia del socialismo y ganar la confianza política de las masas. La clase obrera y el Partido solos serán siempre insuficientes para llevar a cabo sus objetivos históricos. No solamente porque los enemigos de la revolución y el socialismo son poderosos,

sino también porque entre la revolución y las fuerzas de la reacción existe un amplio espacio de masas que es indispensable disputar y ganar a la causa de la lucha revolucionaria y socialista. Tanto más si están de por medio las tareas de la revolución democrática y nacional debido al atraso de las fuerzas productivas, al incipiente desarrollo del capitalismo o la dependencia semicolonial, a los que hay que dar término como paso previo hacia el socialismo

La construcción del frente único, en tales condiciones, tiene una significación estratégica y de larga duración, y una amplitud que sobrepasa el espacio de las masas trabajadoras. Sobre esta cuestión se ha escrito y debatido mucho y, sin embargo, no hemos logrado aún comprenderlo en toda su importancia y en sus implicancias estratégicas y tácticas. Por eso el sectarismo que padece el Partido, o bien, como ocurrió en el pasado, la apertura indiscriminada hasta caer en la conciliación de clase y la subordinación voluntaria a la hegemonía burguesa. No es este el momento para abordar el tema en su integridad. Lo que importa por ahora es darnos cuenta que sin una línea y políticas de frente único correctas y consecuentemente llevadas a la práctica, el Partido no estará en condiciones de atraer a su causa a las mayorías y aislar al adversario, requisito obligado, además, para que la revolución sea victoriosa y el socialismo avance y se consolide.

Para los comunistas la lucha por la unidad del pueblo es un problema de principios. No es solamente un asunto de método o de táctica, ni un tema circunstancial. Cruza toda su labor y todos sus frentes de trabajo, y abarca su propia unidad interna. Y es, también, un proceso complejo, contradictorio, siempre conflictivo, donde estarán presentes la disputa por la hegemonía entre el proletariado y la burguesía y la pequeña burguesía, la unidad y la lucha como método para llegar a una unidad

aún mayor, la exigencia permanente de fortalecer los vínculos y la influencia del partido entre las masas, la necesidad de su expansión y fortalecimiento. La unidad amplía las posibilidades de influencia y dirección de las masas y también permite condiciones para el crecimiento del Partido. De otro lado, la existencia de un partido comunista fuerte, influyente, correcto en su orientación y hábil en la conducción estratégica y táctica, resulta una garantía para el frente único y un requisito para su desarrollo y estabilidad. No haberlo entendido así ni extraído las consecuencias prácticas del caso, nos llevó a cometer serios errores en Izquierda Unida, cuyas consecuencias estamos pagando caro.

Estamos comprometidos en varias experiencias unitarias. Una de ellas es el MNI; otras: JP y la Juventud Patriótica 4 de junio, los Comités Cívicos Amplios, los Frente Patrióticos, los Frentes de Defensa, la unidad sindical, estudiantil, etc. Cada una de ellas tiene sus particularidades y también sus límites, independientemente de que sirvan a un mismo objetivo estratégico. Si tenemos una mirada de largo plazo y una visión de conjunto, nos daremos cuenta que todas ellas deben ser entendidas como partes de un esfuerzo mayor único: la unidad del pueblo por la democracia popular, la independencia y el socialismo. Ese es el sentido del trabajo de frente único que, siendo diverso en sus formas, alcances, representaciones sociales, debe entenderse como esfuerzos y necesidades que conducen a un mismo objetivo: avanzar a la construcción del frente de la revolución y el socialismo. Son, gráficamente, diversos afluentes que llevan agua a un solo río que es la revolución. Que esto sea así dependerá de lo que haga el Partido, cómo trabaje y vincule la táctica con sus objetivos estratégicos, la parte con el conjunto, la lucha reivindicativa con la lucha política y revolucionaria. La única fuerza capaz de articular esta diversidad de organizaciones y formas de lucha, dándoles un derrotero

común, es el Partido. Así, dentro de una aparente anarquía existe unidad, y en la diversidad se encuentra la riqueza que alimenta el gran proyecto unitario del pueblo peruano que son la revolución y el socialismo.

La reconstrucción de la izquierda y su unidad, que es lo que se propone el MNI, es hoy una tarea política de primer orden para el Partido, porque es el puente que le puede permitir ampliar su radio de acción y esfera de influencia y avanzar en la construcción de una oposición popular democrática, patriótica, descentralista. Pero, al mismo tiempo, es la herramienta más apropiada para la acción política de masas. No es, desde luego, el frente de clases que la revolución necesita, pero sí puede ser una pieza que ayude a avanzar en esa dirección. Quien sólo mira las urgencias y posibilidades actuales, ve la táctica, no la estrategia; a su vez, quien subestima su importancia con el argumento de que no resuelve las necesidades estratégicas, ve ésta, pero olvida la táctica. Los comunistas debemos evitar ambas expresiones de unilateralidad.

En este período de agotamiento del modelo neoliberal, de cambios en la correlación política y de recomposición de fuerzas, de salida del reflujo hacia un nuevo flujo de masas, es de fundamental importancia darse cuenta del potencial que representa el MNI y las enormes posibilidades que se abren para el trabajo político del Partido. Además, no tenemos otra forma de incursionar con fuerza en este nuevo escenario ni de recuperar el espacio que representa la izquierda, cuya amplitud está más allá de las fronteras del Partido. Sin embargo, sería un grave error creer que el MNI es propiedad del Partido o que debe limitarse a ser copia fiel del UNIR. El MNI es mucho más que el Partido. Los comunistas debemos hacer esfuerzos renovados para asegurar su ampliación al gran espectro que es la izquierda peruana, venciendo sectarismos y prejuicios. No le temamos a la unidad; sí al sectarismo y al divisionismo.

El año y meses que lleva de existencia muestra con creces lo justo y oportuno de esta medida. Si los avances no son mayores eso tiene que ver con que no todo el Partido ha entendido esta decisión ni se trabaja con la fuerza y amplitud del caso. No faltan quienes subestiman sus potencialidades en la creencia de que las masas no estarían dispuestas a escuchar el mensaje de la izquierda. Esto no es así. Esta postura derrotista no toma en cuenta la realidad ni los cambios que se vienen produciendo en la opinión de la gente. Las masas buscan dirección; seamos capaces de dársela. Este es el verdadero problema. Sobre todo, con relación a la juventud que es la que más rápidamente se orienta hacia la izquierda y hacia la revolución y el socialismo.

En su mejor momento IU logró convertirse en un polo de atracción de vastos sectores de la población: obreros, campesinos, intelectuales, artistas, jóvenes, mujeres, pequeños y medianos empresarios. Por primera vez la izquierda peruana se convirtió en una fuerza verdaderamente nacional con posibilidades de ser gobierno. En el movimiento social lo había logrado. Su influencia llegó a ser determinante en la CCP, la CGTP, la FEP, el SUTEP, etc. Esta situación, salvando excepciones, no existe hoy. En cierto sentido, aunque las circunstancias no son iguales, hemos retornado a las condiciones en que nos encontrábamos a principios de los años setenta. Y, sin embargo, todo indica que marchamos por caminos sinuosos y complejos a la recuperación de esa situación expectante.

El retroceso sufrido equivale a una derrota grave. No encontrándonos en un estado óptimo, debemos comenzar por reconocer que reiniciamos la marcha desde muy bajo. Contamos, sin embargo, con una ventaja a favor que debemos aprovecharla sin temor: cuando se empieza es posible tener un diseño nuevo del edificio a construir como de los instrumentos, los medios

y los cuadros capaces de permitirlo. Si hay que empezar, es bueno hacerlo bien desde el primer momento.

Reconstruir la izquierda peruana y recuperar su unidad es una tarea fundamental que ha tomado el Partido en sus manos. El MNI es un esfuerzo empeñado en esa dirección que no agota todas las posibilidades que se abren o pueden abrirse a futuro. Una cosa sí es clara y definitiva: afirma su pertenencia neta de izquierda, es decir su orientación democrática, patriótica y socialista. Desde ella se propone representar una corriente de pensamiento transformador y revolucionario, construir una nueva visión de futuro para el Perú, forjar una nueva cultura política en correspondencia con esa visión y con ese proyecto transformador y revolucionario.

La característica básica que dominó la acción de la izquierda peruana durante una larga etapa, fue el opositorismo. Afirmó su vigencia y se forjó más por oposición que como alternativa en todas las esferas de la vida nacional, desandando el camino iniciado por Mariátegui. Incapaz de proponer y construir un nuevo curso para el país por su dependencia externa y su inconsistencia teórica y política, parte de ella prefirió adaptarse a lo establecido o asumir el papel de oposición tolerable. Esta fue su tragedia y también su límite. El senderismo, supuesto antípoda del reformismo y revisionismo peruanos, no avanzó un centímetro en la construcción de esa alternativa al capitalismo semicolonial, al estado centralista y autoritario, al atraso económico y cultural. No representó lo nuevo que se abría paso, sino lo viejo y en decadencia, sólo que, revestido con el mito de la guerra popular, que en el fondo tampoco lo fue.

Izquierda Unida pudo ser más de lo que realmente llegó a representar. Con ella se abrieron posibilidades enormes para avanzar en la construcción de esta alternativa, ansiosamente aguardada y hasta ahora esquiva. Pudo ser más y tampoco lo fue. Una nueva oportunidad

perdida, esta vez por la incapacidad, los errores y los miedos de una conducción que no estuvo a la altura de la tarea. El Partido tiene su cuota de responsabilidad, no sólo por el colapso de Izquierda Unida, sino también porque desaprovechó, por miopía política, las enormes posibilidades que se abrieron para su propio desarrollo. El sectarismo, el hegemonismo de coyuntura, las tendencias capituladoras y el oportunismo político, el divorcio de las masas y de las bases, el culto por los cargos públicos, el caudillismo, estuvieron entre las enfermedades que terminaron con sus pocos años de gloria. No lo olvidemos.

Pero todos estos hechos no explican todo el drama. Lo que le faltó a Izquierda Unida fue una columna central que le diera consistencia y resguardara su unidad. Sin un partido político correcto, fuerte, vertebral, con sólidos vínculos con las masas y capacidad de liderazgo, en condiciones de poner orden en el frente, era inevitable que se abrieran paso tendencias centrífugas y estallara su unidad. Lo que costó construir décadas se cayó en poco tiempo para no levantarse más. Y con su estallido se perdieron las fuerzas acumuladas hasta el punto de colocarnos en la tarea de reconstruirla desde las cenizas.

La crisis de los partidos marxistas y de izquierda se acelera con el derrumbe de IU. Esta puso de manifiesto que una izquierda fuerte e influyente amplía las potencialidades de desarrollo del Partido; partidos fuertes y correctamente orientados permiten, a su vez, una unidad más estable y segura en el frente único.

Si no avanzamos más en este último período, admitiendo las condiciones durísimas que debemos enfrentrar, se debe a que el Partido no logra, todavía, como un todo articulado, comprometerse en este esfuerzo y aprovechar la oportunidad excepcional que tiene entre manos.

Están dadas las condiciones para avanzar en la

construcción de un MNI fuerte, con estructura nacional, capaz de ocupar el espacio potencial de la izquierda peruana; para pasar de su fase de afirmación a su conversión en un movimiento político de masas. Contamos con una plataforma básica, con un espacio izquierdista si bien disperso no por ello pequeño, y con condiciones políticas y de masas cada vez más favorables. Después del X Pleno necesitamos entrar con fuerza en esta tarea consolidándolo allí donde se han logrado avances, expandiendo donde se han dado pasos iniciales, echando las primeras piedras donde todavía no se han tomado medidas. Tiene especial importancia acelerar la campaña para permitir su inscripción en el JNE. Esta debe ser nacional, masiva, abierta, vinculada a una labor intensa de propaganda, de organización y de acción de masas. Debemos tener como meta alcanzar el millón de firmas a más tardar en agosto próximo, además de la organización del MNI en todas las capitales de departamento y provincias, y por lo menos en los distritos más representativos, y avanzar a conformar comités de base en barrios, sindicatos, universidades, comunidades, colegios. Nada de esto se conseguirá sin acentuar la labor de propaganda aprovechando con iniciativa todos los medios disponibles: hablado, escrito, agitativo, mural, etc. Careciendo como carecemos de medios económicos suficientes, nos queda la fuerza del compromiso, de la iniciativa, de la imaginación, el pueblo movilizado.

Inseparable del MNI es el trabajo con la juventud. En un país con las características del nuestro, con una población mayoritariamente joven, tiene importancia especial trabajar en ella, atraerla a las tareas democráticas, patrióticas, de justicia social, y a su vanguardia a las ideas y los objetivos de la revolución y el socialismo. Quien gane a la juventud habrá ganado parte importante de las batallas futuras. Los futuros dirigentes se forman desde ahora. Si el Partido pierde contacto con la juventud o se divorcia de ella, lo pagará caro, como se

ha podido constatar en los últimos años. De aquí fluye la importancia que tiene y la atención que debemos prestar a Juventud Popular, a las posibilidades de frente único juvenil que representa el Movimiento Patriótico de la Juventud 4 de junio, la recuperación de la Federación de Estudiantes del Perú con la incorporación a ella de estudiantes universitarios, de institutos de educación superior y de secundaria. Tampoco debemos perder de vista a la juventud trabajadora de la ciudad y el campo, a la población juvenil desocupada.

En el pasado la influencia del Partido en la juventud fue grande, pero se incurrió en el error de confundir el "control" de los gremios estudiantiles con la hegemonía política, ideológica y cultural del marxismo, y no se encontraron los mejores mecanismos para la continuidad de su activismo una vez salidos de la Universidad. Se vio el presente, pero no el futuro de esa juventud, por tanto, su preparación para la continuidad en la lucha revolucionaria en el ámbito profesional, académico, cultural. Se cometieron entonces errores de izquierdismo de los que se aprovechó Sendero Luminoso y también el militarismo para introducir el terror físico y psicológico, creando condiciones para su fragmentación y despolitización.

La juventud, incluyendo a la juventud obrera y desocupada, que hoy son legión, tiene sus propias reivindicaciones, pero también sus características particulares que hay que respetar y valorar. Aprendamos a trabajar usando los métodos que mejor calzan con cada situación concreta. Con el neoliberalismo las tareas y reivindicaciones de la juventud se agrandan, no sólo porque elitiza la educación y acentúa la desocupación, incluyendo a capas enteras de profesionales, sino también porque sobreexplota el trabajo juvenil, coacta sus derechos, empobrece la calidad académica, agrede la educación pública al mismo tiempo que afianza el autoritarismo junto a métodos policíacos para someter

por el miedo la rebeldía de los jóvenes. La incorporación activa de los jóvenes a la lucha democrática, patriótica y revolucionaria, a la lucha por el socialismo, al crecimiento del Partido, es la gran tarea que nos proponemos. Todo ello inseparable del trabajo intensivo dirigido a elevar su formación teórica, ideológica, política e intelectual, a fin de que las nuevas generaciones alcancen madurez, amplitud de miras y mejores condiciones para el éxito de la lucha revolucionaria que las generaciones precedentes.

No es, pues, suficiente trabajar en extensión y crecer rápidamente como viene ocurriendo con JP. Se necesita atender su cualificación, por consiguiente, darle consistencia a su organización, acelerar la formación de los cuadros juveniles, dotarlos de amplitud de miras, elevados ideales, estilos y métodos de trabajo idóneos, programa, formas de organización modernas, estrategia y táctica en la conducción. JP es un movimiento juvenil amplio que se debe conservar. Sectarizarlo sería un error que estamos en la obligación de evitar. Al mismo tiempo, trabajando con iniciativa, debemos incorporar a sus elementos más avanzados y conscientes a la militancia partidaria. No olvidemos que sigue pendiente la tarea de organizar la Juventud Comunista, tarea que deberá abordarse cuando las condiciones estén maduras. Entre tanto, no debemos cometer el error de descuidar a la militancia joven del Partido, a cuya cualificación y maduración deben concurrir con fuerza los órganos de dirección, comenzando por el Comité Central.

La reconstrucción del Partido encontrará la levadura fresca que necesita en los militantes de la nueva generación. El reto consiste en asegurar que esta generación recoja lo mejor de la herencia acumulada, pero, al mismo tiempo, se libere de ataduras negativas como el dogmatismo y el empirismo, el espontaneismo y el voluntarismo, el liberalismo ideológico y el sectarismo, si bien opuestos unos y otros, pero ciertamente presentes a

manera de mala yerba en las filas del Partido. Una generación nueva será efectivamente nueva si sabe marchar al ritmo de los tiempos sin perder, por ello, su esencia revolucionaria, marxista-leninista. Lo que esperamos es una nueva hornada de dirigentes y conductores firmes en sus principios, creativos en su labor, sólidos en su formación teórica y cultural, con vínculos firmes en las masas, fuerte espíritu partidista y elevada moral de combate: Los continuadores de la causa que heredamos de Mariátegui y su ejemplo imperecedero.

Los Comités Cívicos Amplios, Frentes de Defensa, Frentes Patrióticos, etc. constituyen una forma de frente único popular que apoyamos e impulsamos. Es la agrupación amplia de masas indispensable en la lucha contra la dictadura y el neoliberalismo, pero cuya importancia va más allá de la permanencia del régimen. Los frentes de Defensa de la década de los 70, las Asambleas Populares, la autodefensa de masas, volverán a recuperar, seguramente en otras condiciones y con otros nombres, su prestancia anterior, al ritmo de la marcha del flujo de masas en desarrollo. Es importante sacar lecciones de aquella experiencia a fin de encarar en mejores condiciones las luchas de hoy y evitar los errores o limitaciones que llevaron a su parálisis o desaparición.

Tampoco podemos desconocer el significado que tiene la recuperación y reordenamiento del movimiento sindical, su centralización, su convocatoria a la lucha. Interesa al Partido contar con una CGTP unificada, democratizada, combativa y renovada. La batalla por el Paro Cívico Nacional, en defensa de los intereses y derechos de los trabajadores agredidos sistemáticamente por el régimen, por la reconstrucción del tejido gremial seriamente afectado, hace aún más indispensable esta tarea. El divisionismo, de donde venga, siempre será rechazado por las masas. Quienes intentaron dividir la FEP han terminado en el banquillo, como viene ocurriendo con la

Federación de Estudiantes de la Universidad de Ica. Prestemos oído al requerimiento del Amauta: ***"Las masas reclaman la unidad. Las masas quieren fe. Y por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, disolvente y pesimista de los que niegan y de los que dudan, y busca la voz optimista, cordial, juvenil y fecunda de los que afirman y de los que creen"***.

Tampoco perdemos de vista la unidad amplia antidictatorial y antineoliberal. Estamos comprometidos a empujar tal unidad de acción hasta donde sea posible, conscientes de sus limitaciones; pero hacerlo sin olvidar un minuto nuestra independencia política y el desarrollo de nuestras fuerzas. Por experiencia vivida sabemos que éste es un proyecto frágil, aunque sí necesario.

El año que viene debe permitirnos llevar a cabo los congresos del Partido, del MNI, de JP, lo que exigirá mucho esfuerzo y recursos humanos y materiales que debemos prever y resolver con tiempo. Maduran también las condiciones para realizar el Paro Cívico y la Movilización Nacional, así como posibilidades de huelga de importantes gremios, entre ellos de los maestros. Todas estas medidas marcharán bien si tienen un blanco preciso: derrotar el continuismo dictatorial y neoliberal, y abrir camino a una salida democrática, patriótica, descentralista, con progreso y justicia social, y a un gobierno de amplia unidad popular y democrática que lo represente. No olvidemos que el año que viene estará también marcado por el proceso electoral en marcha, del que tampoco podemos estar ausentes.

F.- AUTOFINANCIAMIENTO ECONÓMICO

El principio fundamental del trabajo económico del Partido es el de apoyarse en las propias fuerzas y en las masas para resolverlo. Si el Partido es el instrumento fundamental para llevar a cabo la revolución y el

socialismo; si esta tarea será imposible sin la incorporación del pueblo y sin su participación voluntaria, entusiasta y esforzada; si, además, es indispensable tener capacidad de independencia y autodecisión, lo que resulta inviable existiendo dependencia de decisiones externas al Partido y a la revolución; si, finalmente, ninguna revolución es transplantable ni puede ser hecha por otros en remplazo de uno mismo, sino "creación heroica" del pueblo de cada país, entonces cae de su peso que el partido revolucionario para existir y desarrollarse, y para cumplir su misión histórica, está obligado a tensar al máximo las potencialidades internas disponibles, poner en movimiento la reserva fundamental con que cuenta que es el pueblo, tener el coraje y la inteligencia para atreverse a encontrar por sí mismo las respuestas y resolver por sí mismo sus problemas.

La lucha consecuente por el socialismo obliga a los partidos comunistas y revolucionarios de cada país a desplegar el espíritu, la actitud y la voluntad de movilizar las fuerzas internas y de crear lo que la revolución necesita, apoyándose en el esfuerzo mancomunado de sus integrantes y el pueblo de su respectivo país. Sin asumir este principio y esta actitud en todas las esferas de la actividad del partido revolucionario, será imposible tener confianza en las propias fuerzas, educar y preparar a las masas para la lucha ardua, tener el coraje para sobreponerse a cualquier dificultad y obstáculo. La firme determinación de hacer la revolución y construir el socialismo será inviable sin este requisito, y peor aún si logra imponerse como norma de trabajo el asistencialismo y el espíritu servil, tan caro a los oportunistas y los adversarios de la revolución y el socialismo. Aquellos que renuncian a apoyarse en sus propios esfuerzos al hacer la revolución y construir el Partido, y también en las organizaciones de masas, estarán incapacitados para llevar a cabo sus objetivos. Quien depende de otros para resolver sus asuntos caerá

en dependencia, introducirá el parasitismo, facilitará la propagación del asistencialismo, destruyendo la capacidad creadora, la autoestima y la voluntad de vencer que debemos estimular siempre en las masas y en nuestras filas.

Desde luego que los comunistas somos ajenos por completo al chovinismo nacional y al criterio de encerrarnos dentro de nuestras fronteras. Esto es imposible en el mundo de hoy. Somos internacionalistas. La revolución proletaria y el movimiento comunistas, en esencia, son internacionalistas. La solidaridad internacionalista es una condición para la victoria de las revoluciones y también para acelerar la causa revolucionaria y el desarrollo del partido de la clase obrera. Pero la causa determinante siempre será la interna, y ésta tiene como punto de apoyo la movilización de la clase obrera y el pueblo de cada país para la realización de ese objetivo.

Esta reflexión vale también para el Partido y para la solución de sus problemas económicos y financieros, siempre precarios e insuficientes. Muchos partidos vivieron de la ayuda externa. El resultado fue que cayeron en dependencia, perdieron la capacidad de pensar y resolver sus problemas por sí mismos, acostumbraron a su militancia al facilismo y al parasitismo económico, socavaron su autoconfianza y su creatividad, y facilitaron el surgimiento de una costra burocrática rentada que sentía un privilegio especial la responsabilidad encargada. Tales partidos se movieron al son de la música que le tocaban desde el exterior. Cortada esa ayuda se desmoronaron sin pena ni gloria. El nuestro es un Partido que no depende de la ayuda externa ni está sujeto al mandato de nadie. Somos nosotros los que decidimos lo que debemos hacer. Este es un asunto de principios que debemos conservar siempre. Esto no significa que no requiramos solidaridad y apoyo de

partidos y pueblos hermanos o amigos. Pero esto jamás debe convertirse en lo primordial y menos llevarnos a perder la independencia en nuestras opiniones, decisiones y acciones.

El problema del Partido es que sigue una línea burocrática y artesana en lo que concierne a su economía y finanzas, y una línea de dependencia de las bases a la dirección y de las masas al Partido, contraviniendo políticas precisas que fija el estatuto partidario.

En efecto, en los estatutos, capítulo XI, se establece con precisión la línea del partido sobre el tema que estamos abordando. Se sostiene allí: 1) **"El trabajo económico y financiero del Partido se basa en el autosostenimiento, ahorro máximo y control riguroso"**; 2) en **"la línea de masas y apoyo en las propias fuerzas"**; 3) **"el pueblo financia a su partido y las bases a su dirección"**; 4) **"los recursos y el trabajo financiero son resueltos por todo el Partido"**; 5) **"cotización ordinaria de sus militantes"** obligatoria para todo afiliado de acuerdo con el artículo 2º.

Para empezar: ninguna de estas políticas se aplica con la firmeza del caso. En los hechos funciona otra línea de conducta y otra manera de entender el trabajo de autosostenimiento económico y el control del mismo. Y si las cosas son así en el Partido, debemos entender que esta actitud se prolonga a otras esferas de influencia política y de masas, con algunas excepciones.

Hablando con franqueza, aparte de una declaración general que es correcta, el Partido, de su dirección a la base, no tiene internalizada su línea para el trabajo económico y se hace muy poco, si algo se hace, para llevarla a la práctica. Estamos, pues, frente un problema ideológico, a una manera de concebir el rol del Partido y el papel de las masas en su propio proceso emancipador. No se entiende que la manera como el Partido asume, resuelve y maneja su actividad económica y financiera,

hoy, muestra las grandes líneas de cómo entiende en los hechos la construcción de la nueva economía y el socialismo. El Partido, en cierto sentido, es su primer ensayo, su primera experiencia práctica, su adiestramiento. Si se muestra incapaz de dar solución a sus problemas económicos y financieros es que no cuenta con los cuadros capaces de crearlos, organizarlos y administrarlos, ni con la dirección capaz de poner en tensión sus fuerzas, de modo que sirva a la mayor eficiencia del trabajo político y revolucionario.

La subestimación que existe al respecto es calamitosa. Nunca se ha entendido que la necesidad de dotar al Partido de los recursos económicos necesarios acorde con sus exigencias políticas, es una tarea de implicancia estratégica. No es una tarea más ni un frente de trabajo que puede funcionar o no. Es uno de los frentes de trabajo fundamentales en todas las instancias de dirección del Partido, y, desde luego, también en las organizaciones de masas. Quienes consienten que las secretarías y comisiones de economía son prescindibles o formales hacen una grave concesión al artesanismo y a la estrechez de miras propio del movimiento espontáneo.

Requerimos, como primera condición, revalorar el papel de la Secretaría y Comisión de Economía, y asegurar que juegue su papel de verdadero creador de recursos económicos poniendo en movimiento al Partido en su conjunto y a las masas. Como segunda condición, asimilar con profundidad los contenidos y las consecuencias prácticas que se derivan de la línea de autosostenimiento y de apoyarse en los esfuerzos propios. En tercer lugar, construir una economía suficiente, segura, estable, en todas las instancias partidarias, que se base en una estricta línea de masas, en la cualificación ideológica y técnica del personal humano dedicado a estas funciones, en la planificación de los ingresos y egresos, en la racionalidad y control. En cuarto lugar, asumir la creación de recursos

económicos como un hecho político más que administrativo y burocrático. Finalmente, es urgente proceder a una campaña ordenada y enérgica para la educación de los dirigentes, cuadros y militantes en la línea del autosostenimiento y en el apoyo en las propias fuerzas tanto dentro como fuera del Partido, abordándola como un principio que influye en la totalidad de la labor partidaria y revolucionaria, ahora, a lo largo de la lucha revolucionaria y en la construcción del socialismo, obligando, a su vez, a la especialización de cuadros para el cumplimiento eficaz de esta tarea.

La labor formativa de los militantes y la capacitación de los cuadros y dirigentes debe considerar, como curso obligatorio, el tema de la economía y las finanzas, entendiéndolas en su significado ideológico, político, ético, de gestión y administración, basadas en los principios de autosostenimiento, apoyarse en las fuerzas propias, independencia, línea de masas, eficiencia, productividad, ahorro y control. Y debemos hacerlo extensivo a todas las esferas del trabajo partidario: organismos de frente único, sindicatos, organizaciones estudiantiles, campesinas, culturales, asociaciones, inclusive allí donde ejerza la dirección de municipios o instituciones parecidas.

La reconstrucción partidaria, de la izquierda, del movimiento popular, no tendrá lugar, o por lo menos no alcanzará los resultados deseados, si no contamos con una base económica sólida y regular. Esto es lo que debemos empezar a crear con una nueva mentalidad y visión de las tareas. Las nuevas condiciones de la lucha son favorables. Para aprovecharlas se requiere convencimiento y voluntad de lograrlo, orientación justa y dirección inteligente, cuadros capaces de asumir la responsabilidad con acierto e iniciativa, estilos de trabajo marxistas y métodos apropiados y flexibles. Finalmente, abordar correctamente el problema económico y financiero del Partido exige poner

en pie a todo el Partido, su periferia y amigos. Sin una firme línea de masas y una permanente labor ideológica, no tendremos garantía de éxito.

G.- PERFECCIONAR LA LABOR DE DIRECCIÓN Y CONDUCCIÓN POLITICA DEL PARTIDO

El VI Congreso abordó este problema incorporándolo como parte importante de su Resolución General. El VI Pleno del Comité Central, de setiembre de 1996, tomó al respecto una decisión importante. Más tarde se insistió al respecto al hacer el balance del trabajo del Comité Central en el VII Pleno. En marzo de 1997 el Buró Político aprobó, como material complementario a la Resolución del VI Pleno, el documento "Perfeccionar la labor de los organismos de dirección del Partido y de las masas". Esto demuestra que el C.C y el B.P. han realizado un seguimiento dirigido al perfeccionamiento de la labor de dirección. Al respecto existen ciertos avances, pero no los suficientes ni en la profundidad que el Partido necesita para colocarse a la altura de las nuevas condiciones de flujo de masas, de disputa por la dirección de las mismas, de su propia reconstrucción.

El balance del trabajo que hizo el VII Pleno recomendaba: ***"Los dirigentes están obligados a estudiar los principios, métodos y técnicas de dirección, saber hacer uso de ellos, dominarlos en el trabajo práctico buscando siempre el mayor resultado con el menor esfuerzo, poniendo en acción las potencialidades disponibles"***. Agregaba seguidamente: ***"Sólo entonces el plan tendrá sentido, los cuadros serán valorados adecuadamente, las actividades evaluadas por sus resultados"***. La dirección y la conducción política no se improvisan ni se dejan a la acción espontánea o al sentido común. No es que la experiencia carezca de importancia. Tiene valor a condición, claro está, de su sistematización y elevación a

una dirección y conducción fundada en principios y métodos científicos, que permita la más alta eficiencia y los mayores resultados y una administración inteligente de las fuerzas disponibles.

Pero el problema que enfrentamos no es un asunto abstracto sino concreto. Si éste es un tema de permanente actualidad, pues siempre habrá necesidad de perfeccionar y elevar la capacidad de conducción y dirección del Partido, hoy es un asunto urgente y de obligado tratamiento práctico.

El punto 7 de la Circular Interna emitida por el Buró Político, a fines de junio de 1998, lo aborda de manera explícita. Luego de examinar la situación política, así como el agotamiento del modelo y los síntomas claros de una nueva crisis en la economía, de constatar el nuevo flujo de masas en curso y el vacío político que se abre en el país obligando, de conjunto, a una **disputa en serio y en grande por la hegemonía, la conducción y la organización de esas fuerzas**"; de reconocer, además, de que **"está en nosotros (los comunistas) que esta tenencia se desarrolle favorablemente, tenga un rumbo correcto y permita ir reconstruyendo las estructuras políticas, gremiales y populares"**, arriba a una pregunta de fundamental importancia: **"Con las fuerzas que contamos y con la estructura que tenemos, además de los moldes de trabajo hoy dominantes, ¿ nos encontramos en condiciones de ocupar acertada, oportuna y eficazmente el espacio que nos corresponde en el escenario descrito, y extender nuestras fuerzas y disputar la hegemonía política, ideológica y cultural, y desarrollarnos en cantidad y también en calidad?** La respuesta no se deja esperar: **"todavía NO"**, pues **"ni la percepción de las tendencias en desarrollo, ni el sistema de comités, ni la cantidad y calidad de los cuadros disponibles, ni los métodos de trabajo y de dirección dominantes (en el Partido) lo permiten"**. La conclusión

que extrae el Buró Político es que **"ésta es una contradicción objetiva que debemos entender, asumir y resolver si queremos garantizar un serio paso hacia delante"**.

Por las consideraciones expuestas la Resolución concluye que este tema **"es el eslabón básico que en lo interno necesitamos solucionar sin pérdida de tiempo, con firmeza, concentrando en esta tarea lo mejor de nuestras fuerzas"**. De aquí deriva un primer problema a resolver: **"acelerar el cabal funcionamiento y articulación de la estructura partidaria"** a fin de terminar con **"el archipiélago de organizaciones y de tareas"** y unificar la acción del Partido en torno de sus órganos dirigentes centrales.

Esta es una tarea que no espera postergación ni tolera comportamientos blandengues. O se la lleva adelante y se pone al Partido en condiciones óptimas para afrontar los retos que tenemos hoy y mañana, o bien seguimos como estamos y perderemos el tren de la historia desaprovechando una oportunidad excepcional para pasar a la ofensiva, expandir nuestras fuerzas y desarrollar las de la revolución y el socialismo. Enfrentamos una contradicción real que hay que reconocer y valorar como corresponde, pues es la única manera de resolverla favorablemente a nuestra causa y propósitos.

El Comité Central hace suyo estos planteamientos y llama a todo el Partido a tomar las medidas del caso para enfrentarlos sin pérdida de tiempo. Los criterios fundamentales contenidos en la Resolución del Buró Político de junio de 1998 sirven de base para llevar a cabo esta tarea.

¿Qué hacer? En primer lugar, poner orden en nuestras filas. Estando en las proximidades del VII Congreso ésta es una tarea que debe acometerse con fuerza a fin de arribar con una estructura en regla y permitir que el

próximo Comité Central cuente con las condiciones para impulsar a una nueva altura el papel del partido y su rol de conducción política. No hemos logrado aún que el Comité Central se convierta en la columna vertebral de este proceso, con los cuadros centrales y las comisiones asumiendo el papel político e ideológico que les corresponde. Debemos tomar las medidas del caso para asegurar el reordenamiento de los comités regionales y zonales, terminar con la anarquía y la formalidad o bien la pasividad y la rutina que domina a muchos de éstos. Es preferible contar con núcleos de dirección pequeños pero eficientes y unificados, que comités formales que se consumen en conflictos menudos y en la inoperancia. O los comités dirigen y asumen su rol de conducción política, y actúan unificadamente subordinados al Comité Central, o dejan de serlo y se convierten más bien en lastres para el trabajo y en obstáculos para la reconstrucción del Partido. Sin poner orden en casa nada importante se logrará. Por el contrario, con seguridad, estaremos sembrando las condiciones que llevarán a una crisis aún mayor en el Partido, a la imposibilidad de aprovechar las condiciones favorables que se presentan y a dificultar seriamente la incorporación y cualificación de una nueva generación de revolucionarios que se integra con creciente entusiasmo en nuestras filas.

En segundo lugar, encontrar una solución acertada a la relación entre las generaciones mayores, que traen una experiencia valiosa y una constancia que ha permitido al Partido sobreponerse a las dificultades de estos años, y también limitaciones y defectos que estamos obligados a superar; y la generación nueva que se abre paso con fuerza hacia la izquierda y al partido, oxigenándolos, dándoles nuevos ímpetus, incorporando nuevas visiones del mundo de hoy y nuevos métodos. Esta es una contradicción real y concreta y hay que abordarla y resolverla correctamente. El trabajo con la juventud no puede quedarse en el aprecio de sus cualidades como

entusiasmo, mística, iniciativa, romanticismo. Hay que entender a los militantes y activistas jóvenes como los continuadores de la causa revolucionaria, como los futuros dirigentes del Partido, de las masas, de la sociedad, como la fuerza de reserva fundamental en la tarea de reconstruir el Partido, la izquierda, el movimiento sindical y popular. Necesitamos trabajar con esta visión, sin sectarismo de ningún tipo y sin sobreestimar el papel de los cuadros veteranos. Educar, cualificar, promover, incorporando con audacia nuevos jóvenes militantes y nuevos cuadros a los organismos de dirección, es un reto de fundamental importancia para el Partido y sus organismos dirigentes intermedios.

En tercer lugar, concentremos esfuerzos básicos en tres sectores fundamentales del trabajo: organización, formación y propaganda, economía y finanzas. La marcha exitosa del Partido en su conjunto, aparte del funcionamiento eficiente del Comité Central, el Buró Político y el Secretariado, que constituyen la llave maestra del Partido, descansa en las tres secretarías y comisiones señaladas. Si éstas funcionan bien, también funcionará el conjunto de la estructura partidaria. Necesitamos elevar el trabajo de organización al nivel político e ideológico, y articular su actividad con las diversas esferas organizativas: frente único, juventud, sindicatos, rondas, comunidades campesinas, etc. Se trata de optimizar las potencialidades disponibles y obtener resultados en correspondencia con los esfuerzos que se hacen.

Desechemos el criterio de que organización es sinónimo de administración de la rutina. Aquí podemos ver la huella del espontaneísmo y el liberalismo. Esto mismo ocurre con la labor de formación y propaganda. Si esto es así en los niveles de dirección centrales, lo es más en los organismos intermedios, en la periferia y las masas donde tiene influencia el Partido. El trabajo ideológico y de propaganda abarca al conjunto del Partido y más allá de él, no debiendo

ser ajeno ningún militante dondequiera que se encuentre. Debemos reconocer el descuido en la labor ideológica a lo largo de los últimos años. La batalla ideológica en el espíritu del marxismo- leninismo es de vital importancia para el Partido. Este debe ser el punto de partida al enfrentar cualquier tarea o actividad. Prevalece la ideología del proletariado o se impone la ideología liberal y burguesa. Así es como está planteado el problema.

Se puede hablar en el mismo sentido de la secretaría de economía, ahora restringida a administrar lo poco que se tiene.

En cuarto lugar, elevar permanentemente la capacidad de conducción estratégica y táctica del Partido, sus dirigentes y cuadros, dejando atrás el peso de la espontaneidad y el artesanismo, de la improvisación y el burocratismo. Entender que la dirección exige abordarla científica y seriamente, y que nada tiene que ver con el capricho o buena voluntad de la gente. Este es un tema de obligado estudio, sistematización y perfeccionamiento, sobre todo para los dirigentes y cuadros. En la labor formativa de los cuadros y militantes debe considerarse un tema permanente y obligatorio. Ya no más improvisación en la promoción de los cuadros, ni comités incompetentes. Reiteramos lo que se ha dicho en otras oportunidades: dirigir no es tener un cargo; es conocer la realidad multifacética donde se actúa, elaborar ideas, políticas, tácticas fundadas en ese conocimiento, organizar el trabajo y el control de manera racional y ordenada, ganar nuevos militantes y formar nuevos cuadros y dirigentes idóneos, conducir la lucha de las masas, explicar con fundamento el programa, la estrategia, la táctica y las políticas del Partido, asegurar su unidad de pensamiento y acción, dirigir el frente único dejando de lado criterios sectarios y burocráticos, etc. En suma, conducir la causa revolucionaria y dirigir el Partido garantizando su expansión inseparable de las masas y del desarrollo incesante de la revolución.

En quinto lugar: valoración cabal del tiempo, de la oportunidad, de la iniciativa política. Y saber aferrarse al eslabón clave (concentración de fuerzas) en cada período táctico, impedir la dispersión de fuerzas y recursos, buscar siempre obtener los mayores resultados con el menor esfuerzo. En el fondo, la dirección y la conducción tienen que ver más con el uso de la inteligencia que con el recurso de la fuerza. La conducción a la par que ciencia es también arte, experiencia, intuición, capacidad de moverse como pez en el agua en cada escenario concreto, siempre cambiante, dando respuestas rápidas y haciendo uso de los métodos que mejor correspondan a la situación dada.

Camaradas:

Estos son los 7 grandes campos de acción que el Partido debe encarar con fuerza y de manera articulada, como prerequisite para ubicarse bien en el nuevo escenario político, acelerar su reconstrucción y conversión en Partido grande e influyente, capaz de disputar la hegemonía y la conducción de las masas trabajadoras y populares en este nuevo periodo de ascenso de la lucha de masas, de crisis económicas y de creciente aislamiento de la dictadura y descrédito del neoliberalismo. Tarea indispensable, además, para asegurar la reconstrucción de la izquierda, la forja de una juventud patriótica y democrática poderosa, la construcción de un movimiento sindical y popular renovado, vertebrar los comités cívicos amplios, alzar a las masas a la lucha democrática, patriótica y revolucionaria, contando con una dirección a la altura de las nuevas realidades.

Está en nosotros que esta tarea gigantesca pero indispensable se cumpla con firmeza, audacia y coraje comunistas.

Lima, principios de Noviembre de 1998.

proletarios del
Partido Comunista
patria roja

75 Años



ALFREDO ANDÉS G.

OSCAR BARROSA BALDI

OSCAR FELIPE VENTURA

PROBLEMAS DE DIRECCIÓN Y CUADROS A LA LUZ DE LAS TAREAS DEL VII Y VIII CONGRESO DEL PARTIDO

“Un problema no puede ser resuelto con las mismas premisas con que fue creado”²

1. La política revolucionaria, la dirección y los cuadros

El objetivo de la política revolucionaria, comunista, es la revolución social, considerada como un proceso global e interrelacionado en sus partes, que resuelve las tareas democráticas nacionales y su avance hacia el socialismo, en un proceso ininterrumpido, con transiciones, fases y aproximaciones. El instrumento a conquistar para el logro de ese objetivo es el Poder del Estado que, a su vez, es un medio, no un fin para la realización de la revolución y el socialismo. En el camino hacia ese objetivo histórico, como parte de la acumulación de fuerzas y la lucha constante por hacer avanzar la causa revolucionaria, caben políticas como el Nuevo Curso, formas de organización con el frente único, batallas como la electoral, acciones de masas como las huelgas y otras

² Einstein. Citado por Ricardo Rodríguez: “Análisis y perspectivas de la crisis económica mundial desde el Perú”, pág. 315. CENTRUM. Abril, 2009.

formas de lucha. etc. En todo ese proceso es de fundamental importancia la existencia y actuación de una organización política de vanguardia, que cuenta con una teoría científica que guía su acción, con capacidad de relacionarse y conducir a las masas populares, que dispone de fuerza moral, intelectual y capacidad de hegemonía. Esa es la razón de ser del Partido Comunista.

El Partido Comunista es una organización política que se propone, como tarea de largo plazo, sustituir el sistema capitalista por el socialista. Para ello, además de una línea, programa y estrategia correctos, debe esmerarse en asegurar la conducción acertada del proceso revolucionario junto a las fuerzas sociales y políticas comprometidas con él. Proceso que, a su vez, implica etapas y fases en correspondencia con las condiciones objetivas, la correlación de fuerzas existentes y el grado de debilitamiento y aislamiento de las clases y fuerzas conservadoras que defienden el sistema establecido.

Partiendo de las consideraciones señaladas, es indispensable que el proyecto revolucionario involucre, en un todo único y articulado, la lucha ideológica, política, económica, cultural, ética, de masas u otras, que permitan, en cada etapa o fase, construir el tejido de alianzas y la correlación de fuerzas favorable a la causa revolucionaria y socialista, aislando, dividiendo y derrotando a las fuerzas conservadoras hegemónicas en el Poder del Estado y en la conducción de la sociedad.

La estrategia y la táctica devienen, entonces, el arte de la conducción y de la construcción de las fuerzas revolucionarias, del tejido de alianzas que permita unir a las masas populares al mismo tiempo que divide y aísla a los adversarios en cada fase o etapa de la lucha, siempre que se aproveche, con oportunidad e iniciativa, los factores favorables a la causa revolucionaria, al mismo tiempo que se vence o neutraliza las ventajas de nuestros contendores. Es exactamente lo que éstos harán, en

sentido inverso, para defender sus intereses y privilegios, aprovechar sus puntos fuertes, cubrir sus flancos débiles y sacar ventaja de nuestros puntos débiles y errores a fin de derrotarnos y sacarnos de escena. Es simplemente la lucha de clases y la lucha por la hegemonía que objetivamente manifiesta en la sociedad, que la burguesía y sus representantes ideológicos y políticos se niegan a reconocer por consideraciones pragmáticas.

En esta tarea juega un papel fundamental el programa, acorde con cada momento histórico concreto y, al mismo tiempo, orientado por el proyecto socialista que proponemos para el país.

Si estas ideas sintetizan las grandes líneas de la razón de ser del Partido y sus tareas, en correspondencia con las condiciones reales del país, del momento histórico que se enfrenta y del escenario internacional, el problema se traslada a la cuestión de qué tipo de partido necesitamos construir, con que cualidades de liderazgo, estilos y métodos de dirección garantizar su hegemonía, cómo organizar y conducir sus fuerzas con capacidad de victoria incorporando a las masas trabajadoras y populares en esta tarea, y cómo debilitar, aislar y derrotar a las fuerzas adversarias del cambio social yendo de lo pequeño a lo grande, de lo débil a la fortaleza, de las victorias tácticas a las estratégicas.

Resolver estos problemas debe constituir un asunto de permanente atención del Partido, en especial de sus organismos dirigentes con el Comité Central como centro. De otro modo, como la experiencia del partido con posterioridad a la desaparición física de Mariátegui, dominará una manera de dirigir y conducir espontaneista, artesana, donde el movimiento lo es todo, la coyuntura el horizonte, la oposición a los gobiernos de turno la razón de sus luchas. Sus resultados están a la vista: una permanente batalla circular, que da vueltas sobre lo mismo sin afectar los eslabones vitales de la

hegemonía y el poder de las clases dominantes, ni permitir la construcción de un partido revolucionario con vocación de poder, o bien la aventura desesperada e irracional en que desembocó el senderismo.

2. El Partido en relación con el sistema de dirección y la política de cuadros

Como podemos ver, la responsabilidad que carga el Partido sobre sus hombros, en especial el Comité Central, no es pequeña, fácil ni simple. No se limita a dirigir sindicatos u otras organizaciones de clase o populares, una movilización de masas o una campaña electoral. La sustitución de un sistema económico y social por otro, o incluso de un modelo de economía como el neoliberal, es mucho más que eso. Tenemos, al frente, un adversario poderoso en todos los aspectos comparativamente con la fuerza que disponemos, pero no por ello invencible. Si es verdad que debemos despreciarlo estratégicamente, pues en el largo plazo será derrotado si se cuenta con la inteligencia y la experiencia de nuestra parte, tácticamente debemos tomarlo en cuenta seriamente, saber combatir en concordancia con cada situación concreta y avanzar paso a paso.

No obstante lo expresado, además de contar con documentos y decisiones que señalan la importancia y también la urgencia de estudiar y abordar el cómo dirigir y conducir acertadamente al Partido y a las masas populares, los avances logrados son insuficientes, y en muchos casos seguimos en lo mismo indiferentes a una realidad que cambia rápidamente. Nos encontramos, en los hechos, frente a una fuerte resistencia a los cambios que hay que dar obligatoriamente, sobre todo en las condiciones presentes, pasando de una manera de organizar y dirigir fuertemente espontaneista y artesana, marcada por la coyuntura, a otra científica, planificada,

estratégicamente orientada, que nos garantice un salto de calidad en un escenario favorable para el desarrollo acelerado de nuestras fuerzas y el avance de la causa revolucionaria en el Perú. Ha terminado el período de reflujo, consecuencia de las derrotas de fines de los ochentas y de la contraofensiva neoliberal, mientras se abre un escenario nuevo, favorable para importantes avances del Partido, de la izquierda y el movimiento popular, incluyendo el escenario electoral, luego de casi dos décadas de reveses y estancamiento.

Aspectos fundamentales acerca de cómo se entiende y practica la labor de dirección y de conducción, de cómo funcionan los organismos partidarios, de frente único y de masas, se han convertido en un freno muy serio para todo avance. La conciencia de esta realidad es el primer paso para los cambios que se necesitan dar. El segundo, la decisión audaz de corregir lo que haya de corregir, de sustituir los estilos y métodos de dirección y conducción incorrectos como el espontaneísmo, el burocratismo, el sectarismo, el formalismo, por otros nuevos, correctos, científicos, adecuados a los tiempos y a las exigencias actuales.

La contradicción entre lo nuevo y lo viejo, lo correcto y lo erróneo, lo avanzando y atrasado, en las cuestiones de dirección y conducción, está presente y no se puede obviar. Por eso la necesidad de estudiar a fondo y en serio el tema que estamos abordando, de asumir una severa voluntad crítica y autocrítica como prerrequisito para resolverlos, de desplegar el espíritu de iniciativa e innovación. De lograrlo nos encontraremos en mejores condiciones para valorar el papel de los cuadros del Partido en la solución de problemas señalados, así como su formación, cualificación y selección apropiadas.

El tema, sin embargo, no es nuevo en el Partido. Fue abordado, inicialmente, en la Resolución General del VI Congreso en abril de 1995. Se señalaba entonces: "El

Partido tiene que estudiar con seriedad la dirección como ciencia y como arte". Agregaba la Resolución General: atender "la concentración de fuerzas en lugar de la dispersión", "conocer y dominar bien la relación entre la conducción estratégica y táctica a fin de superar la política de "vivir al día". Cabe reconocer, sin embargo, que en ese momento tales conclusiones fueron producto más de la intuición que comprensión integral y profunda del problema, que se fue adquiriendo a lo largo del tiempo mediante la reflexión, el estudio de las experiencias propias y externas, de la comprensión circunstanciada del fenómeno.

Más adelante, ampliando la visión de la dirección y de la conducción como ciencia, se aprobó, en el VI Pleno del VI Congreso del Partido, el documento "Problemas de dirección en el Partido". Se proponía perfeccionar su labor de dirección y de masa. En el Balance del trabajo del Partido en 1966 que hace el VII Pleno, se insiste en la materia. Allí se sostiene: "Una primera cuestión que salta a la vista es que no se sabe dirigir en forma científica, ordenada, planificada. Tampoco trabajar en equipo y usar bien los cuadros. Acostumbrados a la labor artesana nos movemos con pesadez y muchas veces para constatar lo ocurrido". El diagnóstico era correcto, correcta también su ubicación como tema acuciante en el Partido. ¿Por qué, entonces, no se avanzó en su solución? Una de las razones es la incompreensión existente entonces al respecto, además del apego a la rutina y a los hábitos adquiridos. Por eso la falta de firmeza para iniciar el viraje que había necesidad de dar. Una segunda, la falta de claridad de la alternativa que permitiera desechar los métodos y estilos incorrectos, afianzados por la fuerza de la costumbre y los hábitos instalados que, como lozas de roca, se convirtieron en verdaderos frenos para el avance del Partido en las nuevas condiciones de la lucha política y social.

Cae de perillas volver a la expresión de Einstein que va como pórtico: ***“Un problema no puede ser resuelto con las mismas premisas con que fue creado”***. Aspirar a producir un cambio fundamental en lo que concierne a la manera de dirigir y conducir, conservando las premisas no marxistas que están en su base, sería un simple absurdo.

Sigamos. En marzo de 1997, el Buró Político aprueba el documento “Perfeccionar la labor de los organismos de dirección del Partido y de las masas”, en el que se perfilaron los principios básicos que orientan el trabajo de dirección, en especial del Comité Central. El X Pleno del Comité Central de noviembre de 1998 aprueba el informe “Sobre la situación actual, perspectivas y tareas del Partido para colocarse a la altura de las exigencias del presente”, que contiene “los siete grandes problemas que esperan solución”.

Más adelante, el VII Congreso vuelve a insistir sobre el mismo tema, especialmente en los puntos 12 y 13 de las metas a alcanzar. El I Pleno del VII Congreso concentra en esta cuestión su atención a partir del reconocimiento de limitaciones en la labor del Comité Central cesante, de desviaciones como el subjetivismo, el empirismo, el espontaneismo, el formalismo y el burocratismo, cuya presencia fueron y siguen siendo negativamente influyentes, en contraposición a los estilos y los métodos marxista leninistas que deberían caracterizarnos. Más recientemente, el XVIII Pleno exige “más crecimiento y mejor capacidad de dirección”... pues no “es suficiente la experiencia vivida ni la intuición para ejercer bien las tareas de dirección. Elevarla a un nivel científico, es de fundamental importancia”.

Continuando la línea del VII Congreso, a partir de hechos que demuestran serios traspiés en la dirección de organizaciones de masas, municipios, gobiernos regionales, se plantea como una idea innovadora el

concepto de “prepararse para gobernar”, entendido como capacidad de conducción estratégica, táctica y de gestión previsores, realistas, donde palabra y acción marchan de la mano.

Teniendo en cuenta esta situación nos empeñamos en comprenderla como parte de la campaña de rectificación, cualificación y unificación que aprobó el Comité Central después del VII Congreso. Lamentablemente esta campaña que empezó con buenos auspicios no culminó por falta de determinación y persistencia del Comité Central, influido por el estilo de plantearse tareas y no saberlas llevar adelante hasta su culminación, propio del formalismo, y por la falta de concentración de fuerzas en la cuestión estratégica a resolver.

No se puede decir, entonces, que carecemos de material crítico elaborado por el Partido. Contamos con un importante arsenal teórico, con acuerdos y artículos relacionados a la construcción del Partido y a los temas de dirección y conducción política. La insistencia en la popularización y comprensión de temas como el pensamiento estratégico, la estrategia de tres acumulaciones, la línea de masas, prepararse para gobernar, la victoria se construye, el centralismo democrático, la lucha de ideas, los estilos de trabajo, entre muchos otros, atestiguan un gran esfuerzo intelectual que, sin embargo, no tiene hasta el momento su correlato práctico.

He aquí nuestro mayor déficit:

No haber insistido con la fuerza del caso en la rectificación de los errores y limitaciones señalados, concentrando el esfuerzo fundamental en su comprensión ideológica y política y luego su puesta en práctica por encima de cualquier dificultad, cediendo en su lugar al peso de la rutina establecida, conciliando con los factores

conservadores y atrasados, es un error que asumimos y que estamos dispuestos a superar. Se trata, ahora, de rectificar este proceder propiciando un salto de calidad. Sería imperdonable que luego del VIII Congreso todo marchara igual o parecido. Es un momento de viraje audaz, de creación heroica, de cambiar en los hechos, o perdemos el carro de la historia. Esta es la oportunidad para convertirnos en el partido revolucionario de masas, que con sagacidad aprobó el VII Congreso. En esta tarea no puede fallar el Comité Central.

3. Las causas son de origen ideológico, político, histórico, también de conocimiento

Acostumbrados a una manera de dirigir tradicional, marcadamente subjetiva, donde el divorcio entre la decisión, la ejecución y el control es constante, alejada de la investigación y de la sistematización, marchando siempre a remolque de los acontecimientos, condicionados a ver los hechos sociales y políticos como fragmentos perdiendo de vista la totalidad, su concatenación dialéctica, la perspectiva de largo aliento, era inevitable que se asentara una manera de dirigir voluntariosa pero artesana y formalista, persistente pero rutinaria, entusiasta pero de corta mira, y además fragmentada, no pocas veces burocrática, sectaria, espontaneista.

Esta manera de entender la responsabilidad de los organismos de dirección del Partido, y, por extensión, de los frentes políticos y las organizaciones de masas, está seriamente en cuestión. Debe ser desechada por obsoleta, para dar paso a otra manera de dirigir y conducir, con base científica, fundada en la objetividad, la mentalidad estratégica y la planificación, que asegure eficiencia, oportunidad, resultados concretos, desarrollo y crecimiento sostenido. Una labor de dirección y

conducción con estas características deberá ser, por fuerza, altamente creativa e innovadora, capaz de dar respuesta a las nuevas condiciones de la lucha.

La dialéctica, como es sabido, es *“precisamente la teoría del conocimiento”, del “conocimiento vivo, multilateral...de innumerables matices en el modo de abordar, de aproximarse a la realidad”*³ siempre cambiante. El dirigir y conducir bien, no es ajeno al pensamiento dialéctico y materialista, pues hay que entenderlos en correspondencia con los datos concretos de la realidad y de cada lucha, de la correlación de fuerzas, de las condiciones y capacidades de los adversarios como de las propias. Dirigir y conducir acertadamente exige conocer la realidad dada, prever y anticiparse a los acontecimientos, valorar con la mayor objetividad posible a los adversarios; organizar y poner en movimiento las fuerzas propias y el conjunto de factores que permitan hacer realidad los objetivos y planes previstos. Es decir: mirar adelante, anticiparse, organizándose para alcanzar los objetivos trazados de acuerdo a planes debidamente elaborados. Es mirar proyectivamente, con visión estratégica y flexibilidad táctica, partiendo de la premisa de que toda victoria se construye.

Tarea nada fácil ni simple como muchos suelen imaginar.

Cómo no recordar las duras palabras de Lenin, que tiene que ver con lo que estamos examinando:

“Hemos condenado siempre –y, como marxistas, estamos obligados a condenar siempre – “la táctica de vivir al día”. No nos bastan los éxitos fugaces. Tampoco nos bastan, en general, los cálculos para un minuto o para un día. Debemos comprobarnos constantemente, estudiando la cadena de los acontecimientos, en su conexión causal y en sus resultados. Al analizar los errores

³ Lenin, “En torno a la cuestión de la dialéctica”.

*de ayer, aprendemos a evitar los errores de hoy y mañana”*⁴.

Mao Zedong, a su vez, recomienda un método que todo dirigente y conductor debe tomar en cuenta. “¿Cuál es ese método? Consiste en conocer a fondo todos los aspectos de la situación del enemigo y de la nuestra, descubrir las leyes que rigen las acciones de ambos lados y aplicarlas en nuestras propias acciones”. Agrega más adelante: “la clave es conseguir que lo subjetivo concuerde con lo objetivo”... de modo que el mando (dirigente) utilice “todos los medios de reconocimiento posibles y necesarios, examine las informaciones recogidas acerca de la situación del enemigo, desechando la cáscara para quedarse con el grano, descartando lo falso para quedarse con lo verdadero, pasando de un aspecto a otro y de lo externo a lo interno: luego, considerando las condiciones de su propio campo, hace un estudio comparativo de la situación de ambas partes y de sus mutuas relaciones: **de este modo, forma su juicio, toma su decisión y elabora su plan**”.

Ambos juicios sintetizan un problema cardinal: la cuestión o el modo de pensar como asunto básico para entender los problemas, cualesquiera que éstos sea, y resolverlos. La manera de pensar tiene que ver con la ideología, con la concepción materialista y con el método dialéctico, con el concepto de partir de la realidad y de “análisis concreto de la situación concreta”. Estudiar, investigar, captar la esencia de los fenómenos y sus conexiones, para luego hacerse un juicio, tomar decisiones y actuar, opuesto diametralmente al modo de pensar subjetivo, fuente del espontaneísmo y el empirismo.

Quienes creen que ser dirigentes se limita a ocupar un cargo ansiado, participar en reuniones de los organismos dirigentes, opinar indiferentes al interés por el estudio, la

⁴ Lenin, “Del diario de un publicistas”, 22 de setiembre de 1917.

investigación y la información, ajeno a la tarea de verificar en los hechos la certeza o no de sus decisiones, distantes de la acción, equivocan el camino. La revolución no necesita burócratas con medallones en el pecho; necesita conductores, luchadores leales a sus convicciones, gente dispuesta a estudiar, investigar, reflexionar, escuchar a las masas, a mirar más allá de su entorno, pero también a actuar con iniciativa y creatividad resolviendo problemas, enseñando con el ejemplo, esforzándose por llevar a la práctica las decisiones tomadas, enjuiciando críticamente las experiencias propias como ajenas.

No pocas veces agotamos el tiempo en los organismos de dirección en discusiones interminables falto de sentido práctico, colmado de generalidades, o bien nos refugiamos en un practicismo estrecho que encubre nuestra falta de formación y precariedad cultural o teórica. Una de las causas de los errores y limitaciones, en materia de dirección, radica en la falta de información y conocimiento, en la visión estrecha oculta por una tradición empírica y opositorista, en la insuficiente formación teórica marxista e histórica. Si nos sentimos satisfechos con ser olmo no tiene sentido que nos pidan peras.

En esa condición siempre estarán ausentes los principios y los métodos de dirección correctos, los estilos de trabajo propios de los comunistas, permitiendo en su lugar los métodos y estilos liberales y anacrónicos. Consiguientemente, la labor de los organismos dirigentes se reducirá a marchar al ritmo de la rutina, constatado lo que ocurrió pero impotentes para marcar el ritmo de los acontecimientos.

Persistiendo en tales estilo de trabajo espontaneistas, burocráticos, sectarios, formalistas o empíricos, nunca nos encontraremos en condiciones de curar la enfermedad, pues son estilos ajenos al marxismo

leninismo, a la dirección científica. Para atreverse a dar el salto de calidad que la situación requiere, no basta la voluntad, las ganas de hacer las cosas con entusiasmo; se necesita, además, una reflexión profunda de la experiencia acumulada por el Partido, una evaluación seria de las condiciones y causas de los estilos y métodos de dirección erróneos señalados, indispensable para encontrar el antídoto apropiado para responder a los retos del presente y a las exigencias previsibles de mañana. Sin vencer resueltamente estos obstáculos será imposible hacer realidad el partido revolucionario de masas.

4.El eslabón clave para cumplir con las tareas del VIII Congreso

“Aferrarse al eslabón clave” es fundamental para llevar a cabo el propósito señalado. Ese eslabón clave, que de distintas maneras veníamos señalando desde el VI Congreso, en lo que a la capacidad de cumplir con las decisiones congresales corresponde, son precisamente el de dirección-conducción y el de los cuadros, dos cuestiones inseparables y complementarias. Dejados de lado o a la cola de otras tareas, aceptando de palabra pero obviándolo de hecho, el resultado será siempre el que conocemos. Para comprobarlo es suficiente hacernos una pregunta y responderla con honestidad y franqueza: ¿Cómo se encuentran nuestros comités y cómo dirigen, y cuál es el resultado de su trabajo?

Los retos que aguardan al Partido son grandes y complejos. Las circunstancias en que se desenvuelve y las responsabilidades que carga sobre sus espaldas, también. Además, nos encontramos frente a una oportunidad de crecimiento y posicionamiento excepcional, como no lo teníamos desde hace más de

dos décadas. Hasta el VII Congreso podíamos darnos por satisfechos con ser oposición, hoy ya no, tenemos que forjarnos con la mentalidad y con la obligación de ser la alternativa transformadora que la dinámica de la lucha de clases y nacional demanda. Debemos tener clara conciencia de esta situación. Pero, al mismo tiempo, entender a cabalidad las condiciones favorables que se nos ofrece para desarrollarnos y afirmarnos como el gran partido de la izquierda y el socialismo. ¿Sabremos aprovechar inteligentemente esta oportunidad? ¿Estamos preparados para ello? ¿Nos encontramos dispuestos al viraje que ello implica? ¿Los estilos y métodos de trabajo incorrectos en cuestión, hoy fuertemente presentes, cederán el paso a otros, correctos, renovados y revolucionarios, o prevalecerá la rutina y la inercia, y todo continuará igual o con pequeños maquillajes? Debemos dar respuesta concreta, ya mismo, sin pérdida de tiempo, sin vacilación y sin concesiones. No puede ser menos estando en juego el futuro del Partido y de su rol de vanguardia.

El mayor cuello de botella no está en las dificultades de las masas para avanzar hacia propuestas de izquierda o en su falta de disposición para la lucha, o bien en el accionar del enemigo contra nosotros, que desde luego está presente; radica más bien en las debilidades de la vanguardia política para entender la realidad actual y para adecuarse a las nuevas condiciones, a las nuevas tareas, a los nuevos retos con la cabeza fresca y con la voluntad de vencer. Dirigir es, en grado considerable, entender estos problemas, resolverlos contando con dirigentes y cuadros preparados y experimentados en condiciones de acometer con éxito estas tareas, de pensar y actuar, de decir y hacer. Para avanzar en la perspectiva indicada no son suficientes acuerdos o aprobar resoluciones; se requiere, además, voluntad de cambio, capacidad de renovación, disposición de rectificación, fuerte sentido práctico, firme espíritu crítico

y autocrítico, conocimiento y formación, además de ideológica y política, técnica.

Pongámonos frente a dos casos hipotéticos pero que pueden hacerse realidad (en el caso de gobiernos regionales las experiencias vividas son dramáticamente negativas): ¿Estamos preparados, además de la buena intención y la determinación, para conducir con éxito, de acuerdo con los lineamientos estratégicos planteados, uno o más gobiernos regionales, o aún flota la sombra de gobiernos fracasados como los de Madre de Dios y Pasco? En segundo lugar, si accediéramos con un política de frente único al gobierno y, consiguientemente, a la conducción de un ministerio ¿nos encontramos listos para asumirlo con garantía de éxito? No es que carezcamos de cierta experiencia y capacidad para enfrentar las contingencias que se presenten. La tenemos. Es una ventaja. Pero ¿es suficiente? Si no nos sentimos capaces de conducir correcta y exitosamente tales instituciones del Estado, es verdad que todavía en un marco de reformas, ¿qué podríamos decir de la conducción del Estado y el poder conquistado? Con la misma preocupación podríamos preguntarnos, desde otro ángulo, ¿el partido está preparado y tiene los cuadros necesarios para asumir la conducción de nuevos sindicatos y reordenarlas sobre bases realmente clasistas? No necesitamos ir muy lejos para explicar nuestros problemas y dificultades. Los tenemos en el SUTEP, en la FEP o en universidades donde ejercemos presencia en sus organismos de dirección **¡Acceder a esferas de gobierno, cualquiera que éstas sean, para continuar la rutina de siempre propia del capitalismo en decadencia, carece de sentido para quienes apostamos por la revolución y el socialismo!**

Necesitamos un partido dirigente y conductor, cualitativamente preparado y profundamente vinculado a la clase obrera, al pueblo, a las nuevas generaciones,

que sabe conquistar en los hechos la condición de partido de vanguardia. Un partido capacitado intelectual, teórica y moralmente, a la altura de los nuevos retos, con dirigentes y cuadros con la formación requerida y la capacidad de entrega necesaria para orientarse correctamente. Sólo entonces alcanzaremos a construir el partido revolucionario de masas, con amplia influencia ideológica, cultural, política y organizativa en la sociedad. Un partido de clase, pero también un partido que exprese los mejores valores de la nación y el pueblo peruano.

Tales dirigentes y cuadros para un partido comunista con las características indicadas, no surgen espontáneamente, se forman y capacitan, se forjan en el escenario de la lucha pero también en la actitud al estudio, a la información, a la innovación, a la “creación heroica” a que aludía Mariátegui. No surgen de la noche a la mañana, serán el resultado de un esfuerzo prolongado que hay que saber cultivar promover y cuidar desde ahora mismo.

No hay lugar para el pesimismo. Contamos con importantes avances acumulados en todos estos años, logros de diversa índole que hay que valorar y reconocer, experiencias, reflexiones e iniciativas valiosas que enriquecen el pensamiento del Partido. Hay madera de calidad y una base importante para dar el salto que necesitamos. Pero hay que entender que lo nuevo, lo correcto y avanzado no gana terreno sino en dura lucha con lo viejo, conservador, ya establecido, que se resiste a cambiar.

5.Las crisis como hecho objetivo y cómo encararla correctamente

Las crisis, como es sabido, no son fenómenos extraños en la sociedad, también en el Partido. Podemos entenderla, de acuerdo con la Academia de la Lengua Española,

como “cambio brusco”, “mutación importante en el desarrollo de otros procesos”, situación de un asunto o situación cuando está en duda la continuación”, “momento decisivo de un negocio de consecuencias importantes”. Dialécticamente, la crisis brinda dos posibilidades: es una oportunidad para salir de ella, desechando los factores que la originaron al mismo tiempo que se encuentran nuevas respuestas, métodos o procedimientos; o bien abre el camino a la derrota o al fracaso si se actúa pasiva y conservadoramente.

Conocerlas y, de ser posible, anticiparlas, requiere hacerle seguimiento a las contradicciones existentes en la realidad concreta, a los factores objetivos que actúan más allá de nuestra voluntad, pero también tomar en cuenta la subjetividad, los actores. La crisis, en la esfera partidaria, refleja una contradicción no resuelta, que puede agravarse y dañar al Partido si no es prevista y si no se actúa a tiempo, y de este modo convertirla en una oportunidad para avanzar. Es lo apropiado. No entenderlo o no resolverlo correctamente, lleva siempre consecuencias negativas, incluyendo divisiones internas, como la experiencia vivida lo confirma.

Volvemos a la pregunta: ¿Dónde encontrar el cuello de botella que bloquea el avance del Partido, y se convierte en una amenaza de riesgo?

No en la línea a seguir ni en las orientaciones para el período ni en el manejo táctico. Aquí las cosas están claras y definidas. Tampoco tenemos problemas ideológicos, teóricos o programáticos serios que amenacen su unidad. Existe una mayor comprensión y unidad fundamental en la táctica general del Nuevo Curso, lo que no ocurrió en el pasado. La relación del Partido con las masas, sin ser excelente, es importante y puede mejorar pronto si se toman las medidas del caso.

El problema es de dirección, de cómo se ejerce y cómo se

aprovechan las oportunidades que tenemos al frente, además de la calidad, cantidad, experiencia y solvencia de los cuadros.

Todo problema, se ha dicho siempre, es una contradicción no resuelta. Una contradicción que no se resuelve a tiempo y correctamente puede precipitar una situación de crisis, cuya magnitud dependerá de la situación concreta cómo se manifiesta.

Podemos afirmar que, en el presente, el Partido enfrenta problemas, incluso problemas serios, como los que venimos tratando en este documento; pero de allí a concluir que se encuentra en crisis, o peor aún en crisis seria, no corresponde a la realidad. Tampoco compartimos el criterio catastrofista que ve en toda crisis el inicio de una debacle.

Resolver los problemas de dirección y cuadros, a la luz de las tareas políticas de hoy y de las perspectivas favorables, garantizará que la crisis no se produzca, o si se produce sus efectos serán superables. Desde luego que hay situaciones donde los factores externos empujan a una situación de crisis, por ejemplo una represión masiva que encuentra no preparado al Partido. Pero es un problema de otro tipo, que no corresponde a las condiciones de hoy, que tampoco es correcto descuidar.

6. Democracia revolucionaria y dirección con capacidad de conducción, eficiencia, visión estratégica y dominio táctico, con estilos y métodos comunistas

El espontaneismo está presente en la selección de los dirigentes del Partido, pero también en la forma cómo funcionan o actúan los organismos de dirección.

En el Partido se eligen dirigentes en sus diversas instancias, por lo general, aproximadamente como se

elige en los sindicatos: según el parecer de las personas, el estado de ánimo, las relaciones personales, o la buena voluntad, en lugar de la evaluación y la selección en base a méritos, experiencia, capacidad, dedicación, etc. La llamada correlación que se construye subterráneamente es un ejemplo vivo de lo mismo. El argumento es la democracia, desde luego, pero se olvida la responsabilidad y la eficiencia, dada la naturaleza de las tareas y objetivos del Partido. El resultado es que muchas veces se reproduce en él, sin siquiera advertirlo, lo que es propio de los métodos que particularizan a los partidos burgueses o pequeñoburgueses.

La nominación de los dirigentes en el Partido debe asentarse en una fuerte base democrática, es decir de consulta con las bases, pero debe ir acompañada de la selección de los cuadros a fin de garantizar un cuerpo dirigente eficiente, idóneo, que garantice el cumplimiento de las tareas establecidas. Es diferente, por ejemplo, la elección al congreso de la república o a los gobiernos municipales y regionales en las condiciones de un país capitalista y de una democracia liberal restringida como es el caso de Perú. Aquí el elegido no es responsable ante sus electores ni está comprometido para cumplir su plataforma electoral. Además los partidos al servicio del capital no luchan contra el sistema; son parte de él. Son, además, maquinarias electorales útiles para permitir la legitimación de la hegemonía y el poder establecido, para sostener el Estado y los intereses de las clases dominantes. Más que militantes activos y con derechos, necesitan electores. El partido revolucionario, por el contrario, se nutre de hombres y mujeres comprometidos con el proyecto transformador que representa. Necesita contar con luchadores conscientes, organizados, movilizados, disciplinados, que se proponen cambiar esa realidad, y están obligados a cambiar su objetividad, sus hábitos, su manera de pensar y actuar heredados del pasado. Para ello necesitan contar con una teoría y

práctica revolucionaria, con estilos y métodos propios de sus objetivos, además de anticipar en sus hechos el ideal que aspiran construir. Transformar la realidad supone también transformar al sujeto que producirá esa transformación.

Nada tiene de extraño que su manera de entender la política, de dirigir y conducir, de relacionarse con el pueblo y con su clase, de formar sus cuadros, sus estilos y métodos de trabajo, sean también cualitativamente diferentes.

Los comunistas no son tales, por ejemplo, porque su militancia implique privilegios ni ventajas. Si bien por mandato estatutario todo militante tiene derecho a ejercer cargos de dirección, es también verdad que los cargos implican la responsabilidad de dirigir; y dirigir significa estar a la vanguardia de la vanguardia. Ser los primeros en la claridad de la línea, programa, estrategia, táctica y estatutos partidarios, en la lucha, en la entrega que significa el partidismo comunista, en la capacidad para el ejercicio pleno de la responsabilidad asignada. No hay derechos sin deberes, y el deber del dirigente comunista es estar en la primera línea de batalla asumiendo su papel de dirección.

De modo que la democracia interna, en su mejor sentido, debe ir acompañada de la selección de los militantes y cuadros para el ejercicio de la responsabilidad asignada, incluyendo el caso de quienes aspiran voluntariamente a cargos de dirección.

En segundo lugar, el proceso de dirigir correcta y eficientemente supone poner en acción tres procesos interrelacionados: a) investigar, reflexionar y tomar decisiones las más justas posibles; b) organización del trabajo para poner en práctica las decisiones tomadas, verificando en ella si son correctas, si hay necesidad de hacer ajustes, pues es la única manera de hacer realidad

los objetivos trazados; c) control del cumplimiento, evaluación de resultados, verificación de las responsabilidades asignadas, sistematización de experiencias. La ausencia de uno de estos tres soportes hace frágil, por no decir deficiente, la labor de dirección.

Supone también, además de contar con planes realistas, interrelacionar apropiadamente los objetivos a alcanzar con la estrategia y los pasos tácticos a seguir en cada período o momento, determinar las formas organizativas y los métodos de lucha que mejor se avengan a las tareas planteadas, poner en acción los planes que deben ser realistas y mensurables en el tiempo, forjar y seleccionar los cuadros para el mejor cumplimiento de las tareas fijadas. Se requiere, pues, juzgar los organismos de dirección por la calidad de sus decisiones como por sus resultados.

Siguiendo esta orientación se entenderán mejor principios como el centralismo democrático y la dirección colectiva y responsabilidad individual. En el seno del partido centralismo y democracia, disciplina y libertad, son dos aspectos opuestos a la vez que interrelacionados, y de conjunto sintetizan el centralismo democrático, que los abarca e integra. La dirección colectiva debe velar por que el conjunto de la cadena (decisión, ejecución, control, sistematización) funcione. Pero debe asegurarse también que funcionen las responsabilidades individuales, que cada secretario a la cabeza de la comisión respectiva domine su área, lleve a cabo las políticas particulares que decida el organismo correspondiente, y sea responsable de sus logros o reveses, cumplimiento o incumplimientos.

En ambos casos el Comité central y el Buró Político han tenido fallas importantes, que hay que corregir sin falta. En el primer caso, por ejemplo, prestó atención a la determinación de políticas y orientaciones, no siempre a tiempo ni siempre en todas las situaciones. Los documentos aprobados en distintos eventos y

momentos lo confirman. Sin embargo, en materia de ejecución y de control, la deficiencia es grande. Esto explica por qué los logros alcanzados no sean los esperados. Organizar el trabajo y el control del cumplimiento viene a ser las dos patas restantes del trípode dirección, que hay que enfrentar y corregir con fuerza comenzando ya mismo. Corresponde a la Secretaría General del Partido encargarse de poner en movimiento el aparato del Partido para poner en práctica las decisiones tomadas, y al Segundo Secretario velar por el control riguroso y el balance periódico que hay que hacer de la marcha de la dirección del Partido. En cuanto a la Presidencia del Partido, como define con claridad el Estatuto reformado, asume en sus manos "las cuestiones de orden estratégico".

En lo que tiene que ver con la dirección colectiva y la responsabilidad individual hemos tenido también deficiencias serias. En el primer caso se avanzó bastante, pues todas las decisiones importantes se tomaron colectivamente. La falla está en que no se supo hacer jugar el papel que corresponde a las secretarías ni se ejerció el control del cumplimiento de sus funciones, incluyendo sus respectivas comisiones, sea por negligencia de las instancias de dirección o de los secretarios, muy pocos de los cuales hicieron funcionar adecuadamente sus comisiones. Tenemos el caso de secretarías que no funcionaron sino esporádicamente, que no aportaron o muy poco a la elaboración de las políticas concretas del sector, o que se movieron en la rutina. Esto tiene que terminar. El Secretariado y, en particular el Secretario General deben encargarse, seriamente, de que el aparato funcione, que las secretarías cumplan su papel, que las comisiones dejen de ser una representación formal, y que se realicen balances de lo actuado y los resultados por lo menos una vez cada 6 meses. Pero los secretarios deben ponerse también a la altura de la responsabilidad asignada y

ejecutar las decisiones que le corresponden, asumiendo las consecuencias de sus actos. Quien no cumple con la confianza asignada por el Comité Central debe ser revocado por este luego de una evaluación responsable del cumplimiento de sus tareas, del análisis de sus causales, además del esfuerzo hecho para ayudarlo en su capacitación. Evaluación que corresponderá informar al Segundo Secretario.

Esta política debe extenderse al conjunto de la estructura partidaria.

Como parte de este redimensionamiento de los problemas de dirección y de cuadros, los dirigentes del Partido, del Comité Central a los comités locales, deben organizar el estudio del marxismo leninismo, de los documentos fundamentales del Partido, de los planes aprobados, de modo que se logre unidad de pensamiento y unidad de acción, además de mayor eficiencia en el trabajo. Un papel relevante corresponde a la Escuela Central y sus filiales, donde funcionen, en la preparación y formación ideológica de los cuadros del Partido, incluyendo los del nivel central.

Rectificar a fondo el cuadro descrito no será tarea pequeña ni fácil. Significará un verdadero vuelco en el estilo y los métodos de dirección. Encontrará resistencia, pero hay que vencerla con coraje y firmeza. Este Comité Central tiene la responsabilidad de acometer esta tarea por el bien del Partido y de la causa revolucionaria y socialista.

7. Qué tipo de dirigentes y con qué cualidades se necesita para construir el Partido Revolucionario de Masas.

El tipo de dirigentes que debe forjar el Partido, su calidad, valores, estilos y métodos, depende de los objetivos revolucionarios que se propone alcanzar, de los intereses

históricos que representa, de las condiciones y circunstancias en que se construye. Lo ideal es llegar a contar con dirigentes solventes teóricamente, es decir con formación marxista leninista, con espíritu creativo en el estilo de Mariátegui, con información y capacidad de tomar decisiones justas, con capacidad para organizar el trabajo y llevar a la práctica las decisiones asumidas, con valores morales y buen estilo de trabajo. La realidad, sin embargo, no siempre es como se desea.

Una buena formación del militante, luego la atención y capacitación de sus elementos más avanzados y los cuadros, será siempre la base para la promoción y selección de dirigentes idóneos. De donde se desprende que no pueden surgir dejados a la espontaneidad y al esfuerzo propio, con excepciones siempre raras. Normalmente deberían ser el resultado de una selección y capacitación de la célula hasta los niveles correspondientes, basado en su comportamiento concreto, en sus esfuerzos para superarse y adquirir nuevos conocimientos y experiencias, en "ser mejores" como aconsejaba el Amauta.

Por lo general nuestra labor ha sido deficiente al respecto. Sin un potencial de dirigentes capacitados, expertos en áreas de trabajo, con conocimiento e información suficiente, con espíritu de iniciativa, innovación y de cualificación permanente, no avanzaremos lejos. El sentido común y la experiencia, con ser valiosos, no son suficientes.

Hablar de los cuadros, de su formación, selección, capacidad e iniciativa, es hablar en serio de la formación de buenos dirigentes que el Partido necesita para el cabal cumplimiento de sus responsabilidades. La política con los cuadros deviene entonces en un asunto fundamental para la construcción del Partido y la dirección de la lucha política, ideológica, propagandística y de masas.

Tomar medidas para contar con equipos de dirección y un sistema ordenado y eficiente, que asegure el accionar unificado del Partido en torno de un plan y una estrategia únicos, además de tácticas flexibles y oportunas, poniendo en tensión su periferia, conduzca acertadamente el potencial de masas bajo su influencia y la acreciente constantemente, debe ser una preocupación constante del Comité Central. Sin embargo las cosas no han marchado por este riel y los resultados están a la vista: comités débiles, cuadros insuficientes en cantidad y calidad, actuar muchas veces marcado por el espontaneísmo, aplastado por la rutina, sin más horizonte que el esfuerzo cotidiano.

Necesitamos elevar la labor de dirección de los organismos partidarios, incluyendo el Comité Central, a fin de asegurar eficiencia, estilos acertados y métodos innovadores, capacidad de actuar planificadamente, con resultados verificables y avances seguros. Las secretarías con sus respectivas comisiones debe colocarse a la altura de la tarea asignada, llevar a la práctica, con acierto, las decisiones de los organismos de dirección, especializarse en el área correspondiente, y de ese modo contribuir a mejorar la capacidad de dirección de los comités. Las secretarías con sus Comisiones, si no funcionan como debe ser, con iniciativa, cumpliendo las funciones que les corresponde ¿qué sentido tienen?. El formalismo es, al respecto, una seria deficiencia que hay que corregir con fuerza y sin falta en toda la estructura partidaria, especialmente en los comités del Partido en todos sus niveles.

No tenemos asentado el estilo de trabajo planificado. Los planes, muchas veces, son más un saludo a la bandera que un instrumento fundamental de dirección y conducción. No existe el seguimiento y control de los mismos, de modo que muchas veces no se sabe cuantificar los avances o los retrocesos.

Necesitamos contar con comités que sean verdaderos organismos dirigentes, con sustento científico y experiencia práctica, que garanticen el cumplimiento de las grandes tareas que nos hemos asignado como partido de vanguardia, que cuiden la unidad del Partido y que nunca pierdan contacto con las masas.

8. Perfil del dirigente Comunista

Partamos de lo que tenemos y somos, no del ideal soñado. Nuestro contingente de cuadros, con un nivel medio de formación marxista leninista, es pequeño. En cantidad y en calidad no corresponde a las exigencias actuales, menos futuras, del Partido Revolucionario de Masas que nos hemos propuesto construir, de las posibilidades revolucionarias, de masas y electoral que se puede avizorar. Esta es una contradicción a resolver, resolver bien y a fondo.

En segundo lugar, necesitamos fortalecer los comités, su capacidad de dirección política, orgánica y de masas. Nuestros comités, con pocas excepciones, no han logrado aún la consistencia básica como factores de dirección y conducción política, cultural, de masas. No está en su quehacer la acción política, la lucha de ideas, la capacidad para alzar a las masas del descontento al compromiso y organización política, de ella a la conciencia, participación y organización socialista, es decir al Partido como afiliado, simpatizante o amigo.

En tercer lugar, la formación marxista leninista de nuestros cuadros es bastante débil, incluso en el nivel del Comité Central. Esta es una verdad que no la podemos ocultar. La aproximación al pensamiento de Mariátegui todavía no es fuerte. El lastre espontaneista y economicista es aún fuerte y por eso peligroso. Desde luego que no compartimos el marxismo dogmatizado, convertido en clisé, sino el marxismo leninismo vivo y

creador, entendido como guía para la acción, sujeto a desarrollo. El marxismo que asumieron y llevaron a la práctica Lenin, Mao, Gramsci, Ho Chi Mhin, Fidel, Che, Mariatégui. Aquí tenemos una tarea de primer orden.

En cuarto lugar, somos el partido de la clase obrera con poca presencia obrera, de la juventud y el futuro con pocos jóvenes, de la igualdad de género como pocas mujeres. Esta situación debe cambiar y la cambiaremos. Nada mejor para ello que salir de la visión sectaria que se tiene del Partido, encerrado sobre sí mismo, y avanzar a ser un Partido de cara a las masas populares, comprometido con la acción y la propaganda políticas, capaz de generar liderazgos en todas las esferas de su trabajo. Liderazgos de calidad, con solidez teórica e ideológica, con habilidad política y claridad programática, con capacidad de relacionarse a las masas populares. Liderazgos con fuerza moral y cultural.

En quinto lugar, forjar dirigentes y cuadros con visión holística, pero también expertos en los diversos campos de la actividad política, cultural, social, intelectual, profesional. Contamos con magníficos dirigentes campesinos, obreros, magisteriales, étnicos, femeninos, juveniles. Pocos es verdad, pero valiosos. Hagamos de ellos conductores políticos de primer nivel. En pleno siglo XXI ya no es concebible rendir culto a la mediocridad. Nadie está limitado para avanzar si es que nosotros mismos nos negamos a avanzar. Un partido de vanguardia significa que debe estar en la delantera esmerándose por ser siempre mejor. La tecnología crea condiciones favorables, incluyendo internet y los cursos a distancia, y sin embargo estas potencialidades tampoco las saber aprovechar. Rojos y calificados: tal la consigna.

Una dirección con proyección estratégica no debe descuidar el trabajo con la juventud. Forjar los continuadores de la causa revolucionaria es una tarea de primer orden. Pero necesitamos una juventud madura,

reflexiva, creativa, abierta a los tiempos y a las nuevas situaciones, que no se queda en el aula universitaria. Una juventud comunista que tenga como paradigma, como ejemplo a seguir al Amauta, al Che, con gran sentido de entrega, de optimismo y mística, de solidaridad, de confianza en el pueblo y en la causa revolucionaria. Pero necesitamos entender a los jóvenes como son y ayudarlos pacientemente a que se forjen como los constructores de la causa revolucionaria y socialista.

9. Los cuadros y su importancia en la construcción del Partido

Decidida la táctica, decía con justa razón Stalin, los cuadros lo deciden todo. Nuestra política de cuadros es deficiente e insuficiente los esfuerzos para su capacitación, selección y promoción. Comparativamente con las exigencias de la lucha y las tareas del Partido, su número es pequeño y su calidad insuficiente. Esta debilidad explica, a su vez, la debilidad de los comités en todos sus niveles, incluyendo las dificultades para la selección de los integrantes del Comité Central, o de los secretarios del mismo con un grado adecuado de especialidad. No tenemos mucho que seleccionar en todas las instancias del partido, entendiendo que selección supone una debida formación ideológica y política, un compromiso y dedicación, grado de información y conocimientos, experiencia de trabajo.

No pretendemos contar con cuadros expertos en todo. Sino comunistas que sepan esgrimir el marxismo leninismo como guía para la acción, que estudien cuidadosamente la situación concreta, que valoren apropiadamente la correlación de fuerzas, que tengan una clara percepción del programa, de la estrategia y la táctica del Partido, que se esmeren en fortalecer sus vínculos con las bases del Partido y con las masas

populares, que no descuiden el estudio, la información, el movimiento, así como los planes y maniobras de los adversarios de la causa revolucionaria y socialista.

Implica también definir la política de cuadros, que sigue siendo un problema a resolver, pero un problema urgente que no espera. Por de pronto se pueden señalar sus características básicas:

Conocer a la gente, descubrir sus potencialidades, promover su capacitación.

En segundo lugar, promoverlos de acuerdo con sus aptitudes, su relación con las masas, su dedicación a la causa revolucionaria.

En tercer lugar, descubrir, utilizar y potenciar las capacidades valiosas de los activistas y los cuadros, dejando de lado criterios sectarios, de grupo u ojerizas personales. "Que los mejores prevalezcan porque saben ser mejores" expresó nuestro Amauta J.C.M.

En cuarto lugar, adecuada distribución de los cuadros, de modo que en los eslabones fundamentales del trabajo partidario se encuentren los mejores, más dinámicos, esforzados, ligados a las masas, con iniciativa y creatividad. No existe el cuadro perfecto, sino mejores, y ellos se forman por su esfuerzo y por el esfuerzo organizado del Partido.

En quinto lugar, es indispensable su preparación sistemática, ayudándolos para que superen defectos y errores, fortalezcan sus cualidades, desarrollen su personalidad política y humana, su actitud ante el estudio y la reflexión, se eleven culturalmente y que se forjen teniendo como guía el paradigma insuperable a José Carlos Mariategui.

En sexto lugar, fortalecer su espíritu partidista, ajeno al individualismo y al egoísmo, a manifestaciones de burocratismo y sectarismo, a actitudes de subestimación

de las masas. ¡Todo con las masas, nada sin ellas! Es una consigna fundamental del Partido.

En séptimo lugar, preocuparse por la situación de los cuadros, velar por su seguridad y su desarrollo integral como luchadores por el socialismo. Formarlos para resolver correctamente las contradicciones en el seno del pueblo, superar las diferencias recurriendo a un debate franco y camaraderil, en el espíritu de la solidaridad, el respeto y la crítica honesta, buscando curar al enfermo y salvar al paciente, y siempre en el marco del centralismo democrático. El Partido es una gran familia no un nido de escorpiones

En octavo lugar, fortalecer su fidelidad a la clase obrera, al pueblo y al Partido, a los ideales del socialismo; estimularlo a reforzar siempre sus vínculos con las masas; ayudarlo a que se oriente correctamente donde quiere que se encuentre y enfrente las dificultades con firmeza y coraje;

En noveno lugar, contar con un adecuado conocimiento de lo que tiene que hacer y determinación para llevarlo a la práctica. Un cuadro del Partido que se queda en los conceptos, en la prédica, pero no demuestra en los hechos cómo hacerlo realidad, no cumplirá como corresponde la responsabilidad que se le asigna.

En décimo lugar, debe investigar, indagar las condiciones concretas en la que ha de actuar, esmerarse por conocer a los camaradas y a la gente, tomar en cuenta sus opiniones y nunca permitirse mirarlas por encima del hombro. Nuestro principio fundamental de trabajo es servir al pueblo, nunca servirse de él, menor recurrir a la manipulación o al engaño.

En undécimo lugar, siempre mirar adelante, mantener una actitud abierta a lo nuevo y a la innovación, desplegar el espíritu creativo, persistiendo siempre en los principios. La rutina y el conservadurismo impiden

avanzar y constituyen un pesado fardo al igual que el dogmatismo y el empirismo. El agua que se estanca se descompone. El comunista que se deja ganar por la rutina, el conservadurismo o el burocratismo, mata su fuerza creativa y asfixia su capacidad de avance. Ser siempre mejores: tal nuestra divisa.

Finalmente, no temerle a la crítica y la autocrítica. La crítica, cuando es justa y está liberada de intencionalidades personales, es útil, pues nos ayuda a entender los errores y las deficiencias, condición necesaria para corregirlos y avanzar. La autocrítica o autoevaluación es una condición para avanzar, para evitar enmohecernos, para depurarnos consciente y permanentemente de los elementos negativos.

Un partido serio, responsable, que se prepara para hacer la revolución y gobernar el país, tiene que ser, obligatoriamente, un partido con una institucionalidad fuerte, con normas que rijan para todos sus integrantes. El Estatuto y el Programa se convierten, así, en las herramientas fundamentales para lograrlo. Lo que implica, conocerlos, asimilarlos, aplicarlos, convertirlos en los más valiosos instrumentos del accionar y la unidad partidarios. Lamentablemente, en esta cuestión tenemos claros signos de dejación, que hay que superar con firmeza y sin concesiones.

Tales cuadros se forman desde el momento del ingreso del militante en el Partido, mediante un proceso ordenado, que es lo que tenemos que hacer. En ese sentido tiene una enorme importancia asumir con fuerza y con carácter de obligatoriedad, el artículo 4to del Estatuto reformado por el VIII Congreso: "Todo nuevo militante estudiará, obligatoriamente, durante un año, el Programa y el Estatuto del Partido, bajo la supervisión del organismo de base del Partido respectivo".

La organización de la Escuela Central del Partido y el

Sistema de Formación aprobados por el VIII Congreso, ocuparán un lugar fundamental en esta tarea de enorme significación para el Partido, sus tareas y sus objetivos estratégicos y tácticos.

10. Campaña Post VIII Congreso

Recogiendo la experiencia pasada y con el ánimo de superar errores, deficiencias o descuidos ya autocriticados, es necesario tener claro y decidido qué hacer después de culminado el VIII Congreso.

La primera cuestión a resolver tiene que ver con el estudio organizado, en todas las instancias del Partido, de las decisiones del VIII Congreso. No se puede llevar a la práctica lo que no se conoce bien o no se entiende, con mayor razón tratándose de los alcances e implicancias de las decisiones tomadas por el Congreso. En este caso tratándose de los dirigentes de las diversas instancias partidarias. Captar y estar convencidos de las ideas y conceptos básicos, de las tareas fundamentales, de los objetivos a ser alcanzados, es una cuestión de primer orden que no hay que olvidar en ningún momento.

Uno de los errores significativos del núcleo de dirección que cesa, es no haber entendido a cabalidad esta cuestión luego de culminado el VII Congreso. Nadie lleva con entusiasmo a la práctica aquello que no entiende, no comparte o no está motivado. Sin pasión y entusiasmo ninguna tarea u obra importante se podrá llevar a cabo. El estilo burocrático se caracteriza precisamente por la creencia de que es suficiente aprobar documentos sin preocuparse por la explicación paciente y constante de sus contenidos, alcances, implicancias, manera de ponerlas en práctica por parte de los cuadros y militantes. Esta falla de origen debe ser superada en esta oportunidad.

Por eso la urgencia de organizar, rápida y

planificadamente, el estudio de los documentos del VII y VIII Congreso en todas las instancias del Partido, en especial con la participación de dirigentes y cuadros, con énfasis en el programa, el estatuto, el informe político y el manifiesto. El Buró Político, con autorización del Comité Central y la participación de la Comisión de Control y Disciplina, debe asumir esta tarea con carácter de obligatoriedad y control riguroso de su cumplimiento en toda la estructura del Partido.

Lima, 13 de marzo de 2010

II Plenaria del Comité Central, VIII Congreso





REORDENAR EL TRABAJO DE DIRECCIÓN

XII PLENO DEL COMITÉ CENTRAL
ENERO DE 2015

Volvemos, una vez más, al tema de dirección. En diversos eventos congresales y del Comité Central ya fue abordado desde diversos ángulos. Si se insiste en esta oportunidad se debe a que los avances logrados son insuficientes, pero también al reconocimiento de su complejidad como de las dificultades para vencer la fuerza de la inercia y de los hábitos acumulados a lo largo del tiempo y para responder a las nuevas circunstancias que nos plantea la lucha política hoy.

El Mensaje del C.C. con ocasión del 86 Aniversario del Partido se concluye con una frase que define un momento singular: "Cerramos un ciclo de nuestro trabajo; abrimos otro". Es una conclusión meditada, consciente además de sus consecuencias prácticas que implica en el quehacer partidario. Para empezar, cierra el ciclo defensivo que se inicia con la derrota de la izquierda y el movimiento popular con la imposición de la ola neoliberal en la década de los noventa del siglo pasado. Admitimos el impacto ideológico, político, económico y emocional que significó, facilitado por la crisis económica de los ochentas, la acción irracional del senderismo y la liquidación de Izquierda Unida por errores de su conducción. Esa ola está llegando a su fin. Se abre un nuevo escenario favorable para la expansión del

movimiento popular y de izquierda, con el socialismo como vanguardia. La crisis en ciernes es, por ello, un factor fundamental a tomar en cuenta.

En segundo lugar, no hay que perder de vista el desencanto que se apodera de importantes sectores de la población, ya manifestado en acciones de masas importantes como los de Arequipa, Moquegua, Amazonas, Cajamarca, y recientemente la lucha de la juventud peruana que echó al traste la Ley "Pulpin". Se manifestó también en el electorado que en las elecciones de 2011 se pronunció a favor del cambio votando por Humala, voto luego traicionado. Finalmente, no es difícil percibir los síntomas de un vacío político que se manifiesta en medio de la crisis del Estado y sus instituciones, de los partidos políticos reducidos a la condición de rótulos electorales, de las mafias, la corrupción, la droga, la inseguridad, que generan el repudio y la indignación masiva de la población.

Ese vacío político en ciernes es el síntoma claro de que la oleada neoliberal puede ser detenida y derrotada si se construye una alternativa de cambio de ancha base social, democrática, patriótica, de regeneración moral, siempre que el escenario político latinoamericano no sufra cambios bruscos a favor de los intereses norteamericanos y de sus aliados en la región. Esto significa condiciones favorables para acciones más ofensivas, lo que hace obligatorio contar con partidos políticos dispuestos a cargar esa responsabilidad y ponerse a la cabeza de esas luchas.

La crisis de los partidos políticos tiene también su cuota en la izquierda, cuya influencia y fuerza organizada se ha reducido al mínimo. Es la realidad, más allá de lo que imaginen sus integrantes. Para empezar, los partidos políticos de izquierda distan mucho de lo que llegaron a representar en la década de los setentas y ochentas por su influencia política y de masas.

Cuánta razón le asiste a Albert Einstein cuando afirma: “no pretendamos que las cosas cambien, si siempre hacemos lo mismo”. Hay mucho que cambiar, que dejar de lado por ineficiente o superado, y mucho que buscar, descubrir y desarrollar para marchar a tono con las nuevas condiciones de la lucha. Este es el espíritu que nos debe acompañar siempre a los comunistas, con mayor razón ahora que necesitamos dar un salto de calidad en todos los aspectos de la labor partidaria.

II

El VII Congreso tomó la decisión de construir el Partido Revolucionario de Masas. El Plan Quinquenal 2012-2016 apuntaba a sentar las bases que permitieran avanzar en esta decisión estratégica. Sin embargo, el balance preliminar de lo actuado indica que el resultado es deficitario. Al examinar sus causas salta a la vista una de las razones que explican esta situación: la poca atención prestada a su cumplimiento. A ella se suman concepciones empíricas, estilos burocráticos y sectarios, una fuerte tradición formalista que convierte en papel amarillo toda decisión política. Erradicar estas trabas es una tarea que hay que desplegar con firmeza y sin concesiones.

El Partido Comunista, consecuente con su concepción materialista reconoce el papel de las masas como hacedoras de la historia. Al mismo tiempo, afirma su papel de vanguardia, consciente, organizado, disciplinado, que posee una teoría que orienta su camino, que lo diferencia de todo movimiento espontáneo. Esta relación dirigente-dirigido no es lineal, sino dialéctica: el Partido educa a las masas, pero las masas también educan al Partido. Sin las masas como factor protagónico no sería posible la revolución ni el socialismo. Sin contar con el partido comunista como su factor dirigente

reconocido y aceptado por ella, tampoco. Tal la relación dialéctica entre uno y otro que no siempre se entiende y menos se articula.

En ese sentido el Partido Comunista no se construye en el aire, tampoco para sí mismo. No es un ente pasivo, que despierta cuando despierta el movimiento espontáneo; sino activo, que se anticipa a los acontecimientos, capaz de pulsar la realidad y tocar las fibras más profundas del pueblo, que se mueve con iniciativa y creatividad. Esta es su misión histórica que lo diferencia sustantivamente de un partido político burgués o pequeño burgués, que lo hace distinto en sus fines, estilos y métodos de trabajo, en sus formas de organización y lucha, que debiéramos observar con sumo cuidado.

III

Un partido político con estas características cuenta también con estilos, métodos y formas de dirigir y trabajar propios. Si hay leyes o principios generales válidos para todo tipo de organización política, los hay también singulares. En el caso de la burguesía, por ejemplos, no son similares los métodos propios del fascismo y los del liberalismo, con mayor razón entre éstos y un partido comunista. Distintos estilos de trabajo no comunistas ajenos al marxismo leninismo, son, por ejemplo: el sectarismo, el burocratismo, el espontaneismo, el dogmatismo, el formalismo, y, sin embargo, no siempre nos encontramos libres de su influencia, con resultados funestos para la causa revolucionaria y para la construcción del Partido.

Con relación a un correcto ejercicio de la labor de dirección, fue Mao Zedong quien lo definió de manera más precisa y categórica. Se refirió en estos términos: "En todo trabajo práctico de nuestro Partido, toda dirección correcta está basada necesariamente en el principio: de

las masas a las masas”⁵. Dijo también: “Saber convertir la política del Partido en acción de las masas...este es un arte de dirección marxista leninista”⁶. Hay que entender que la responsabilidad y el rol de dirección en el Partido no se limita a los espacios propios de su estructura y funcionamiento interno, sino que se refiere, en su condición de partido de vanguardia, a su relación con las masas y a la política fundada en los intereses concretos y generales de éstas. Debemos admitir que en este asunto se incurre en error en los documentos del Partido sobre la materia y en la visión que se tenía del trabajo de dirección. Es decir, no haber entendido que la justeza del trabajo de dirección se mide en la relación del Partido con las masas y en los resultados de la política. Si el Partido se divorcia de las masas, o se impone sobre ellas o actúa al margen de ellas, devendrá burocrático, sectario, formalista u oportunista. Superar estos estilos de trabajo erróneos hace imperativo desarrollar la línea de masas como principio básico de dirección que se funda en el principio fundamental del materialismo histórico: las masas hacen la historia.

Desde luego que el sectarismo, el burocratismo, el formalismo, etc., existen y funcionan al interior del Partido, en sus relaciones internas, y que es indispensable enfrentarlas con firmeza pues en el Partido tenemos también la relación dirigente-dirigido. Sin embargo, es en la relación del Partido con las masas populares donde hay que encontrar su fuente y también su solución final. La razón es simple: el Partido es un medio, no el fin. El fin es la revolución y el socialismo, y éstos son un imposible sin las masas populares que la asuman como su bandera de lucha y fuerza protagónica. El papel dirigente que debe

⁵ Mao Zedong. “Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección”. Junio de 1943.

⁶ Mao Zedong. “Charla a los redactores del Diario de Shansí-Suiyuán”. Abril de 1948.

conquistar el Partido, es el otro pilar, pero es tal en la medida que está al servicio de las masas populares, gana su confianza luchando por alcanzar sus intereses y objetivos inmediatos, al mismo tiempo que defiende “dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento”⁷

IV

Desde luego que los problemas de dirección abarcan un campo de acción más vasto. En lo que a los cuerpos de dirección del Partido concierne, comenzando por el Comité Central, se trata de asegurar que ella sea científica, correcta, eficiente, oportuna, que garantice éxitos y permita avances en la consecución de los objetivos definidos al mismo tiempo que evite errores que afecten la marcha del Partido.

La lucha política y revolucionaria no es más que la confrontación de voluntades: una a favor, otra en oposición. Si se observa con detenimiento el accionar de los sectores reaccionarios y conservadores de la sociedad peruana, éstos jamás se han permitido una concesión a quienes portan la bandera de la transformación social. Para ser más exactos, incluso a quienes levantan un programa de reformas. Fue así, es así, será así en el futuro. Es en este ambiente y en estas condiciones que el Partido deberá construir sus fuerzas, pugnar por influir en el pueblo, acumular las fuerzas que lo conduzcan hacia sus objetivos tácticos y estratégicos, de corto y largo aliento. El problema clave es siempre: llegar al pueblo, ganar su confianza, movilizarlo y alzarlo a la lucha. La batalla electoral no es ajena a este conflicto.

Precisamente por el carácter multifacético de las luchas, formas de organización y métodos de trabajo a los que

⁷ Marx y Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”. Diciembre de 1847-enero de 1848.

debe recurrir, necesita contar con una dirección experta, preparada, con dominio de la táctica y visión estratégica de sus tareas. En líneas generales, estas cuestiones que tienen que ver con el perfeccionamiento de los estilos y métodos de dirección, ya están tratados en diversos documentos aprobados por el Comité Central, también por el VIII Congreso. No hay necesidad de repetirlos. Lo que sí urge es iniciar una campaña ordenada de estudio de los mismos, de reflexión y de solución de los problemas, de tal manera que estemos en mejores condiciones de rectificar y superar errores y posicionar, en su lugar, estilos y métodos de dirección correctos, eficientes, en el marco de la línea del Partido. Con este propósito debe hacerse una edición especial con documentos seleccionados y ordenados sobre la materia que asegure unidad de pensamiento y acción, y que permita crear las condiciones para colocar al Partido a la altura de las tareas que le corresponden en el nuevo período de la lucha de clases, sentando bases seguras en camino al partido revolucionario de masas.

V

Cuando se habla de rectificación se está diciendo corregir errores y deficiencias detectados en sus manifestaciones, causas y consecuencias. En el caso del Partido, éstos están señalados con precisión, comenzando por los conocidos 7 problemas. También sus antídotos, es decir los nuevos estilos de trabajo y los métodos que necesitamos institucionalizar y hacer hegemónicos en la construcción del Partido Revolucionario de Masas.

Sin embargo, previamente necesitamos hacernos dos preguntas y responderlas con franqueza en las instancias máximas del Partido.

La primera: Si ya contamos con documentos ya aprobados que abordan el problema de dirección y cómo superar los errores y deficiencias detectados ¿Cómo explicar el hecho de que no hayan sido enfrentados con la energía del caso y resueltos? ¿Qué hacer en esta oportunidad para repetir la letanía de siempre?

Con relación a la primera pregunta una conclusión salta a la vista: no es suficiente contar con decisiones, incluso siendo correctas, si no existe la determinación de enfrentarlas venciendo resistencias inevitables o incomprendiones, si no se cuenta con el liderazgo firme desde las más altas instancias del Partido. La fuerza de la costumbre, de los hábitos establecidos y de la inercia, representa serios obstáculos cuando se deben corregir errores y maneras de trabajar ya afincados a lo largo del tiempo. En segundo lugar, si no están institucionalizados las normas estatutarias y los estilos de trabajo marxistas son desconocidos o aceptados en la formalidad, pero no cumplidos en los hechos. En tercer lugar, si se descuida la educación de los comunistas en el espíritu marxista leninista y en las tradiciones revolucionarias, consiguientemente si se afloja la labor ideológica y política revolucionaria, doblegadas muchas veces por las exigencias de coyuntura o por la estrechez economicista, frecuente en la tradición peruana. En cuarto lugar, cuando se cede a la presión del formalismo (aceptación de palabra, renuncia de hecho), que convierte toda campaña de rectificación o de acción política en palabra muerta. En quinto lugar, cuando prevalece la actitud burocrática, de papeleo, y está ausente la determinación política y la voluntad de lucha para poner en tensión a los dirigentes, primero, los cuadros seguidamente, y la militancia luego. Finalmente, cuando el sistema organizado del Partido es deficiente y su estructura no funciona como un todo articulado, ordenado, disciplinado, sujeto a control, desde la instancia máxima

hasta la organización celular, pasando por los comités, como es el caso nuestro.

Por su naturaleza y sus fines el Partido Comunista necesita contar con dirigentes, cuadros y militantes con elevados ideales, con la pasión y confianza de sus integrantes, con la firme voluntad de innovar e innovarse a sí mismo, con la disposición de revelarse contra la inercia de la costumbre, la rutina, el formalismo. Las contradicciones entre lo correcto y lo erróneo, lo avanzado y atrasado, lo nuevo y lo viejo, están siempre presentes y no hay que descuidarlas, pues ellas explican muchos de los problemas presentes, pero también, de ser entendidos correctamente, permitirán encontrarles explicación y solución.

Una verdad de Perogrullo: cambiar con los tiempos y responder creativamente a la exigencia de los tiempos. El Partido Comunista, preservando sus principios, su misión histórica y su compromiso con el socialismo, necesita renovar sus métodos, perfeccionar sus estilos de trabajo, actualizar y programar, enriquecer sus formas de organización y lucha pugnando en todo instante por ser crecientemente influyente en la sociedad, solvente teórica e intelectualmente, con fuerte sentido práctico y de acción, con lazos cada vez más fuertes con los trabajadores, los jóvenes, la mujer, los intelectuales, las comunidades étnicas, con los pequeños y medianos empresarios.

A la segunda pregunta: ¿qué hacer para resolver los problemas señalados?, sólo se puede responder algo que siempre se descuida: mayor control de las decisiones y responsabilidades asignadas; ser exigentes en la aplicación del Estatuto y su reglamento; fortalecer el centralismo democrático y la disciplina partidaria; prestar más atención al trabajo ideológico, pues todo lo que hacen los comunistas se basa en la voluntariedad, en la aceptación consciente de las tareas, en el compromiso con un ideal que se cree justo y necesario; más

proximidad con las masas populares, más atención a sus iniciativas, saber escucharlas desechando cualquier actitud autoritaria, burocrática, pedante. Tenemos consignas acumuladas a lo largo del tiempo que deben convertirse en voz de mando: ¡Todo con las masas, nada sin ellas!, ¡A las bases, a las masas, a la acción política! ¡Poder popular! ¡Patria para todos!

Ahora al grano. A problemas concretos soluciones concretas.

VI

Cerrar un período de trabajo, abrir otro, implica entender un proceso que significa un doble movimiento contradictorio y al mismo tiempo dinámico: continuidad y cambio. No todo debe ser cambiado ni todo continuar igual. El Partido es una unidad ideológica, política, teórica, orgánica, sostenidos en principios que consagra su estatuto y su programa. Pero, al mismo tiempo, está presente en una realidad no estática sino cambiante, se mueve frente a situaciones fluidas, debe actuar en condiciones y escenarios dinámicos, debe responder a retos que no siempre son iguales ni adversarios ni tareas concretas similares. Este conjunto de factores le exigen cambiar sus métodos envejecidos, perfeccionar sus formas de organización, priorizar sus tareas, incorporar nuevos elementos técnicos, ajustar su táctica y sus políticas, definir incluso el blanco principal de ataque. Frente al neoliberalismo hegemónico, por ejemplo, la respuesta es la política del Nuevo Curso.

Pero cambio implica en este caso límites, pues no se trata de un cambio de rumbo estratégico, ni de programa máximo, ni del centralismo democrático como principio fundamental de organización, menos de principios o de la teoría marxista leninista. Tampoco de la naturaleza del Partido y su carácter de clase. En ese sentido hay

continuidad. Continuidad también de métodos y políticas que permanecen vigentes o deben ser perfeccionados.

Donde hay que acentuar los cambios con más fuerza y profundidad es en la sustitución de estilos de trabajo como el burocratismo, el sectarismo, el empirismo, el formalismo, el espontaneismo, el autoritarismo, ajenos al marxismo y opuestos a la línea de masas. Esta será una lucha de profundo contenido ideológico y político, que no será fácil erradicar. Se puede afirmar otro tanto, en lo relacionado al sistema de organización, que debe ser actualizado y ordenado, comenzando desde la organización celular, los comités, hasta el Comité Central, de modo que lleguemos a contar con un sistema ágil, eficiente, capaz de asegurar el cumplimiento de las decisiones de los organismos centrales.

VII

Necesitamos fortalecer el rol dirigente del Comité Central, con ello su autoridad como organismo rector del Partido entre congreso y congreso. De un lado, asumiendo la función, responsabilidad y autoridad que le asigna el Estatuto; del otro, actuando con sabiduría, determinación, madurez y eficiencia su papel dirigente. Tiene importancia fundamental el ejercicio colectivo de la dirección del Comité Central y de instancias como el Buró Político y el Secretariado, en la toma de decisiones, en la organización del trabajo y en el control de sus resultados. También la responsabilidad individual de sus integrantes de acuerdo con la función asignada. Los cargos en el Partido, en ninguna de sus instancias, son honoríficos. Los miembros y suplentes del Comité Central deben ser ejemplares en el cumplimiento de sus responsabilidades, en la defensa y aplicación de las decisiones del Congreso y el Comité Central, en el esfuerzo por elevar sus capacidades teóricas y políticas, en su disposición para

ponerse a la cabeza en el cumplimiento de las tareas. De cómo actúe como colectivo y como desplieguen sus capacidades sus integrantes, en especial quienes ejercen las más altas responsabilidades, dependerá la marcha general del Partido.

Las decisiones del Comité Central “son obligatorias y válidas para todos los militantes y organizaciones del Partido”⁸. Este principio debe ser asumido y respetado por el colectivo partidario. Su aflojamiento torna permisible métodos y actitudes anárquicas, introduce el desorden y el espíritu de grupo, imposibilita al colectivo del Partido actuar como una voluntad unificada, debilita el centralismo democrático y la disciplina.

Para el mejor ejercicio de su función dirigente y la ejecución de las tareas que le corresponden al Comité Central, éste crea aparatos auxiliares a cargo de secretarios con responsabilidades específicas, subordinados al Comité Central. Son las Comisiones Nacionales. Estos grupos de trabajo integrados por camaradas especializados, que trabajan bajo la responsabilidad del Secretario del sector, deben asegurar una labor de calidad, eficiente, ordenada, que articula, coordina y orienta al conjunto del Partido a través de las secretarías similares en los órganos de dirección intermedios. Además de ello deben estar preparados para asesorar al Comité Central en los temas de su especialidad. Sin embargo, en los hechos, las cosas no marchan siempre así. No pocas de las secretarías asumen un papel pasivo. Las Comisiones del Comité Central, con excepciones, se caracterizan por su irregularidad, y en casos, ni siquiera funcionan. La especialización está ausente y el aporte que pueden hacer a los organismos que toman decisiones, es limitado. Sigue siendo fuerte el estilo individual en lugar del trabajo en equipo, artesanal en lugar del trabajo

⁸ Estatuto del Partido, Art. 42.

científico, improvisado en lugar del trabajo sistemático y planificado. A ello hay que sumar la debilidad en la coordinación del trabajo de los Secretarios, de modo que cada cual se mueve en islotes aislados, desconectados unos de otros, en lugar de un trabajo en equipo. En esas condiciones es difícil el control de las responsabilidades como inevitable el desgaste inútil de esfuerzo, el derroche de los pocos recursos disponibles, la visión fragmentada de la marcha del Partido.

No está establecido como norma de trabajo regular el sistema de informes de arriba abajo y viceversa. Esto impide conocer la marcha real del Partido, el cumplimiento de las decisiones tomadas, los problemas que enfrentan sus instancias intermedias, la relación del Partido con las masas populares y la situación de éstas, etc. Esta debilidad también se manifiesta en la insuficiente información de la labor de las secretarías, de sus comisiones de trabajo, de los organismos intermedios. Aquí encontramos una de las fuentes de los errores. Este es un tema que exige soluciones prontas y correcciones firmes si se quiere garantizar mejoras reales en la labor de dirección. Un razonamiento simple: no se resuelve bien lo que no se conoce.

Se deja sentir también la debilidad en la elaboración y definición de políticas concretas. No es que estemos en cero, pero es largamente insuficiente lo alcanzado. Política se hace con políticas concretas para los diversos sectores de la actividad partidaria. Política agraria, trabajo, mujer, étnica, educación, salud, medioambiental, laboral, etc. Un partido político serio, que se “prepara para gobernar”, no puede descuidar esta tarea. Pero afrontarla con responsabilidad exige cuadros especializados, equipos de trabajo, investigación, dejar atrás la improvisación o el “hacer lo que se puede”. Exige igualmente contar con métodos de trabajo inteligentes. Por ejemplo, saber trabajar con amigos especialistas,

atreverse a aprender de los otros, generar los cuadros propios que se necesitan. En suma, abrirse dejando atrás el sectarismo de “solos contra el mundo”.

En resumen: necesitamos contar con organismos de dirección de calidad, eficientes, oportunos, con solvencia teórica e intelectual y con capacidad operativa, de acción, que pone en pleno ejercicio la tríada: investigación-decisión, ejecución, control del cumplimiento de las tareas.

VII

Todo lo dicho tiene un punto de partida simple pero a la vez complejo: ajustar el funcionamiento de los organismos de dirección, y en general la actividad del conjunto del Partido, a las normas estatutarias y su reglamentación, al programa, línea y políticas. Es decir sentar bases sólidas que permitan institucionalizar el accionar del Partido. El divorcio entre teoría y práctica, fenómeno frecuente en la cultura peruana del que el Partido no fue ajeno, tiene su correlato en el divorcio de palabra y acción, de decisiones que se toman y no se llevan los hechos. El resultado es el estilo de trabajo formalista: se acepta formalmente pero se deja de lado o debilita su cumplimiento.

Si se tienen normas acordadas colectiva y democráticamente, lo que toca es ponerlas en práctica, y juzgar la labor de los comités, cuadros y militantes, en el nivel que corresponda, por sus resultados. En este aspecto se requieren hacer mayores esfuerzos a fin de unificar el pensamiento de los camaradas, entender a cabalidad los alcances y consecuencias de las decisiones que se toman, controlar su cumplimiento por las instancias de dirección. En este aspecto se requiere un papel más activo de la sub-Secretaría General y el equipo de trabajo

que lo apoye, también de la Comisión de Control, de conformidad con el Art. 48 del Estatuto.

VIII

El Buró Político necesita mejorar su trabajo de modo que sea más eficiente. Debe mostrarse más activo en la orientación política, en la definición de las políticas para cada secretaría y comisión de trabajo del C.C., en la evaluación de la marcha del Partido y sus organizaciones. Su tarea es esencialmente política. En lo posible debería contar con un grupo de apoyo que le facilite la organización del trabajo, la elaboración de estudios para la toma de decisiones, la evaluación de la marcha del proceso político nacional.

Debe mejorar también su grado de eficiencia. Por lo general se consume excesivo tiempo en reuniones por lo general no preparadas con el tiempo debido. Se necesita introducir las resoluciones como síntesis de sus decisiones, cuyos proyectos deben ser trabajados con anticipación. Son necesarias reuniones regulares (trimestrales) para abordar el trabajo con las secretarías del Comité Central, de tal modo que sus integrantes puedan tener una visión panorámica y en profundidad de la marcha del Partido y sus tareas.

Por la naturaleza de sus responsabilidades es obligatorio que sus miembros y suplentes se esmeren en elevar sus conocimientos, información y capacidad de dirección, mediante el esfuerzo personal, académico si es posible, y a través de reuniones de estudio colectivos programados con regularidad. Los dirigentes del Partido están obligados a fortalecer, permanentemente, su conocimiento y asimilación del marxismo-leninismo como "guía para la acción". Los estilos de trabajo de unidad de teoría y práctica y el de crítica y autocrítica son de fundamental importancia en la formación de los

comunistas, razón por la que se requiere hacer mayores esfuerzos para que sean asimilados y asumidos por el Partido en su conjunto, en especial por los integrantes de los organismos centrales de dirección.

El Secretariado responde al Buró Político y es su órgano ejecutivo. Se necesita perfeccionar la relación entre ambos de modo que se garantice un trabajo más eficiente, operativo, evitando cruces de función o de responsabilidades.

Además de su función política y de las responsabilidades específicas que les corresponde como responsables de secretarías del C.C., sus integrantes deben tener, obligatoriamente, mayor contacto con las bases y con las masas, investigar en el terreno y ayudar a los comités regionales, y con éstos en sus instancias inferiores, a resolver sus tareas y problemas también en el terreno. De otro lado, hay que entender que la lucha contra el burocratismo y demás ismos comienza en los órganos de dirección centrales y se extiende a todos los niveles de la estructura partidaria, pero no se queda aquí. El Partido existe y actúa en el seno de la clase obrera y el pueblo, con ellos y para ellos. Además, las organizaciones naturales de la clase obrera y el pueblo tampoco están libres de la influencia del sectarismo, el burocratismo y demás ismos, independientemente de las formas particulares que adquieran. Por esta razón hay que entender que esta lucha se prolonga más allá de las fronteras partidarias y se extiende a los diversos sectores sociales y políticos de la sociedad donde actúa, incluyendo los organismos de gobierno y poder.

IX

El sistema organizado, esto es la estructura organizada del Partido, es uno de los tres componentes fundamentales en la cadena de dirección. Sin él sería

imposible que las decisiones de los organismos de dirección se ejecuten. Sus características, complejidad, relaciones internas, dependerán del tipo de organización a que se refiera. Puede ser el Estado, el ejército, la empresa, el sindicato, la comunidad campesina o étnica. El Partido lo define bien en su Estatuto, y es lo más adecuado a sus fines de organización política revolucionaria.

El problema a resolver reside en su implementación. En la formalidad, es decir cómo está organizado, todo parece resuelto. En los hechos, es decir cómo funciona: he ahí el problema. En nuestro caso es deficiente, pesado, inoperante. Un solo ejemplo lo demuestra: la decisión de iniciar la campaña de firmas para la inscripción legal del MAS, por ejemplo, no se pudo cumplir, entre otras razones, porque el sistema organizado del Partido y también del MAS no funcionó como un todo articulado, eficaz, coordinado. No fue una voluntad y una acción unificada, sino una suma de organizaciones desarticulada, cuyas piezas se movían con lentitud y desorden, o simplemente estaban paralizadas. En esas condiciones el mejor plan colapsa y los recursos y el factor humano se desperdician. Finalmente, el objetivo no se alcanza. En resumen: falló la estructura organizada, pero también la conducción política, es decir el mando y los equipos a cargo de esta tarea. Se puede argumentar que la decisión no fue la mejor, y con razón, pero aun así en los hechos se demostró que la estructura no funcionó como corresponde a un partido revolucionario.

Los capítulos IV y V del Estatuto se refiere, en detalle, al tema que estamos comentando. Define la organización como “la fuerza material que necesita el Partido para llevar a cabo sus objetivos políticos”, los comités “como la columna vertebral del sistema de dirección partidario”, y las células como “el organismo de base del Partido y dirección política de las masas y la primera escuela de los

comunistas". Definición precisa y correcta, pero...¿funciona realmente?

Debemos admitir que esta cuestión no ha sido tratada con la importancia y el rigor del caso. Los comités del Partido (regional, zonal, local), con excepciones, no son lo fuertes, eficientes, capaces y rigurosos que debieran ser en su labor de dirección política, ideológica y de masas. Si se quiere dar pasos firmes hacia el Partido Revolucionario de Masas y, al mismo tiempo, encontrarnos en capacidad de responder con éxito a las exigencias de la lucha de clases a lo largo del período, una tarea de primer orden que debe resolver el Comité Central es el de fortalecer los comités intermedios, su capacidad de dirección y de acción política y de masas.

Un ejemplo de la insuficiente atención que se le presta lo tenemos en el descuido con que se trata el tema en las reuniones de estudio, incluido los que organiza la Comisión de Organización. El resultado es la debilidad de los comités y de las células, que se encuentran lejos de corresponder a las exigencias estatutarias. Debemos trabajar de tal modo que este déficit sea superado lo más pronto posible. El primer paso es estar claros del tipo de comités y células que necesitamos construir para estar a la altura de los objetivos que nos trazamos. En segundo lugar, potenciar la calidad, capacidad y creatividad de los cuadros que asumen cargos de responsabilidad en los comités, procediendo a la selección de los mismos en lugar de su elección por razones de grupo, pertenencia de localidad o amistad. En tercer lugar, especialización. Necesitamos contar con cuadros con experiencia, conocimiento y versatilidad organizativa, en lugar de improvisarlos. Esto significa fortalecer el trabajo de las secretarías de organización y sus comisiones, situación que descuida en el presente, atendiendo a la capacitación intensiva de sus integrantes.

Un escollo serio que tenemos es la forma cómo se organizan y activan las células del Partido, de existencia más de las veces formal que efectiva. Se puede decir que muchas veces existen obligadas por la rutina, “porque así es”, y no como reales organismos de “dirección política de las masas” y “escuela de los comunistas”. Esta falla de origen tiene consecuencias severas que afectan al conjunto de la construcción del Partido y la formación de los dirigentes, pues allí se forma el militante, se hace comunista, aprende a hacer política revolucionaria, se relaciona con las masas, templea su espíritu comunista, forja sus valores y disciplina partidistas, se prepara también para hacerse cuadro político y dirigente político. En suma, allí aprende marxismo, forja su espíritu partidista, forma sus estilos, actitudes, carácter, métodos de trabajo, el militante de hoy y futuro cuadro político y dirigente. Tanto mejor si esa formación integral se empieza en la Juventud Comunista. Los comités locales, primera instancia superior, descuidan la atención a las células cuando ésta debería significar su preocupación principal, constante, incluyendo la educación de sus integrantes. Pues sin ellas o con ellas en la pasividad, se convierten en cascarones absolutamente inoperantes.

Necesitamos tener una nueva mirada de lo que implica el sistema organizado y cómo hacerlo funcionar bien, eficientemente, en correspondencia con las tareas y objetivos de la causa socialista que asumimos con firmeza y consecuencia.

X

En la cadena del trabajo político del Partido, de su relación con las masas, de la estructura orgánica, el eslabón que lo sostiene son los cuadros. La formación de los cuadros, su preparación política, ideológica, organizativa, técnica, es de importancia vital. No sólo porque “definida la táctica

los cuadros lo deciden todo”, sino también porque de éstos saldrán los dirigentes del partido, los líderes de las masas que lo representen, los funcionarios y técnicos de los gobiernos allí donde tenga presencia, los intelectuales y propagandistas comunistas.

Esta es una cuestión que aún no logramos resolver con la solvencia del caso, que explica además deficiencias que constatamos en nuestro trabajo, limitaciones teóricas e intelectuales que se padece, debilidad en la calidad de los comités del Partido, incluyendo la selección de los organismos centrales de dirección. Enfrentamos la falta de cuadros en calidad como en cantidad, por lo que una tarea fundamental que nos concierne abordar es precisamente el tema de los cuadros y el de la formación comunista de los mismos.

Las “escuelas de cuadros” de unos días, que responde a urgencias del trabajo y también a limitaciones de recursos, resultan insuficientes. Necesitamos dar pasos seguros para contar con un sistema de formación sistemático que vaya desde el nivel inicial (las células), pasando por los niveles intermedios, hasta el nivel central. Todo militante del Partido debe ser sujeto de capacitación constante, pero ordenado, secuencial, partiendo de la realidad concreta, desechando expresiones de dogmatismo pero también de empirismo, su cara opuesta. Sólo un partido poseedor de elevados ideales, de una comprensión de la historia, fundado en una teoría científica como es el marxismo-leninismo, conocedor de la realidad y afincado en ella, podrá dirigir la causa revolucionaria con éxito, que es lo que nos proponemos alcanzar. Esta es una verdad de Perogrullo, pero al fin y al cabo una verdad que no se entiende, o entendiéndola no se aplica con el rigor del caso.

Necesitamos dar pasos firmes, yendo de lo pequeño a lo grande, a fin de contar con un sistema de formación del Partido. Con el método que contamos hoy es imposible la

formación sistemática y especializada de los cuadros. Acostumbrados a “escuelas de cuadros” de algunos pocos días, salimos del apuro, pero no resolvemos el problema. Además, los métodos que se aplican no siempre son los mejores ni didácticamente eficientes. Ocurre que por lo general se despliega mucho esfuerzo para resultados limitados, se descuida la calidad, se consume recursos y tiempo que no se compensan. Tampoco se entiende la importancia de la autoformación, no se la promueve ni se la orienta. Este es otro tema que merece estudiarse más de modo que se pueda aprovechar sus potencialidades sacando ventaja de los medios técnicos disponibles. Aquí también el peso de la inercia, de hábitos burocráticos, del desconocimiento o dejación de nuevas tecnologías utilizables, entre otros, impide abordar esta tarea con el carácter de prioridad que tiene.

XI

La fortaleza del Partido tiene uno de sus pilares en la profundidad y riqueza de su teoría. Este es un frente de batalla fundamental en la lucha por combatir al capitalismo y sostener los postulados socialistas. La batalla ideológica y teórica siempre ha sido decisiva en la lucha por afirmar y abrir camino a lo nuevo y sostenerlo en el tiempo. En fin, de cuentas quien gana esta batalla, además de la política, tiene asegurada las otras.

En los últimos tiempos, sobre todo luego del colapso de la exURSS, el marxismo ha sido colocado a la defensiva frente al ataque en toda la línea y en todos los aspectos por los representantes del capitalismo global, con el imperio yanqui a la cabeza. A ese efecto ha enfilado con todo el peso de su hegemonía mediática. El pensamiento único, que Fukuyama trató de sintetizar como el “fin de la historia”, sirve de sostén ideológico al neoliberalismo

difundido masivamente en las dos últimas décadas como la única verdad aceptable. Su influencia es también masiva en el caso peruano, no porque sea correcta y demostrable, sino por un sentido común construido a fuerza de manipulación y falsedades, facilitado además por el descrédito de las ideas socialistas y comunistas.

A los comunistas nos corresponde la tarea de recuperar la lozanía y vitalidad del marxismo tal como entendió y asumió José Carlos Mariátegui: como creación heroica que “tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguajes”⁹. Este reto supone forjar intelectuales y teóricos marxista-leninistas, investigar y dar respuesta a los problemas y cambios del mundo contemporáneo, confrontar con las ideas conservadoras y oportunistas. Salir de ostrasismo teórico al campo de la lucha ideológica y teórica fundada en el marxismo leninismo, ajeno a todo espíritu dogmático o empírico. El Partido no rehúye el debate, la confrontación franca de ideas, la búsqueda de la verdad en los hechos. Las ideas avanzan conforme avanza la práctica de la humanidad, se enriquecen de continuo. El Partido Comunista no puede ser ajeno a esta realidad.

XII

Debemos reconocer errores en el trabamamiento de los intelectuales. Lo que explica nuestra escasa influencia en este sector fundamental de la sociedad que tiene que ver con el conocimiento, con la difusión de las ideas y la cultura, con la gestión del Estado. Sin debilitar y más bien fortalecer el trabajo del Partido en el seno de la clase obrera, de los campesinos y pequeños productores, de la juventud, hagamos esfuerzos serios para atraer a los intelectuales, artistas y profesionales de avanzada de los distintos campos del saber, a la causa del Partido.

⁹ Estatuto del Partido, Art. 42.

Necesitamos abrirnos de cara al pueblo y superar estrecheces sectarias que impiden el crecimiento del Partido y la expansión de su influencia. Apertura, cuidadosa desde luego, pero apertura, es lo que necesitamos para salir del encerramiento actual.

Para cumplir su misión el Partido debe crecer siempre, ser mejor siempre, ser más influyente siempre.

Enero de 2015.

XII Sesión Plenaria del Comité Central



PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ
patria roja

 @partidocomunistadelperu.patriaroja

 @patriaroja

 Patria Roja TV

 @patriaroja